

Frank Morrison

¿Quién movió la piedra?



¡ La cautivadora obra de un hombre que se dispuso a probar que la historia de la resurrección de Cristo no era más que una superstición... y terminó en cristiano fogoso!

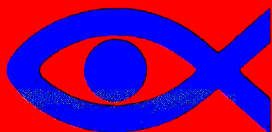
¿Quién movió la piedra?

Un libro apasionante que resulta encantador por la manera en que apela al raciocinio... y una obra versada que desputna con lucidez y franqueza la evidencia de la resurrección.

Apreciado por muchos estudiosos como un clásico de la apologética acerca del asunto de la resurrección. En «¿Quién movió la piedra?», el autor presenta una historia brillante y emocionante de la traición y el juicio de Cristo. Para el lector, esos incomprensibles episodios vivirán de nuevo con una brillantez difícil de notar en otros relatos.

ACERCA DEL ESCRITOR...

Frank Morrison era un periodista inglés que se dispuso a probar que la historia de la resurrección de Cristo era sólo una leyenda. Sin embargo, sus investigaciones le hicieron llegar a un momento en que depositó su fe en el Cristo resucitado.



editorial caribe

*“Sufrió bajo el poder
de Poncio Pilato,
fue crucificado,
muerto y sepultado. . .
y al tercer día resucitó
de entre los muertos. . .”.*

¿Quién movió la piedra?

**por
Frank Morrison**



Contenido

EX LIBRIS ELTROPICAL

© 1977 Editorial Caribe
Departamento de ventas:
3934 S.W. 8 St., Suite 303
Miami, Florida 33134
U.S.A.

Título del original en inglés:
Who moved the Stone?
Por Frank Marison

Traductor: Rhode Flores de Ward

Library of Congress Catalog
Card. No. 77-11752

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total
o parcial de esta obra sin la
autorización escrita de los
editores.

Impreso por: Editorial Presencia Ltda.
Bogotá, Colombia

Printed in Colombia
Impreso en Colombia

Prefacio	7
1. El libro que se negó a dejarse escribir	9
2. La causa auténtica contra el prisionero	13
3. Lo que sucedió el jueves antes de medianoche.	31
4. Un paralelogramo psicológico de fuerzas.	44
5. La situación el viernes por la tarde	62
6. Treinta y seis horas después.	71
7. Sobre el comportamiento de dos hermanas y los hombres que huyeron durante la noche	82
8. Entre la puesta del sol y el amanecer.	92
9. El quid histórico del problema	109
10. La evidencia del pescador principal	124
11. La evidencia del hermano del prisionero	133
12. La evidencia del hombre de Tarso	141
13. El testimonio de la gran piedra	155
14. Algunas realidades de aquella lejana mañana	178
15. El criado del sacerdote	200

Prefacio

Este ensayo es, en algunos sentidos, tan poco corriente y provocativo que el escritor cree necesario explicar brevemente cómo llegó este libro a tener su forma actual.

En un sentido no podría haber adoptado ninguna otra forma, pues se trata esencialmente de una confesión, la historia íntima de un hombre que se propuso escribir una clase de libro y se vio obligado, por la simple fuerza de las circunstancias, a escribir otro muy diferente.

No es que los propios hechos hayan cambiado, pues están registrados, de modo imperecedero, en los monumentos y en las páginas de la historia humana. Pero la interpretación que había de acompañar a los hechos sufrió un cambio. De alguna manera la perspectiva varió, no de repente, como un rayo de visión o inspiración, sino lentamente, casi de modo imperceptible, por la misma testarudez de los propios hechos.

El libro, tal y como lo había planeado en principio, se quedó seco, por así decirlo, como esas barcasas del Támesis cuando el gran río se encuentra con el mar. El escritor descubrió un día que no sólo ya no podía escribir el libro tal y como lo había concebido un día, pero que de ser posible tampoco lo haría.

El relatar la historia de ese cambio y explicar las razones del mismo es el propósito principal de las páginas siguientes.

Capítulo 1

El libro que se negó a dejarse escribir

Supongo que la mayoría de los escritores confesarán haber escondido en algún lugar secreto, de su cajón más privado, el primer borrador de un libro que, por un motivo u otro, nunca verá la luz del día.

Normalmente el tiempo, ese venerado culpable, ha puesto el veto a la labor prometida. Se prepara el esquema del libro en un momento de entusiasmo y exaltada visión, trabajando sobre él durante algún tiempo, para dejarlo a un lado esperando ese “mañana” ocioso que con tanta frecuencia nunca llega. Siempre surgen otras tareas más urgentes y los compromisos y las responsabilidades se multiplican y el preciado borrador queda olvidado en su escondite. De esta manera pasan los años, hasta que un día el escritor se da cuenta de que, haga lo que haga, este libro en concreto no lo escribirá nunca.

En el caso actual fue diferente.

No fue que fallara la inspiración, ni que ese día de ocio no llegara nunca, sino más bien que cuando llegó la inspiración tomó un rumbo nuevo e inesperado. Fue como si un hombre se dispusiera a cruzar la selva por un sendero totalmente inesperado. El punto de partida fue el mismo, pero lo que varió fue el de salida.

Permítaseme explicar brevemente lo que quiero decir.

Cuando de joven comencé a estudiar en serio la vida de Cristo, lo hice con el profundo sentimiento de que, por decirlo de alguna manera, su historia poseía una base un tanto insegura.

Si permitís que vuestra imaginación se retrotraiga a los años noventa encontraréis en la actitud intelectual que prevalecía durante aquel período la clave de gran parte de mi pensamiento. Es verdad que el absurdo culto que negaba incluso la existencia histórica de Jesús ha dejado de tener importancia, pero la obra de los Altos Críticos, en especial la de los críticos literarios alemanes, había logrado difundir una impresión predominante entre los estudiantes de que la manera determinada en que la narrativa de Su vida y su muerte habían llegado hasta nosotros era poco digna de confianza, y que uno de los cuatro anales no era sino una brillante apologética escrita hace muchos años, quizás décadas, después de la muerte de la primera generación.

Como la mayoría de los otros jóvenes, profundamente sumido en otras cosas, no tenía yo los medios para verificar o formarme un juicio independiente sobre estas afirmaciones, pero el hecho de que casi cada palabra procedente de los Evangelios era entonces tema de continuos altercados y discusiones coloreó, en gran parte, el pensamiento de ese período y me imagino que difícilmente escaparía yo a su influencia.

Pero un aspecto del tema me afectaba muy directamente. Yo ya había comenzado a interesarme profundamente en la ciencia física, y en aquellos días no era preciso ir muy lejos para descubrir que el pensamiento científico se oponía de manera obstinada y hasta dogmática a lo que se llama los elementos milagrosos en los Evangelios. Con frecuencia lo poco que los críticos textuales habían dejado, la ciencia se ocupaba en minar. Personalmente no atacaba ninguna de las conclusiones de peso de los críticos textuales como la cuestión fundamental de lo milagroso. Me daba la impresión de que la crítica puramente documentaria podía estar equivocada, pero que las leyes del universo se volvieran atrás sobre sí mismas de una manera arbitraria e inconsecuente parecía muy improba-

ble. ¿Acaso no había declarado el propio Huxley, de una forma extrañamente final, que “los milagros no suceden” mientras que Matthew Arnold, con su famoso evangelio de la “Razonable dulzura”, había pasado gran parte de su tiempo intentando desenvolver un cristianismo no milagroso?

Yo sentía, sin embargo, un profundo y hasta reverente respeto por la persona de Jesucristo. Me parecía una figura casi legendaria de la pureza y la nobleza de la naturaleza humana. Una palabra grosera sobre El, o el tomar su nombre a la ligera, me sacaban de quicio. Me doy perfecta cuenta de lo corta que esta actitud se queda de la posición totalmente dogmática del cristianismo, pero es una manera honrada de mostrar que al menos un joven estudiante de aquellos tempranos años formativos sentía algo cuando las cosas superficiales oscurecían con tanta frecuencia las realidades más profundas y permanentes implícitas.

Fue más o menos durante esta época cuando, más para mi propia paz de espíritu que para su publicación, se me ocurrió la idea de escribir una breve monografía sobre lo que me parecía ser la más importante crítica fase en la vida de Cristo, los últimos siete días, aunque más adelante me di cuenta de que los días inmediatamente posteriores a la crucifixión resultaban igualmente vitales. El título que escogí fue “Jesús, la última fase”, un recuerdo consciente del famoso ensayo histórico realizado por Lord Rosebery.

Escogí por tres razones los siete últimos días de la vida de Jesús:

1. Este período parecía gratamente libre del elemento milagroso que yo sospechaba por motivos científicos.

2. Los escritores de los Evangelios dedicaban bastante espacio a este período y, en líneas generales, parecían estar sorprendentemente de acuerdo.

3. El juicio y la ejecución de Jesús fue un acontecimiento que produjo un eco histórico, atestiguado, de forma indirecta, por un millar de

consecuencias políticas y por la cantidad tan tremenda de literatura que surgió como consecuencia.

Me pareció poder llegar a la verdad de por qué este hombre murió una muerte cruel a manos del poder romano, cómo consideró El mismo el asunto y, en particular, cómo se comportó ante la prueba y entonces me hallaría muy cerca de la auténtica solución del problema.

Tal fue, en resumen, el propósito del libro que había planeado. Quería tomar esta última fase de la vida de Jesús, con su rápido y latente drama, su trasfondo de antigüedad claro y preciso y su tremendo interés psicológico y humano, a fin de despojarlo de su exuberancia de creencias primitivas y suposiciones dogmáticas y ver a esta Persona en su suprema grandeza tal y como era.

No es preciso que me detenga aquí para describir cómo, diez años después, surgió la oportunidad de estudiar la vida de Cristo como había deseado durante tanto tiempo, investigar los orígenes de su literatura, cribar alguna de la evidencia de primera mano y formar mi propio juicio sobre el problema que presenta. Me limitaré a decir que revolucionó todo mi pensamiento. Surgieron cosas de la historia de aquel antiguo mundo que yo jamás hubiera creído posibles. Lentamente, pero de una manera definitiva, llegué a la conclusión de que el drama de aquellas semanas inolvidables de la historia humana era más extraño y profundo de lo que parecía. Y fue precisamente la extrañeza de muchos sucesos notables en la historia lo que primeramente atrajo mi atención y solamente mucho después me daría plena cuenta de la irresistible lógica del significado.

Quiero tratar de explicar, en los restantes capítulos de este libro, por qué esa otra aventura jamás llegó a puerto, cuáles fueron los escollos con los que tropezó y cómo llegué a lo que para mí fue un puerto inesperado.

Capítulo 2

La causa auténtica contra el prisionero

Al tratar de desenredar la enmarañada madeja de pasiones, prejuicios e intrigas políticas en que los últimos días de Jesús se hallan entretejidos, siempre me ha parecido un principio perfecto llegar directamente al fondo del misterio, estudiando de cerca la naturaleza de la acusación en su contra.

Recuerdo que este aspecto del asunto se me ocurrió una mañana con una fuerza nueva e inesperada. Traté de imaginarme lo que sucedería si de aquí a unos dos mil años surgiera una gran controversia sobre una persona que fue el centro de un juicio criminal, digamos, en 1922. Para entonces la mayoría de los documentos esenciales habrían caído en el olvido. Puede que un descolorido recorte del periódico *The Times* o *Telegraph* o quizás algún jirón de un fragmento perteneciente a un libro de leyes, describiendo el caso, hubiera sobrevivido, llegando a formar parte de la colección de un anticuario. Las conclusiones necesarias habría que tomarlas de estos y otros fragmentos. ¿Pero no es cierto que aquellos que vivieron en aquel lejano día, deseando llegar a la auténtica verdad sobre el hombre en cuestión irían primero al asunto crucial del cargo de que se le acusaba? Dirían: “¿Qué es lo que sucedió? ¿Qué dijeron sus acusadores y qué cargo trajeron sobre él?” Si,

como sucede en este caso, se hubieran pronunciado varias acusaciones, preguntarían que cuál había sido la *causa auténtica* contra el prisionero?

El momento en que encabezamos nuestra investigación con esta pregunta, surgen ciertas cosas que aclaran, de una manera nueva e inesperada, el problema. Nos será muy útil comprender lo que son estas cosas significantes si consideramos en primer lugar el carácter singular del juicio mismo. Ya que no sólo tuvo lugar a una hora sin precedente para dichos trámites, sino que se caracterizó a lo largo del mismo por particularidades de una clase especial. Consideremos, en primer lugar, el elemento vital de la hora.

Los historiadores están de acuerdo en que el arresto *de Jesús sucedió en el huerto de Getsemaní a altas horas de la noche*, inmediatamente antes del día de la crucifixión, y se justifica plenamente creer que no pudo suceder antes de las once y media de la noche.

Esta deducción se basa en la cantidad de tiempo que se requiere entre los sucesos registrados entre el momento en que los asistentes a la cena se separaron, probablemente en una casa en la Ciudad Alta, y la llegada de la guardia al huerto al pie del Monte de los Olivos. Tres cosas indican irresistiblemente lo tarde de la hora:

1. No cabe duda de que los discípulos estaban cansados, puesto que hasta el robusto pescador Pedro, acostumbrado a las solitarias vigiliias de la profundidad, no podía mantenerse despierto.

2. Tanto San Mateo como San Marcos relatan tres ocasiones en que los discípulos se quedan dormidos, interrumpidos por el periódico regreso de Cristo de sus prolongadas meditaciones bajo los árboles cercanos.

3. El hecho de que estaba bastante oscuro, y que debido al uso de las antorchas, Cristo pudo ver cómo se acercaba desde la distancia la compañía de los que le habían de entregar (véase Marcos 14:42, "Levantaos, vamos; he aquí, se acerca el que me entrega").

Nadie puede leer el relato de este extraordinario episodio sin darse cuenta de que esta determinada visita al huerto fue diferente a las anteriores al mismo lugar que menciona San Juan. Esos hombres permanecían allí por la voluntad de Cristo a una hora mucho después de lo que acostumbraban a estar ya reposando en sus camas en Betania. Estaban esperando, porque El se lo había pedido, algo que también El esperaba y que tardaba muchísimo tiempo en suceder. Imaginando que la cena hubiera acabado a las nueve y treinta y que hubieran llegado al huerto temprano, a las 10 de la noche, el arresto no podía haberse efectuado mucho antes de las once y treinta. Esto nos da, con cierta seguridad, la hora del juicio preliminar.

Los arqueólogos y estudiantes de la topografía de la antigua Jerusalén suelen estar de acuerdo en que una vieja escalinata descendía desde la Ciudad Alta a la puerta que conducía al estanque de Siloé en el ángulo sureste de la muralla de la ciudad. Nehemías lo menciona (cap. 3:15): "Las gradas (escalinata) que descienden de la ciudad de David" y una vez más (cap. 12:37): "Y a la puerta de la Fuente, en frente de ellos, subieron por las gradas de la ciudad de David, por la subida del muro".

Había, por lo tanto, dos caminos que el grupo podía seguir. Uno de ellos era el que seguía el curso del valle de Cedrón hasta llegar al pie de la escalinata y de ahí a casa del sumo sacerdote, y el otro tomaba el camino principal de Betania, a la parte nueva de la ciudad, y desde allí al valle de Tiropeón hasta llegar a la residencia del sumo sacerdote. Incluso aunque la tradición no hubiera indicado como posible el primero, está claro que el haber llevado a Jesús atravesando la parte más poblada de la Ciudad Baja no sólo hubiera resultado inoportuno, sino que para ello hubieran tenido que dar un rodeo durante el cual hubieran perdido un tiempo precioso y en este extraño negocio nocturno el tiempo era un factor importante.

Si, por lo tanto, pudiéramos, por medio de la magia, hacer volver los siglos, podríamos haber contemplado, desde un lugar estratégico de la antigua Jerusalén sobre medianoche o poco después, ese memorable 14 de Nisán, a un pequeño grupo de hombres que llevaban a una figura,

que extrañamente no ofrece resistencia, en la oscuridad, a lo largo del rocoso sendero que se halla al borde del acantilado en la cara levantina del muro del Templo, por el camino histórico de la muralla de la ciudad hasta el lugar donde se hallaban sus declarados y habituales enemigos.

¿Cómo sucedió que el más distinguido hebreo de su generación se encontró El mismo frente a esta situación peligrosa y amenazadora, en una noche cerrada, la víspera de uno de los más solemnes festivales judíos? ¿Cuáles fueron las fuerzas secretas y escondidas que precipitaron su arresto? ¿Por qué escogieron precisamente este momento tan inconveniente? Sobre todo, ¿cuál fue el gravamen de la acusación contra El?

Se necesitaría mucho más que este capítulo para dar réplica a estas preguntas a las cuales este libro es sólo una respuesta muy parcial e inadecuada, pero dos cosas se destacan de manera muy clara según la crónica del juicio, que requieren un detenido estudio. La primera de ellas es la naturaleza particular de la única acusación definitiva contra Jesús. La segunda es el reconocimiento sobre el que se basa su condena.

Me parece que cometeremos un error imperdonable si nos imaginamos (como sucede con tanta frecuencia con algunos escritores cristianos) que todo lo que los sacerdotes hicieron aquella noche es *ultra vires* e ilegal. Como es natural, existen aspectos del suceso que, al estudiar el caso, deben considerarse definitiva, e incluso notoriamente, contrarios a la ley judía. Creo que eso lo admitirá todo buen estudiante de la *Mishná* y las instituciones judías, según existían en aquel tiempo.

Era ilegal, por ejemplo, que la Guardia del Templo, actuando oficialmente como instrumento del sumo sacerdote, efectuara el arresto, ya que esto debía dejarse a la acción voluntaria de los testigos. Era ilegal llevar a juicio, durante la noche, una acusación capital (juicio de por vida), pues solamente los "juicios por dinero" podían tener lugar después de la puesta del sol. Era ilegal, una vez que el testimonio de los testigos se había derrumbado, que los jueces reinterrogaran al prisionero. Debían haberle absuelto y si el testimonio dado resultaba demostrablemente

falso, los testigos debían haber sido sentenciados a muerte por apedreamiento.

Esto es lo que hallamos a primera vista sobre la situación, pero detrás de estos sucesos notablemente irregulares durante el juicio de Jesús, vemos que se mantiene una legalidad subyacente, observando de manera meticulosa hasta los más mínimos detalles de la ley, lo cual es interesante y muy instructivo para el estudiante imparcial de la historia.

Este hecho resulta chocante si examinamos la manera tan singular en que la base de la acusación cambió durante el curso del juicio. Como sabe todo el que haya estudiado con detenimiento los anales, existían en total tres acusaciones principales contra Jesús durante el curso de las fases sucesivas del juicio. Podemos resumirlas como sigue:

1. Había amenazado destruir el Templo.
2. Había afirmado ser el Hijo de Dios.
3. Había instigado al pueblo contra César.

La tercera de estas acusaciones la podemos descartar de inmediato, pues no era la queja de los judíos, sino que había sido ideada tan sólo con fines políticos. La ley romana no tenía jurisdicción sobre las ofensas por las cuales Cristo había sido condenado a muerte, pero sin Pilato su muerte no podía ser consumada. Por lo tanto, era absolutamente necesario hallar una acusación política que justificara ante el procurador romano la pena capital que ya le habían impuesto tácitamente. Escogieron la acusación del complot contra César porque era la única clase de acusación que podía tener importancia a los ojos de Poncio Pilato o de cualquier representante del poder romano. Y hasta eso casi falló, y hubiera fallado por completo, de haber estado el cargo de procurador en manos más poderosas.

Pero, como ya he dicho antes, poco importaba cuál fuera la acusación aparente ante Pilato. Lo que nos preocupa profundamente es la acusación *auténtica* de los judíos contra Cristo. El momento en que concentramos nuestra atención sobre esto, tenemos una visión totalmente

clara de lo que había tras la acusación.

Debemos recordar que, según una antigua costumbre hebrea, los acusadores durante un juicio criminal judío eran los testigos. Ninguna otra forma de acusación era legal, y el primer hecho, claramente definido, en este drama a medianoche, una vez que el Prisionero se halló ante los jueces, fue el de llamar a los testigos, tal y como la ley demandaba. Tanto San Mateo como San Marcos son muy claros sobre este punto.

San Marcos dice: “Levantándose unos, dieron falso testimonio contra él”.

San Mateo dice: “Muchos testigos falsos se presentaban”.

Y San Marcos afirma que la evidencia de estos testigos no “concordaba” y, por lo tanto, quedó descartada.

Para aquellos que no están familiarizados con las sutilezas de la jurisprudencia judía, y en especial con la peculiar orientación de la ley a favor del prisionero, les parecerá extraño que, después de haberse molestado en conseguir testigos para la acusación, el tribunal hubiera inmediatamente rechazado la evidencia. Si la historia de los testigos era una invención deliberada, no hubiera resultado muy difícil armonizar por adelantada, o, según dirían en aquel entonces, haberlo hecho “concordar”. El mismo hecho de que el tribunal rechazara el testimonio demuestra que en esta cuestión fundamental de los testigos hasta el propio Caifás se vio obligado por necesidad a seguir la costumbre hebrea tradicional y característica en un “juicio de vida”.

Lo que esa costumbre era ha sido descrito con toda suerte de detalle en la *Mishná*. Había tres clases de testimonios reconocidos por la ley:

1. El testimonio insubstancial.
2. Un testimonio estable.
3. Un testimonio adecuado.

Ahora bien, existía una distinción muy práctica entre estas tres clases de evidencia. Un “testimonio insubstancial” era un testimonio evidentemente sin importancia y sin valor e inmediatamente reconocido como tal por los

jueces. Un “testimonio adecuado” era la evidencia en la cual los testigos “estaban de acuerdo entre sí”. “La menor discordancia entre la evidencia de los testigos” (dice el distinguido escritor judío Salvador) “se limitaba a destruir su valor”.

Está claro, por tanto, que fuese cual fuese el contenido de los testigos preliminares a los que se refieren los dos evangelistas, no pasó de la segunda etapa provisional, lo cual significa que era demostrablemente contrario a la experiencia y conocimiento del tribunal o que fue anulado por motivos técnicos. El hecho de que San Marcos afirmara que “no había unanimidad en los testigos” claramente indica que se trataba de lo segundo.

Pero ahora sucede algo muy curioso. Cuando este testigo preliminar e insatisfactorio fue despedido, dos hombres avanzaron siendo portadores de una evidencia circunstancial definitiva.

San Marcos dice:

Entonces levantándose unos, dieron falso testimonio contra él, diciendo: Nosotros le hemos oído decir: Yo derribaré este templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro hecho sin mano.

San Mateo, que en este caso probablemente no cita a San Marcos, sino que se basa en alguna fuente antigua, lo confirma diciendo:

Pero al fin vinieron dos testigos falsos, que dijeron: Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo.

Sucediera lo que sucediera en aquella noche memorable, parece cierto que dos hombres se acercaron, con las antorchas brillando de lleno sobre la cara de Cristo, acusándole de haber utilizado palabras similares a estas. Este es un hecho importante, y quiero pedir al lector que no lo olvide por unos momentos.

Ahora bien, el asunto de inmediata importancia

consiste en saber si estos hombres inventaban a propósito algo que Jesús pudo haber dicho en realidad. Personalmente dudaría en creer que una afirmación tan definitiva y circunstancial fuese pura invención, aunque no dispusiéramos de otros datos. Es mucho más peligroso deformar lo que ha dicho un hombre habiendo otros presente, que mentir deliberadamente acerca de él. Solamente los más osados expresarán su aprobación cuando se trata de una mentira deliberada y calculada y siempre ha sido así, y podemos estar razonablemente seguros de que así sucedió en esa ocasión. Estos hombres habían oído a Cristo hacer una afirmación trascendente en el patio del templo, y no había nada pero que pudieran hacer que dar una versión distorsionada y engañosa de ello durante su juicio.

Pero existe, en mi opinión, una razón más concluyente por la que podemos considerar el testimonio de estos testigos como un reflejo de algo que Cristo mismo dijo en alguna ocasión en público. Los dos hombres declararon que habían oído al Reo utilizar ciertas palabras que, de ser verificadas, implicarían la doble ofensa de brujería y sacrilegio. El castigo para la brujería era la muerte y el castigo por sacrilegio, ser apedreado y exposición del cuerpo. Desde el punto de vista de los enemigos de Jesús resultaba prácticamente imposible hallar una acusación más fatal y *a pesar de ello el testimonio fue descartado.*

¿Por qué sucedió eso? Tiene que haber una explicación satisfactoria e histórica. Si el testimonio de los dos hombres había sido pura invención, si había tenido su origen en la mente intrigante de Caifás y, por así decirlo, los testigos habían “representado” un papel, no cabe duda de que no hubieran echado a perder el asunto de manera tan cándida y tan irritante. Después de todo, los testigos solamente tenían unas pocas palabras que pronunciar y la prudencia más elemental se habría asegurado, anticipadamente, de su conformidad. La causa contra Cristo debiera haber conducido rápida y triunfalmente a su condenación.

Pero no es esa, ni mucho menos, la situación que encontramos. Encontramos una situación en la que el tribunal, a pesar de la ilegalidad de la sesión a esta hora avanzada, perdió un tiempo precioso en un proceso

judicial que no les conducía a ninguna parte. Una vez escuchadas las elaboradas palabras de los testigos, Jesucristo seguía libre de toda acusación y, desde luego, un hombre no declarado culpable. Todo el proceso amenazaba venirse abajo a causa de un punto vital de la ley judía.

Dos cosas surgen de este hecho indiscutiblemente histórico. En primer lugar Caifás no disfrutaba de un poder absoluto como para hacer su voluntad en la asamblea. Existían, evidentemente, poderosas influencias en la Cámara del Concilio a favor de una rigurosa observancia de la ley, especialmente en la cuestión decisiva de los testigos. No debemos de olvidar que el juicio de este tribunal no era final y lo que esos hombres hicieran esa noche debía mostrarse a la mañana siguiente ante el gran Sanedrín en su sesión plenaria. Al parecer habían tenido problemas con anterioridad cuando Nicodemo, un miembro de la misma, había protestado por una condena sin que previamente se hubiera examinado al testigo. Podían justificar la ilegalidad de la audición nocturna diciendo que se trataba de un caso de alta necesidad política y la proximidad de la Fiesta, pero un fallo serio en la acusación pudiera fácilmente haber puesto obligatoriamente en libertad al Prisionero en un momento en que indudablemente una inmensa multitud hubiera corrido a su lado.

Además el mero hecho de que el testimonio fuera tan rigurosamente examinado implica que los testigos debían igualmente andarse con cuidado con lo que declaraban. Bajo el sistema judío de jurisprudencia, con su indudable inclinación a favor del acusado, resultaba muy peligroso ser testigo en un “juicio para vida”. El castigo por falso testimonio era la muerte, de ahí que el número de estos casos fuera limitado.

Pero la deducción realmente impresionante que sacamos de este proceso singular es la siguiente: si el testimonio *no* se había acordado de antemano, si el desacuerdo sorprendió y exasperó al sumo sacerdote, por lo menos es evidente que era un testimonio *bona fide*, y tenía cierta relación definitiva con los hechos. Por lo tanto, aunque el escritor del Evangelio según San Juan no hubiera conservado para nosotros lo que podríamos llamar la

versión “oficial” de lo que aconteció en el patio del templo, nos veríamos obligados a creer que en alguna ocasión histórica Jesús empleó algunas palabras que se parecían mucho a las palabras por las que se le acusaba.

¿Cuál fue la expresión histórica tras esta acusación? ¿Qué dijo realmente Jesús para dar pie a estas afirmaciones circunstanciales? Tenemos tres versiones de las que podemos escoger. Según el “testimonio” de San Marcos Jesús amenazó deliberadamente destruir el templo y reconstruirlo, como por encanto en tres días. Las palabras son muy claras:

Yo derribaré este templo que es hecho a mano, y en tres días edificaré otro hecho sin mano.

El testimonio de Mateo modifica y suaviza un tanto la acusación. La sugerencia de reemplazar el templo de una manera mágica aún está ahí, pero Cristo está representado como quien afirma sólo tener el *poder* para hacerlo:

Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo.

¿Podemos nosotros, en vista de la ausencia de una versión más auténtica de lo que fue la expresión histórica, aceptar una de estas dos afirmaciones como la verdadera? No es posible que lo hagamos sin violentar por ello toda la impresión sinóptica del Jesús histórico; luego consideremos su importancia. Le hacen decir a Jesús, por su propio poder y voluntad, que podría derribar el templo de Herodes, o hacer que cayera, o desapareciera, reemplazándolo por otro. Semejante afirmación, como es natural, solamente podría ser válida ejercitando un poder sobrenatural o mágico, más allá de lo que jamás Cristo había afirmado, y más allá del más atrevido de los sueños del discípulo más alucinado de la necromancia oriental. Es más, podemos decir que ninguna persona en su sano juicio, especialmente de la categoría espiritual y moral a la que Cristo pertenecía, se atrevería a hacer semejante afirmación.

Podemos imaginarnos a un fanático y un tonto, cuya mentalidad lindara en la locura, que dijera semejante idiotéz en un acceso de locura, sabiendo perfectamente que no va a tener que responder para justificar sus palabras, pero el Prisionero en este juicio no cae bajo esa definición, ni tiene su personalidad la más remota relación con ella. En toda su historia no existe el menor rastro de aquellas características que son la marca de una mente enferma. Sino al contrario, hay muchas indicaciones de esa perfecta sanidad que acompaña a una mente firme y disciplinada. Parece haber amado de modo supremo la verdad y la sinceridad y esa humildad interna que acercan al hombre a Dios; odiaba todo fingimiento e hipocresía así como las fanfarronadas. Y lo que es más aún, era hombre un tanto vergonzoso y profundamente sensible.

Ninguna persona con visión histórica, tomando de las páginas antiguas del relato de Su vida, puede permanecer ignorante de lo que sucedió cuando le trajeron a la mujer adúltera. El se ruborizó y se inclinó para escribir sobre la arena a fin de cubrir su confusión momentánea y ganar la compostura moral que una situación pública requería con esa falta de delicadeza y ese elemento desagradable de aquella situación. Allí, más que en ningún otro lugar, tenemos una visión del auténtico Jesús de la historia. Suena real junto con los memorables dichos morales que de El tenemos, pero la evidencia de que disponemos nos lleva en dirección opuesta. Según San Juan, lo que Jesús realmente dijo fue: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré” y el autor añade de manera parentética: “Mas el hablaba del templo de su cuerpo”.

Como es natural, ningún estudiante que examina el problema detenidamente puede negar por un momento que éste es un dicho difícil; es difícil sea cual fuere su interpretación, pero si hemos de decidir entre tres lecturas divergentes y contradictorias, me inclino a decir que una cosa me impresiona profundamente, el hecho de que *las palabras “en tres días” aparecen en cada una de ellas*. No creo que el impacto total de esta circunstancia haya sido plenamente verificado.

En la vida corriente, cuando nos enfrentamos con

varios relatos divergentes de un suceso determinado, lo lógico y natural es examinar primero aquellos puntos en que los narradores están de acuerdo. La probabilidad de que dichos puntos de acuerdo representen algo sólido y original es bastante notable y esto se aplica, de manera muy especial, cuando los testigos vienen, por así decirlo, de campos contrarios y están en total desacuerdo en otras características esenciales del caso.

Ahora bien, la particularidad de la frase “en tres días” reside en el hecho de que ocurre muy rara vez en las enseñanzas que tenemos de Cristo y entonces sólo en circunstancias que han parecido a muchos críticos presentar graves dudas sobre la autenticidad de los pasajes en cuestión. Tomemos, por ejemplo, tres incidentes sobresalientes que suceden en el Evangelio de San Marcos:

Marcos 8:31: Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días.

Marcos 9:31: Porque enseñaba a sus discípulos, y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día.

Marcos 10:33: He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará.

El lector actual, que se acerca a estas páginas con una desgana instintiva por aceptar cualquier cosa que trascienda el campo de su experiencia normal se siente inclinado a decir: “Entiendo que Jesús predijera su propia muerte, ya que debía haberse dado cuenta de cuál sería el probable fin de la brecha, cada vez mayor, entre sí mismo y los

sacerdotes, y creo que no es inverosímil que hubiera preparado a sus discípulos en privado para el suceso, pero no cabe duda de que estas referencias a su resurrección de entre los muertos solamente pueden haber sido escritas después de su muerte y no forman parte integrante de las expresiones originales”.

Confesemos con franqueza que a primera vista da esa impresión, pero cuando examinamos detenidamente las minutas de este juicio con todas sus marcas primitivas de autenticidad, el escuchar de manera meticulosa, aunque a la postre de nada sirvió, a los testigos hostiles, descubrimos con sorpresa que esas mismas palabras (“en tres días”) que la razón nos dice que *Cristo nunca podría haber pronunciado*, son precisamente las palabras que según todos los testigos formaban el meollo de la sentencia fatal e histórica con que fue culpado. Hubiera resultado una extraña coincidencia el que la frase escogida por los enemigos de Cristo, sobre la que basaron la mortal acusación, no hallara una contraparte o paralelo en la variada enseñanza de los dos años anteriores.

¿Qué, pues, hallamos? Hallamos al Reo acusado de la más fantástica y absurda afirmación, tanto es así que de no haber sus jueces rechazado el testimonio, hubiéramos tenido que recibirlo con dudas y reservas. Pero por la configuración de las circunstancias parece surgir el hecho de que lo que probablemente dijo debió ser aún más extraordinario.

Lo que en efecto dijo fue: “Si me matáis, me levantaré de la tumba”. No veo escapatoria a la lógica de esta conclusión. Podemos decir que estaba equivocado, que una extraña obsesión mental le dominaba periódicamente cuando hablaba en público, pero que llegó a decir algo tan extraordinario e increíble como esto es algo que no podemos dudar.

Pero aún nos queda por considerar la otra característica sobresaliente de este afamado juicio. Jesús de Nazaret fue condenado a muerte no por las declaraciones de sus acusadores, sino por la admisión que le sacaron bajo juramento.

Está perfectamente claro que después de haber escuchado a los testigos, y haber rechazado finalmente su testimonio, el caso se desarrolló totalmente de forma ilegal. La ilegalidad consistía en que el presidente del tribunal tratara de conseguir, preguntando directamente al Reo, el motivo necesario para una condena que los propios testigos no habían podido presentar.

Como es natural, esto era totalmente contrario tanto a la letra como al espíritu del detallado código judicial por medio del cual la ley judía intentaba proteger la vida del ciudadano. El poder de la acusación en un “juicio por vida” hebreo dependía tan sólo de los testigos y eran ellos los que tenían que efectuar el arresto y traer al acusado al tribunal. Era la obligación del tribunal proteger los intereses del Prisionero en todo lo posible, mientras intentaban llegar a un juicio justo e imparcial basándose en la evidencia sometida.

Que el Prisionero no gozó de esta protección judicial es evidente, en este caso, incluso por una lectura superficial de la narrativa. Está claro en el tono irritado con que el sumo sacerdote se dirige al Reo cuando el último de los numerosos testimonios había quedado sin efecto,

¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti?

Tal vez no se podía objetar a esta pregunta por sí sola. Sin lugar a dudas, Cristo tenía derecho, como acusado, a presentar cualquier hecho o explicación en su propia defensa, pues hasta el momento había guardado silencio. Era apropiado que le preguntaran si tenía algo que alegar sobre la evidencia. Pero lo verdaderamente significativo es la velada hostilidad hacia el Reo, lo que nos pone sobre aviso en cuanto a lo que va a suceder a continuación. Porque, de inmediato, el sumo sacerdote parece haber dejado de lado toda pretensión de legalidad.

Ocupando su lugar, en el centro del tribunal, Caifás le aplicó a Cristo el más solemne de los juramentos conocido en la Constitución hebrea, el celebre Juramento del Testimonio. “Te conjuro por el Dios viviente” (Mateo

26:63). A esto, Cristo, como judío piadoso y observante de la ley, no le quedó más remedio que responder.

Según la Mishná, si uno dice, “Te conjuro por el Todopoderoso, por Sabaot, por el Bondadoso y Misericordioso, por el que todo lo sufre, por el Compasivo, o por cualquiera de los títulos divinos, he aquí han de responder”.

Despojada de la típica fraseología con la que la mente hebrea de aquel tiempo investía la concepción del Mesías, la pregunta que Caifás, el sumo sacerdote, le hizo a Jesús era directa y sencilla:

¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios?

La respuesta del Prisionero no fue menos directa. He aquí tres versiones de la misma:

Yo soy (Marcos 14:62).

Tú lo has dicho (Mateo 26:64).

Vosotros decís que lo soy (Lucas 22:70).

Como ha señalado el señor Baring Gould, estas respuestas son realmente idénticas. La fórmula “Tú lo has dicho” o “Vosotros decís que lo soy”, que a nosotros nos pueden parecer evasivas, no daban esa impresión a la mente judía contemporánea. “Tú lo has dicho” era la manera tradicional en que un judío cultivado respondía a una pregunta seria o de contenido triste. La buena educación prohibía el uso directo del “sí” o “no”.

Por lo tanto, Cristo dijo esta cosa tan considerable con gran exactitud y énfasis. La satisfacción de Caifás al obtener de un solo golpe esta tremenda y (desde el punto de vista del Prisionero) peligrosa confesión es evidente. Casi podemos escuchar la nota de triunfo en su voz al volverse hacia los rabíes allí reunidos exclamando:

¿Qué más necesidad tenemos de testigos:
Habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece?

Para el estudiante cuya mente está pendiente de los hechos que podíamos llamar *subyacentes* de la historia,

este repentino desarrollo del caso hasta llegar a su culminación dramática es la mar de interesante.

¿Por qué, de repente, adoptaba el juicio esa marcada forma anticonstitucional a una hora relativamente tardía en el proceso después de haber perdido tanto tiempo en examinar la evidencia de los testigos? Si la afirmación obligada del Reo era suficiente como para condenarle ¿para qué escuchar a los testigos?

Sin duda, la respuesta a estas preguntas se encuentra en la naturaleza tan particular del problema táctico y judicial frente al que se encontraba Caifás. Es evidente que la poderosa familia saducea a la cual pertenecía el sumo sacerdote se había propuesto quitar de en medio a Jesús y nada, sino la pena capital, o sea la muerte, les satisfaría. Pero, por extraño que parezca, hasta un caso indiscutiblemente demostrado de blasfemia o brujería no era suficiente. Caifás tenía que pasar por encima de los puristas del Gran Sanedrín y las provisiones de la ley mosaica a esa barrera un tanto más formidable, el poder y la tolerancia de Roma.

Ninguno mejor que Caifás sabía cuáles habían de ser las consecuencias personales y políticas de la venida del auténtico Mesías en la carne. Que representaba una especie de reinado, con Jerusalén y los Santos Lugares como su corte, es evidente. Además incluía un choque inmediato y sanguinario con las guarniciones romanas por todo el país. Ello significaba un gran levantamiento del pueblo y la seguridad de una expedición penal, a la cabeza de la cual se hallaría un dirigente romano de recursos, tal como la que cuarenta años después convirtió la ciudad en ruinas.

Todas estas cosas pertenecen a un bosquejo, a grandes rasgos, de una situación que resultaba tan inevitable como el que la noche sigue al día. Estos hechos no podían escapar el ojo penetrante de los responsables en mantener los privilegios judíos, obtenidos con tanto trabajo, bajo la ocupación romana. Caifás, como sumo sacerdote en función, hizo un comentario tremendamente agudo en cuanto al arte de gobernar cuando dijo:

Nos conviene que un hombre muera por el

pueblo, y no que toda la nación perezca (Juan 11:50).

Pero las consecuencias personales que habrían de sufrir Caifás y su familia eran escasamente menos desagradables. No sabemos qué cambios se habrían realizado en la Constitución del Gran Sanedrín bajo un verdadero régimen mesiánico; posiblemente hubieran sido muy considerables, pero una cosa sí es segura, la suprema ascendencia del sumo sacerdote, como arbitrador de las fortunas nacionales, hubiera quedado eclipsada. Cualesquiera que fueran los aspectos de la forma antigua e histórica de la Constitución hebrea, auténtico dinasta hubiera sido el Mesías. Como el liberador nacional y supremo representante del Dios de Israel, su derecho a imponer una política y a dirigir los sucesos hubiera sido total y absoluto. La perspectiva de que el carpintero nazareno ocupara este lugar sin igual en el poder nacional debió de conturbar a ciertos hombres (y mujeres) que sentían un particular interés por mantener el *status quo*.

Por lo tanto, el problema era traer un caso concluyente que no sólo fuera prueba contra una posible crítica por los Setenta y Uno, sino que les facilitara una base indiscutible para actuar bajo la ley romana.

Durante la búsqueda de esta fórmula no cabe duda de que muchos testigos fueron examinados y su testimonio rechazado como insuficiente, pero a continuación aparecieron dos testigos con lo que parecía ser un caso especialmente prometedor. Implicaba dos ofensas, ambas castigadas por la muerte bajo el código hebreo. Pero una vez más se descubrió la misma debilidad fatal. Quizás no la percibiera el Sanedrín, pero, ¿lograría pasar desapercibida ante el procurador romano? No cabía duda de que no. Se necesitaría algo más serio que esta amenaza aparentemente frívola de destruir el templo para conseguir el consentimiento de Pilato a una pena que había sido expreso apartada por César de manos sectarias.

Todo el proceso se iba a venir abajo cuando la mente alerta de Caifás concibió un expediente a fin de salvar la situación. Era ilegal, pero era el recurso desesperado de un

hombre que ha llegado al límite de su paciencia al malograrse sus planes. Aplicó el Juramento del Testimonio, ante el cual hasta el silencio era una ofensa imperdonable. Seguramente tuvo más éxito de lo que jamás pudo soñar, porque en esa respuesta atrevida “Yo soy”, salió a la luz la tan ansiada base de la más terrible de todas las acusaciones ante el procurador romano.

César podía mostrarse indiferente ante las declaraciones un tanto excéntricas de un predicador itinerante, pero no ante uno que reclamaba un trono. En el silencio del tribunal, cuando las solemnes palabras de afirmación pronunciadas por el Reo, otras palabras probablemente se estaban ya formando en la mente de Caifás: “Si a éste sueltas, no eres amigo de César”.

Capítulo 3

Lo que sucedió el jueves antes de medianoche

Sugerí en una página anterior que las consideraciones de *tiempo* desempeñaban una parte característica y decisiva en determinar los sucesos inmediatamente anteriores a la muerte de Cristo. Si deseamos llegar a la verdad en este asunto debemos estudiarla con los ojos, por así decirlos, fijos en el reloj, en particular cuando nos acercamos a dos elementos muy importantes en este caso: el trato de los dirigentes judíos con *Judas* y más adelante con *Poncio Pilato*.

Estos dos hombres representaron un extraño y, a primera vista, inexplicable papel en los sucesos de esas doce horas que pusieron punto final a la vida terrenal de Cristo. Empecemos considerando el caso de Judas.

La primera cosa que desafía al pensamiento en todo este asunto de Judas es el hecho curioso de que Caifás y sus amigos consideraran necesario emplearle. ¿Por qué este hombre, Judas, aparece de repente en la historia? ¿Qué podía él ofrecer a los sacerdotes que no estuviera a su alcance en virtud de su posición oficial? ¿Por qué se gastó la ínfima cantidad de dinero-de-sangre a fin de asegurarse su servicio.

Estas preguntas son de vital importancia y afectan profundamente nuestra visión de todo el caso. El conside-

rar a Judas sencillamente como un informador corriente, dispuesto (por una retribución) a llevar a las autoridades al escondite secreto del que hasta entonces había sido su Amigo y Jefe, resulta absurdo. Jesús no se escondía. Desde el momento en que llegó a última hora de la tarde a Betania, ningún intento había sido hecho por encubrir sus movimientos. Parece haber asistido a una comida en su honor en la casa de Simón el leproso, bien el sábado o el martes por la noche. Durante tres días consecutivos (domingo, lunes y martes) había viajado abiertamente a Jerusalén, regresando a Betania cada noche.

Resulta ridículo suponer, cuando ya el domingo por la mañana un gran número del pueblo sabía lo suficiente acerca de sus movimientos como para acudir en masa junto al camino de Jerusalén, que los propios dirigentes ignoraran su paradero. Evidentemente debían saberlo. Durante cualquiera de las cuatro noches críticas podrían haber ido rápida y secretamente a Betania a fin de efectuar su arresto. ¿Por qué no lo hicieron? ¿Qué esperaban y que sólo Judas podía ayudar?

Acostumbramos hacer frente a estas preguntas enfatizando la parte de la respuesta que aparece en los Evangelios: el temor al pueblo. No parece, sin embargo, que se haya discernido que, inevitablemente, ésta solamente pueda ser la mitad de la verdad y que la otra mitad se ha retenido.

No debemos olvidar que los Evangelios fueron escritos del material reunido principalmente por el grupo que se identificó con Cristo. Judas murió sin descubrir su secreto, y difícilmente los dirigentes judíos lo habrían traicionado, pero sugerir que todo cuanto Judas hizo fue llevar a los oficiales del Sanedrín a un lugar solitario y apartado donde pudieran arrestar a Jesús en secreto, cuando podrían haberlo hecho bajo su propia iniciativa a primera hora de la mañana en Betania cuando sus habitantes dormían o en un lugar conveniente en el camino al otro lado del monte de los Olivos cualquier noche excepto la del miércoles, o durante el miércoles en la callada arboleda de aquella pequeña y tranquila aldea, es perder de vista por completo la sutileza de los factores psicológicos que esto encierra.

A fin de evitar una posible interpretación falsa sobre un punto vital, permítaseme decir que yo sería el último en negar que el temor al pueblo pesaba en gran manera sobre los dirigentes judíos. Nadie sabía, nadie podía saber cuáles serían las consecuencias políticas de tomar por la fuerza a la persona de aquel que una gran parte del pueblo consideraba como el Mesías de la profecía. La situación no tenía precedentes y resultaba extremadamente sensible y delicada. Todo cuanto estos hombres realizaron, lo hicieron mirando sobre el hombro hacia esa entidad insondable, la voluntad popular.

Pero el mero temor al pueblo no explica algunas de las cosas más extrañas del asunto. Algo que Judas dijo a los sacerdotes hizo que estos precipitaran los sucesos en el último momento; realizando la cosa a una hora que presentaba la máxima dificultad legal y oficial. Les hizo asistir a la más extraña cita entre el hombre "buscado" y sus perseguidores de que la historia tenga conocimiento. Les hizo mandar a El, un hombre indefenso en un huerto solitario y desierto a medianoche, una imponente y hasta ridícula manifestación de fuerza, suplementada por precauciones, cuyo significado no podemos confundir.

¿Qué significa todo esto? Personalmente estoy convencido de que bajo el temor aparente hacia el pueblo, existía un temor más profundo y poderoso, un temor que explica todas sus extraordinarias dudas y vacilaciones, hasta que un mensaje bienvenido llega a sus sorprendidos oídos: *el temor hacia el propio Cristo*.

Caso de que este pensamiento resultara extraño y poco familiar, consideremos los hechos. Resulta imposible separar a estos hombres de sus limitaciones mentales y supersticiones propias de su tiempo. Tanto si el lector cree que los "milagros" de Cristo se realizaron en realidad como si cree que son sencillamente atribuciones legendarias de una edad supersticiosa y nada científica, el hecho permanece; la ascendencia personal y reputación de Jesús durante su propia vida es inmensa. Los relatos de las curaciones de los ciegos, el paralítico y el endemoniado eran bien conocidas por todos. Venían de todas partes del país y al parecer eran aceptadas de manera implícita

incluso en los lugares de elevado rango en Jerusalén. No parece que sus contemporáneos dudaran de que poseía ciertos poderes muy por encima de los normales.

Resulta difícil leer imparcialmente los Evangelios, especialmente los últimos capítulos, sin apercibirnos de que la aureola de misterio que rodea a la persona de Jesús reaccionaba poderosamente sobre el plano de los dirigentes. Ellos estaban tratando con una cantidad desconocida e incalculable y sus hechos lo muestran claramente. A lo largo de los cuatro días críticos anteriores al del arresto, cuando, de haberlo deseado, Jesús podía haber levantado a la ciudad a un grado inimaginable de alboroto y excitación, se comportaron como hombres que se hallan bajo la coacción de un temor secreto. No existe esa rápida y decisiva lucha con una situación peligrosa que hubiéramos esperado encontrar en hombres que ocupaban un lugar de poder. Las dudas y vacilaciones caracterizan sus hechos e incluso después de la tremenda y mordaz denuncia del martes por la tarde, dejaron la iniciativa a Cristo. En verdad, es uno de los hechos clave que en este extraño relato Cristo llevó la iniciativa hasta el final.

Personalmente, no puedo evitar sentir que en su trato con Jesús estos hombres temían que algo sucediera, algo que no se atrevían a definir. Parecían dudar incluso de que una fuerza considerable fuera suficiente para detenerle y que en el último momento les fuera imposible arrestarle. Esta impresión se fortalece, sin lugar a dudas, por su extraordinario comportamiento en el asunto de Judas.

Nada tan claro como que, durante toda la semana inmediatamente anterior al arresto, existía algún impedimento que les hizo aplazar el suceso a la hora undécima, cuando, según la naturaleza de las cosas, las dificultades aumentaban. La primera entrevista con Judas parece haber sido prometedora porque se nos dice (Marcos 14:11):

Ellos, al oírlo, se alegraron, y prometieron darle dinero. Y Judas buscaba oportunidad para entregarle.

Si hemos de seguir la cronología de los Evangelios esto sucedió a más tardar el martes, después de la cena en

casa de Simón el leproso, pero aún no se atrevieron a obrar abiertamente. No fue hasta última hora del jueves por la noche, cuando Judas se fue rápidamente del aposento alto, que sus vacilaciones se convirtieron en resolución y siguió una fase de actividad intensa y febril.

Precisamente en estos momentos es cuando el elemento de la hora se convierte en algo importante y revelador. Si el arresto de Jesús hubiera tenido lugar poco tiempo después de llegar al huerto, hubiéramos podido imaginar legítimamente que la parte de Judas en el pacto se limitaba a poner sobre aviso a las autoridades a fin de que supieran dónde encontrarle a última hora del jueves por la noche, y acompañar al grupo que arrestaría a Jesús a fin de identificarle. Esta suposición presupone que fue una parte deliberada, en los planes de los dirigentes, efectuar el arresto durante la última noche antes de la Fiesta, a fin de conceder la mínima oportunidad a una reacción popular.

Por plausible que esta explicación parezca a primera vista, no pasa la prueba. Los hechos señalan en dirección diferente. Supongamos que el acuerdo de los sacerdotes con Judas fuera el siguiente:

Tenemos intención de arrestarle el jueves por la noche. Quédate con El hasta que estés completamente seguro de sus movimientos y luego ven rápidamente a comunicárnoslo y nosotros haremos el resto.

Es evidente que un complot de esta naturaleza implica que todos los preparativos necesarios para un suceso tan importante habrían sido hechos. Los oficiales de la guardia del templo asignados a acompañar al grupo habrían sido avisados y estarían dispuestos. Pocos minutos después de haber recibido el recado el grupo que había de arrestarle se habría movilizado y estaría dispuesto a ponerse en marcha.

¿Sucedieron así las cosas? De ninguna manera. Un extraordinario y profundamente sugestivo *retraso de varias horas* medió entre el tiempo en que Judas se separó del grupo que se hallaba cenando y la llegada del

abigarrado y variado contingente (armados, podríamos decir, hasta los dientes) al huerto de Getsemaní. ¿Cuál es la explicación histórica para esa demora? Consideremos con detenimiento la situación y notemos su extrañeza, pues está rodeada de sucesos extraños e inexplicables.

Primero que todo, hay la demora de unas tres horas entre el tiempo en que Judas dejó el lugar donde estaban cenando y la llegada del grupo que había de arrestar a Jesús en Getsemaní. Que este período no pudo haber sido más corto es evidente si juntamos todos los inconfundibles sucesos históricos que acontecieron. Ya me he referido (página 14) al espacio de tiempo que debió pasar en el huerto mismo contando las tres veces que Jesús tuvo que despertar a sus discípulos. El mismo hecho de que estos hombres se quedaran dormidos indica una hora avanzada y una larga velada antes de que la fatiga venciera el deseo natural de mantenerse despiertos y de compartir con el Maestro cualquier peligro o experiencia que la noche deparara. No sabemos cuánto tiempo resistieron a la tentación, pero cuando no pudieron vencer más al sueño, no podemos imaginar que pasara menos de media hora entre las veces que Jesús los despertó. Esto, con una media hora, más o menos, que debieron emplear andando desde la ciudad nos trae a las dos horas. A esto debemos añadir el tiempo empleado en conversaciones en el Cenáculo después que Judas se hubo marchado y (si el relato de Juan es digno de confianza) por la preciosa oración nocturna en la calle antes de que el grupo finalmente llegara hasta el pórtico de la ciudad.

Si alguien se sienta a leer esta parte de la narrativa al atardecer, y se detiene a pensar en ella según lee, se dará cuenta de que resulta realmente veraz, pero hallará también que no se puede precipitar el caso. Se sentirá continuamente tentado por palabras sueltas y alusiones a aminorar la marcha permitiendo que transcurra un más largo período del que contemplamos. ¿Podemos imaginarnos, por ejemplo, a los discípulos que llegan a Getsemaní con un recado evidentemente extraño y misterioso y se echan a dormir de inmediato? Los seres humanos no actúan así. Pasaría un tiempo durante el cual harían preguntas en

voz baja y las conjeturas pasarían de boca en boca. Habría largos momentos de ansiosa espera y de dudas, hasta que uno tras otro, por puro cansancio, cayeran dormidos.

Ahora debemos explicar este significativo lapso de por lo menos tres horas en el movimiento de un drama de otro modo tenso y entretendido. Es de gran importancia que sepamos lo que hacía Judas todo el tiempo, y *especialmente por qué, cuando al fin el grupo se puso en marcha, Judas sabía exactamente dónde encontrar a Jesús*. En cierto modo esta es la parte más importante de toda la situación. Sabiendo eso, tendremos la clave de lo que es, sin duda, el episodio más extraño del relato.

En primer lugar, la impresión que obtenemos es que el mensaje que Judas trajo a los dirigentes judíos los pilló un tanto por sorpresa. Yo no puedo evitar esa impresión y cuanto más lo pienso más se arraiga en mí la idea. De haber formado una parte deliberada del plan judío el demorar el arresto de Jesús hasta el último momento del jueves y llevarlo a cabo sin tener en cuenta las consecuencias, hubiera habido señales de preparación y organización. Estos hombres no sabían a dónde tendrían que ir a fin de encontrar al Prisionero. Era posible que tuvieran que ir hasta tan lejos como Betania. La verdad es que las posibilidades están a favor de ese curso, pues ¿quién podría haber imaginado que el hombre “buscado” esperaría, convenientemente, en un huerto cercano? En este caso la némesis se hubiera apoderado rápidamente de Jesús al conocerse el lugar secreto en que la reunión había de tener lugar, como debió de suceder pocos minutos después de la partida de Judas del lugar donde se hallaban cenando.

En lugar de suceder esto, tenemos una demora que se convierte en horas, circunstancia que fácilmente podría haber sido fatal al éxito de toda la expedición. De haber sido el hombre buscado un fugitivo corriente hubiera fracasado.

Cuanto más de cerca consideramos los hechos de este trascendental episodio, más poderosa será la impresión de que la visita de Judas a los sacerdotes aquella noche, a pesar de no haber sido totalmente inesperada, dio un nuevo y más urgente enfoque al problema. Hacía falta

tiempo para consultar, para tomar grandes decisiones, para improvisar los medios, y cuando la expedición se puso por fin en marcha hacia Getsemaní, lo hizo lo más pronto posible, teniendo en cuenta los rápidos preparativos. Yo expongo que las narrativas, tal y como aparecen en los cuatro Evangelios, apoyan esa interpretación y no otra.

Ahora bien, existen dos factores en esta interesante situación que son inconfundiblemente históricos, y que se entremezclan, explicando la demora. El primero consiste en que el mensaje que Judas trajo desde donde estaba cenando contenía una nueva y sorprendente información que resolvió de modo absoluto las vacilaciones y dudas de los dirigidos. La segunda consiste en que Cristo mismo los retó y hasta facilitó su propio arresto.

Cualesquiera que fueran las palabras empleadas, el contenido de la conversación que Judas mantuvo con los sacerdotes debió ser algo así:

Está pensando y hablando de la muerte. Va a ir al huerto al pie del Monte de los Olivos y esperará allí hasta que yo llegue, así que haced rápidamente vuestros arreglos y yo os conduciré hasta El.

No podemos ignorar esta deducción porque viene apoyada en ambos extremos por el testimonio silencioso, pero irrefutable del comportamiento de los dos actores principales a lo largo del drama. Tenemos prueba documentada de ambos bandos. *Sabemos* que Judas llevó infaliblemente al grupo a la arboleda de Getsemaní, a pesar de lo oscuro y tardío de la hora. *Sabemos* que Jesús esperó bajo esa misma arboleda, hasta que sus amigos quedaron exhaustos, y al parecer habría continuado esperando hasta el amanecer.

Normalmente no se da una situación como ésta sin implicar algo que, a falta de mejores palabras, debo llamar un arreglo. ¿Que nadie llegue a la conclusión de que existía una especie de pacto entre Jesús y el que lo traicionaba; no creo que fuera eso ni mucho menos. Jesús era un maestro de la psicología y su decisión irrevocable de entregarse a sí mismo a sus acusadores aquella noche se realizó de manera

mucho más sutil, pero cuando Judas dejó el Apósito Alto para llevar a cabo una misión aparentemente inocente¹ sabía dos cosas con toda seguridad. Sabía que Jesús iba a ir al huerto de Getsemaní y sabía que su espíritu se inclinaba ya hacia la Cruz. Estos dos factores que casualmente se dieron juntos fueron su gran oportunidad y su suprema tentación.

Su cerebro, siempre alerta, no tardó en darse cuenta de que estas noticias eran mejores de lo que jamás imaginó poder llevar a sus patrones. El impedimento había desaparecido y al menos por esa noche Jesús no opondría resistencia al ser arrestado, pues le dominaba el talante para dejarse arrestar. Sólo quedaba, por tanto, dar la noticia rápidamente para que se logran sus propósitos.

Con este nuevo hecho predominante en su mente, Judas, muy probablemente, se fue rápidamente a la casa del sumo sacerdote. Su propio negocio privado podía esperar ya que era de suprema importancia que la maquinaria estatal fuera puesta en acción sin demora.

¿Cuál sería, pues, el efecto de esta noticia sobre Caifás y la pequeña tertulia de los saduceos cuyos intereses se hallaban tan íntimamente comprometidos en la muerte de Cristo? Afortunadamente, podemos definir la respuesta a esta pregunta con bastante precisión debido a que existían dos cosas fundamentales sobre la situación que, desde su punto de vista, pesaban más que ninguna otra consideración y gobernaban su política.

En primer lugar, hubiera resultado fatal para sus intereses haber *fracasado* en su intento por arrestar a Jesús en ese preciso momento. Con esto quiero decir, que si una

1 Contribuye mucho a la veracidad de la historia el recordar que el acuerdo para encontrarse en Getsemaní probablemente surgió como algo natural y durante el curso de los sucesos. Al parecer Judas tenía algunas obligaciones que cumplir a favor de la banda que requerían su ausencia por un rato y es natural que pensarán en un lugar donde reunirse antes de aparecer juntos sobre las colinas de Betania. El huerto de Getsemaní era lugar apropiado para la cita porque se hallaba en el triángulo entre las dos rutas más frecuentadas sobre la falda del Monte de los Olivos a la pequeña aldea. Estas dos sendas montañosas, además del camino principal (que bordeaba el huerto) conducían a Betania.

vez dispuestos a arrestarle, hubieran fracasado, por causas incluso remotamente atribuibles a lo sobrenatural, el mal a su prestigio resultaría irreparable.

En segundo lugar, hubiera sido más peligroso todavía haber arrestado a Cristo, y verse obligados a retenerle sin juzgarle durante los siete días prescritos por la Fiesta. Y eso era algo que sencillamente no se atrevían a hacer. Jerusalén en tiempo de fiesta, con su numerosa gente de afuera, era conocido por su agitación y su tendencia a los sentimientos borrascosos. Probablemente podrían contar con el aturdimiento del pueblo, ocasionado por un suceso tan resonante como el arresto de Jesús por unas horas, pero la reacción seguiría rápidamente.

A hombres que se enfrentaban con estas alternativas, las noticias que Judas Iscariote les trajo a altas horas del jueves por la noche, mejoraron el problema, pero al mismo tiempo aumentaron diez veces las dificultades prácticas. Lo mejoró porque les dió la seguridad del arresto y aumentó sus dificultades porque llegó a una hora tan tarde que era casi seguro que tendrían que enfrentarse con el segundo y más mortal de los peligros.

Por lo tanto, la cuestión práctica que surgió de inmediato probablemente fue: “¿Será posible llevar a cabo el arresto pasando por todas las inevitables etapas legales a tiempo como para asegurarnos de su ejecución antes de que se ponga el sol mañana?” Se trataba de una empresa de gran envergadura y muy complicada, a la cual no podían responder a la ligera.

No creo que a esta pregunta pudiera responder de inmediato ni siquiera el propio sumo sacerdote, fortalecido indudablemente por su sabiduría seglar y la prolongada experiencia de su suegro Anás. La cosa requería consultar por lo menos a los representantes de los diversos grupos que constituían el Sanedrín, pues era una situación totalmente sin precedentes. Cualquiera fallo en el proceso, por pequeño que fuese, traería consecuencias de orden peligrosa.

Por lo tanto, cualquier cosa que debieran hacer, una parte considerable de esas tres horas debieron ocuparlas en apresuradas consultas, en ir de un lado a otro entre el lugar

ejecutivo de la casa del sumo sacerdote y los indispensables dirigentes del pensamiento judío en los cuales debían confiar para ratificación en el Sanedrín. Todo esto lo leemos claramente entre líneas a lo largo de la narrativa, pero, ¿había algo más? Personalmente creo que sí.

Cualquiera que sea nuestra interpretación de las circunstancias que llevaron al arresto de Jesús, parece seguro que antes de que la palabra funesta se diera a la compañía que había de proceder a Getsemaní, *debió haber cierta comunicación entre los dirigentes judíos y Poncio Pilato.*

Va en contra de todo cuanto sabemos acerca del carácter de Pilato y la naturaleza de la ocupación romana, pensar que un caso tan grave como éste se lo iban a presentar a Pilato precipitadamente el viernes por la mañana sin su conocimiento y sin asegurarse primero que estaba dispuesto a tomarlo.

No es difícil entender el hecho de que ninguno de los cuatro Evangelios haga referencia a una consulta previa con Pilato ya que escribían desde su propio punto de vista. El consentimiento de Pilato a los planes judíos les parecería de poca importancia, y se trataba, de todos modos, de un detalle administrativo en el cual probablemente tenían poco interés, pero el momento en que nos ponemos en el lugar de los sacerdotes nos damos cuenta la importancia de que, por avanzada que fuera la hora, obtuvieran el consentimiento y cooperación del Procurador.

Si alguien tiene la impresión de que la narrativa no parece indicarlo así, permítaseme rogarle que considere detenidamente una circunstancia menor, pero de gran significado. Existe una tradición profundamente arraigada en la literatura cristiana de los primeros tiempos (apoyada, naturalmente, por el relato detallado que Juan ofrece del juicio romano) por la que Pilato se apartó por completo de la práctica habitual para, en esta ocasión, venir a los judíos, a fin de honrar la objeción ceremonial de entrar en el Patio del Extraño en aquel día. El motivo lógicamente era que la hora no permitía la necesaria purificación antes de la Fiesta. Si este es un detalle histórico sólo puede significar una cosa, es decir, de no haber sido por el caso supremo y

urgente de Cristo, Pilato no hubiera presidido el tribunal ese día. Hubiera sido absurdo, en el curso normal de los sucesos, celebrar vistas judiciales en un día cuando, según la naturaleza del caso, los principales oficiales y testigos no podían estar presentes. El hecho de que Pilato realizara el juicio ese día, y que sin aparente vacilación procediera a escuchar el caso al aire libre, fuera del Pretorio, nos indica claramente un acuerdo muy concreto.

Por eso, si intentamos llegar al interior de la mente de los sacerdotes y ver el problema tan complicado que tenían que resolver a tan corto plazo, nos daremos cuenta de que alguna comunicación con Pilato era inevitable. De repente se les ofrecía la oportunidad de arrestar a Jesús bajo condiciones inesperadamente favorables. Era de noche, y el pueblo se hallaba inmerso en los preparativos de la Fiesta. Es más, el mismo Reo parecía extrañamente dispuesto, y de modo un tanto inexplicable parecía facilitar sus planes. Desde el aspecto puramente político el curso a seguir era claro, ya que la puerta que esperaban tener que forzar se hallaba abierta.

Por otro lado, las dificultades legales eran inmensas. El problema de reunir al tribunal después de medianoche, de reunir a los testigos necesarios y hacer los arreglos para una sesión plenaria del Sanedrín a la mañana siguiente, requería pensar y organizar con toda rapidez. Es cierto que una gran parte tendrían que dejarla al azar y esperar que las cosas salieran según habían planeado, pero las líneas generales de su programa debían quedar establecidas antes de poner en marcha el plan que había de poner a prueba su suerte.

Pero incluso cuando el mínimo de lo esencial se había decidido, el arresto, el juicio a medianoche para formular la acusación y obtener la condena, todavía quedaba una pregunta de importancia suprema a la que debían hallar una respuesta concreta. ¿Podían conseguir la sentencia romana con suficiente tiempo como para garantizar la crucifixión antes de la Fiesta? ¿Estaría Pilato dispuesto a escuchar el caso bajo las condiciones particulares que habrían de imponer? ¿Insistiría en un juicio total o podían contar con la aprobación formal de lo que sus

propios tribunales habían hallado?

Las preguntas como estas normalmente quedarían aclaradas por conducto oficial como cuestión de rutina administrativa. Debió existir una especie de calendario para el juicio de los prisioneros judíos, cuyos casos debían ser revisados por el Procurador y en la preparación de este calendario normalmente debían consultar la conveniencia personal de Pilato.

Sin embargo, la extrema urgencia del presente caso, hacía imposible confiar en estos conductos. La hora de la noche ya era avanzada y era preciso llegar a algún acuerdo provisional con el Procurador, si la condena había de establecerse, a fin de que oyera el caso a la mañana siguiente.

Probablemente sólo un hombre en toda Jerusalén podía procurarse audiencia con Pilato a una hora en que normalmente éste se hallaría ocupado en sus placeres privados. Ese hombre era Caifás, el sumo sacerdote, y fue Caifás, muy probablemente, el que le visitó. Solamente él podía presentar, con toda la autoridad que le concedía su supremo cargo, las razones de alto estado bajo la acusación.

Parecería asunto de poca importancia si el jefe principal de la nación judía visitó a Pilato a hora tan avanzada de aquella noche memorable, o no, pero si las cosas siguieron el curso que discutiremos en el próximo capítulo, hallaremos que esta visita, de la cual no hablan los Evangelios, tiene un profundo significado de gran alcance. Explica algo que al seguir cualquier otra suposición resulta totalmente inexplicable. Me refiero al extraño comportamiento de Pilato al día siguiente durante las horas críticas que decidieron la suerte de Cristo.

Capítulo 4

Un paralelogramo psicológico de fuerzas

Si alguien piensa que al acercarse al juicio de Jesús de Nazaret por Poncio Pilato se aproxima a lo sencillo y lo evidente está cometiendo un gran error.

Este es un asunto muy sutil. Desde el exterior posee la placidez de las aguas serenas, pero debajo de la aparente tranquilidad se hallan escondidas profundas corrientes que la convierten incomparablemente en el más profundo e interesante estudio psicológico de la historia. No nos libramos del misterio de Cristo al traerlo ante la ley romana, sino que lo aumentamos diez veces más.

La primera insinuación de que hay algo curioso en esta historia que no se revela directamente en las narrativas aparece, por extraño que parezca, no en el comportamiento de los judíos, ni siquiera en el del propio Prisionero, sino en el comportamiento de Pilato. Recuerdo leer los cuatro relatos juntos, no una sino muchas veces, tratando de descubrir qué era lo que inconscientemente daba una cualidad distintiva a esta historia del juicio. Y cada vez que las leía llegaba a la conclusión de que el elemento escondido y perturbador residía, por así decirlo, en lo que debo llamar la línea insatisfactoria seguida por el comportamiento de Pilato, como aparece constantemente en los Evangelios, con su bien conocido carácter y antecedentes.

Por lo menos sabemos algo acerca de la historia

anterior de este brusco e inculto soldado del Imperio Romano. Una tradición, tal vez no muy digna de confianza, dice que nació en Sevilla, España. Procedía de una familia guerrera, era miembro de la *ordo equester* y sirvió durante un tiempo bajo Germánico en Alemania. Durante una prolongada estancia en Roma parece haberse ganado el afecto de una muchacha romana de la alta sociedad, Claudia Prócula, con la cual estaba destinado a casarse y acerca de la cual oiremos algo más a continuación. Como hija ilegítima de Claudia, la tercera esposa de Tiberio, Claudia Prócula era nieta de César Augusto. Es evidente que como resultado de esta relación accidental con la familia que gobernaba, los intereses personales de Pilato se vieron satisfechos en grado inesperado, porque en el año 26 d.C., siguiendo la recomendación de Sejano, fue nombrado procurador de Judea, y al aceptar el puesto solicitó y consiguió el extraordinario privilegio de llevarse con él a su mujer.

Estos son los pocos, pero sugestivos hechos que conocemos acerca de Pilato antes de su llegada a Judea. Sin embargo, cuando llegamos a los diez años críticos de su vida en los que la historia se interesa principalmente, vemos como surge la luz en nuevas direcciones. Se destacan tres episodios de esa década tormentosa. Hubo el asunto de los alféreces romanos; hubo el asunto del “corbán” y el asunto de los escudos votivos. A estos podemos añadir el incidente del fraude samaritano que ocasionó su destitución y finalmente su destierro. Cada uno de estos episodios a su modo ilustra y define al hombre con el que estamos tratando.

Si alguien lee detenida e imparcialmente los relatos clásicos contemporáneos de estos sucesos, prestando atención en particular al *comportamiento* de Pilato, como algo distinto de los motivos que se le achacan, se formará una impresión definitiva de un hombre un tanto tosco, sin mucho tacto y muy obstinado, hombre para quien la autoridad era el poder que le permitía hacer su propia voluntad en lugar de ser una responsabilidad y consideración hacia los demás. No existe el menor rastro de ese tino al ocuparse de los extranjeros y súbditos que caracterizó a

Julio César y a otros romanos con una visión más amplia y de más alta cuna. Era la representación de esa agresividad con la que hombres y mujeres que llegan a una posición de autoridad superior a su poder, con frecuencia tratan de conseguir sus propios fines.

Su obstinación y falta de visión política se destacan claramente en el asunto de los alféreces romanos. No sabemos lo que le incitó a enviar a los alféreces y otros alféreces de las Legiones a Jerusalén, pero el hecho de que lo hiciera durante la noche sugiere que sabía que iban a surgir problemas. Cuando surgieron los problemas y se encontró prácticamente sitiado en Cesarea durante seis días y seis noches, al parecer no hizo el menor esfuerzo por llegar a una solución hablándolo o discutiéndolo. Su única respuesta, el sexto día, fue rodear la diputación con el ejército. Cuando descubrió que como consecuencia de esta prueba retardada solamente podría conseguir su voluntad con una masacre absoluta (tan fanática era la objeción a las imágenes esculpidas en Jerusalén) se rindió y los alféreces fueron retirados.

Afortunadamente tenemos la posibilidad de comparar el comportamiento de Pilato en este asunto con el manejo de otra situación casi idéntica por otro soldado romano, Petronio. Josefo relata la historia con bastante detalle. La característica más conspicua de la narrativa es el reconocimiento manifiesto por Petronio de que existían fuerzas morales profundamente arraigadas tras la demostración judía con las que incluso el poder político y el estado de Roma debían de contar. El trató de quitar los impedimentos de en medio razonando con justicia y hablando en privado, pues gozaba de un incentivo infinitamente más poderoso que Pilato para imponer su voluntad, porque un loco emperador romano le había encargado colocar la imagen imperial en el templo judío y de haber fracasado hubiera tenido que enfrentarse con las desagradables consecuencias. Cuando se dio contra la misma roca infranqueable que Pilato, escribió un informe a Cayo que no solamente le destaca como hombre muy valiente, sino que elevó de manera indiscutible el prestigio de Roma en el Oriente.

Pero el punto que deseo destacar es que la diferencia entre la manera en que Petronio manejó este delicado asunto y la acción de Pilato en circunstancias bastante similares es característica y profundamente instructiva. Establece la diferencia entre dos mentes que eran polos opuestos. Todos los asuntos de Pilato eran manejados con la misma falta de elasticidad mental y comprensión.

Tomemos, por ejemplo, el asunto del “corbán” o tesoro sagrado. El objeto con el cual Pilato tomó este dinero era encomendable en sí mismo, el financiar el acueducto desde los estanques de Salomón al interior de la ciudad. Los judíos estaban tan interesados como cualquiera en una fuente segura de agua para Jerusalén. El problema había ocupado a sucesivos reyes y estadistas durante siglos y más de un intento por parte de los judíos había sido hecho por resolverlo.

La cuestión de encontrar el dinero para esta obra pública tan necesaria no hubiera sido difícil de haberlo expuesto a las autoridades con honradez, pero Pilato no tuvo otra idea que tomar el dinero del “corbán”, un fondo dedicado exclusivamente a propósitos religiosos. Cuando el pueblo naturalmente se sublevó, él provocó innecesariamente un tumulto sanginario y fatal al enviar a los soldados entre la multitud disfrazados de paisano.

Sacamos la misma característica e implacable conclusión del asunto de los escudos que Pilato instaló en el palacio de Herodes. Al parecer no se hizo el menor esfuerzo por comprender o apreciar el profundo carácter de la objeción religiosa a estas tablillas o cualquier deseo por discutirlo. Fue sólo cuando una carta de los principales hombres de la nación a Tiberio produjo una fuerte censura del Emperador que Pilato se dio por vencido.

En los Evangelios existe además la insinuación de un asunto en el que Pilato mezcló la sangre de ciertos galileos con sus “sacrificios”. No sabemos a qué se refiere esto, pero concuerda perfectamente con lo que sabemos acerca de su temperamento y se parece a la forma en que manejó el asunto samaritano tal y como lo relata Filón.

Tales son, por lo tanto, las facciones de Poncio Pilato según aparecen en los únicos relatos independientes que

tenemos de él. Todos ellos resultan sorprendentemente consecuentes y verdaderos.

Pero el momento en que leemos los relatos de los Evangelios sobre el juicio de Jesús por este hombre, Pilato, la impresión inmediata e inconfundible que nos produce es la de que la personalidad revelada no concuerda exactamente con la impresión anteriormente formada. Por algún motivo, este no parece ser el auténtico Pilato, altivo, dominante, agresivo, que está juzgando al Hombre de la muerte. Parece extremadamente ansioso por reconciliar a los judíos y al propio tiempo tan inexplicablemente contrario a conceder sus deseos. Da la impresión de un hombre al que lo tiran dos fuerzas opuestas e irreconciliables.

Personalmente no puedo evitar pensar que Pilato no quería tener nada que ver con el asunto. Una idea dominaba su mente, la de *conseguir que dejaran libre a Cristo* de algún modo y a toda costa. Vemos que este motivo predomina todo el tiempo, el intentar pasar el problema a Herodes, la inocencia, repetida por tres veces, del Prisionero, el lavado de las manos, el último intento desesperado por sustituir a Barrabás, como soborno a la insistencia y clamor del pueblo. Solamente cuando el clamor siniestro “No eres amigo de César” comenzó a escucharse por encima de la multitud, fue cuando un nuevo y más profundo temor triunfó sobre lo que hasta entonces había corroído su mente.

¿Cuál es la explicación a esta aparente inconsistencia en un hombre de comportamiento normalmente fuerte, con una voluntad propia, y que no se dejaba vencer fácilmente por la oposición? ¿Por qué Pilato, el tirano de la historia seglar, aparece en las páginas de los Evangelios como Pilato el indeciso?

No creo que obtengamos jamás la explicación auténtica a este fenómeno hasta que consideremos varios asuntos personales en la vida de Pilato, y especialmente lo que debió suceder en su propia casa la tarde anterior al juicio.

Recordaremos que al investigar las causas de ciertas demoras extrañas y de otro modo inexplicables, relacionadas con el arresto de Jesús, llegamos a la conclusión de que

Pilato debió ser advertido de lo que iba a suceder y que la entrevista durante la cual esto sucedió debió de tener lugar mucho antes de las once de la noche.

Por poderosa que sea la evidencia de esta entrevista, que no aparece en el relato, hay una circunstancia pequeña, pero altamente significativa que la fortalece, el hecho de que Claudia Prócula se hallase esa noche en el palacio de Herodes. Resulta extraordinariamente significativo que la única referencia a Claudia en esta relación particular y que ha sobrevivido durante siglos nos relate que *soñó con Cristo la noche anterior a su muerte*.

Siempre que pensemos que el juicio romano de Jesús se desarrolló siguiendo las líneas tradicionales (con tanta frecuencia deducido de los Evangelios) por el cual los judíos, sin ningún arreglo previo, trajeron a Cristo el viernes por la mañana ante Pilato, la alusión a Prócula parece un tanto ilógica y su contenido improbable; pero el momento en que colocamos estos sucesos en su orden natural, parece que la verdad nos salta a la cara. Pues consideremos el curso más natural de los sucesos en esa noche memorable.

Pilato se encontraba en “la ciudad” no para una breve visita, sino para los diez días que normalmente duraba la Fiesta. Por lo tanto, la probabilidad de que Claudia se hallara con él es notable, aún en el caso de no haber tenido la afirmación definitiva de San Mateo de que así era. Sus amigos en la capital extranjera eran indudablemente pocos. Un hombre que ocupara la posición de Pilato tenía que limitar rigurosamente el círculo de sus amistades íntimas y no cabe duda de que los dos pasarían bastante tiempo juntos.

Probablemente no nos hallaremos muy lejos de la verdad si en esa noche en cuestión nos los imaginamos sentados ante el fuego en uno de los amplios apartamentos de sus habitaciones privadas en el palacio, pues sabemos por lo que Pedro dice sobre cómo se calentaba las manos que la noche debía ser fría. A fin de apreciar totalmente lo que sucedió a continuación debemos recordar las limitaciones particulares de la hora que impone el problema. Sabemos, basándonos en el relato de los Evangelios, que

Pilato oyó el caso el viernes por la mañana, muy temprano. La apresurada visita de Judas a la casa del sumo sacerdote seguramente tuvo lugar entre las ocho y las nueve, pues el grupo que se hallaba cenando se quedó aún un rato, y aún tenemos que responder por las dos horas de espera en el huerto. Si la decisión de arrestar a Jesús fue tomada como resultado de la información que Judas había llevado a los sacerdotes (y tenemos poderosos motivos para creer que así sucedió) no cabe duda de que alguien debió ver a Pilato entre las nueve y, digamos, las once y media. ¿De qué otra manera hacer arreglos para que a la mañana siguiente el Procurador viera el caso?

Como he sugerido en un capítulo anterior, probablemente sólo había una persona en toda Jerusalén que podía presentarse o inmiscuirse en la vida privada de Pilato a una hora tan avanzada y solamente tratándose de una cuestión política urgente. Ese hombre era el propio sumo sacerdote. De hecho, no veo cómo se podían asegurar los servicios de Pilato en dicho asunto, a tan corto plazo, de no haber sido por una representación personal de la alta autoridad del estado judío.

Parece ser, por lo tanto, que nos hallaremos perfectamente dentro del margen de probabilidad histórico si imaginamos que entre las nueve y las once de la noche, y probablemente más bien hacia esta última, un huésped distinguido se presentó en el palacio de Herodes. Posiblemente el visitante fue llevado a las habitaciones privadas, pero aún es más probable que Pilato saliera a la antecámara a recibirle.

A continuación, según me lo imagino, en unos pocos minutos de ansiedad para los poderes de Jerusalén, quedó expuesto el esquema de la inminente maniobra. Esa noche sería arrestado uno que ofendía a la política; el juicio sería consumado a la mañana siguiente y era probable obtener un veredicto que requiriese la máxima pena. ¿Estaría Pilato de acuerdo en revisar el caso a una hora temprana a fin de que la necesaria ratificación pudiera llegar a tiempo como para asegurarse de la muerte de Jesús antes de que el sol se pusiese?

También es posible que se hablara algo sobre el difícil

asunto de la profanación, pues no estaba permitido a aquellos que ocupaban cargos importantes en el templo entrar en el patio del extranjero en ese día en particular, pero el asunto era urgente. La alternativa a una jurisdicción sumaria (teniendo en consideración el carácter de la enorme población que temporalmente asolaba la ciudad) era una insurrección. ¿Estaría Pilato dispuesto en esta ocasión a salir a recibir al grupo que había de presentar al Prisionero y las conclusiones a que el tribunal judío había llegado?

El discutir asuntos como estos requeriría de veinte minutos a media hora y con la marcha de su visitante Pilato regresó junto al fuego. Ahora bien, ¿puede alguien, conociendo las características inmemoriales de las mujeres, suponer ni por un momento que semejante incidente sucedería sin que Claudia quisiera saber algo sobre él? No habría sido mujer si no hubiera sido curiosa, y podemos estar casi seguros de que antes de acostarse aquella noche debieron charlar acerca de la visita inesperada, la identidad del prisionero y los motivos (satisfactorios o insatisfactorios) tras el arresto. Cualquier cosa que presagiara problemas entre su esposo y los judíos tenía un especial interés para Prócula.

Por lo tanto, cuando Claudia se retiró a su habitación aquella noche, sería casi seguro con el pensamiento de Jesús en su mente. Y cuando se despertó a la mañana siguiente después de un vivo y doloroso sueño, y se encontró con que Pilato se había levantado ya y se había marchado de palacio, sabía a dónde había ido y el delicado asunto que le ocupaba. Fue precisamente en este momento, según nos dice Mateo, cuando le envió un mensaje, casi telepático en su brevedad y urgencia, con el fin de transmitir en las menos palabras posibles su propios temores y el curso que ella creía debía tomar Pilato:

No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he padecido mucho en sueño por causa de él.

Hasta ahora nos encontramos con un orden de sucesos lógicos e inteligibles, ¿pero es la consecuencia igualmente lógica? Yo creo que sí, pues la característica

que nos impresiona de inmediato sobre el mensaje de Claudia a Pilato, según lo relata San Mateo, es su *urgencia*. Las palabras son las de una persona que evidentemente escribe con prisa y que desea transmitir con las menos palabras posibles un mensaje a la vez grave e inmediato. Resulta difícil imaginarse una frase más breve que pudiera transmitir con tal precisión la información que Prócula aparentemente deseaba hacer llegar a Pilato. Quería advertirle principalmente y ante todo *que no tuviera nada que ver con el asunto*. Parecía hallarse bajo algo más que una impresión, pensando que Pilato iba a entregar a Cristo a sus enemigos y eso a principios del proceso. De ahí la necesidad del aviso inmediato.

No voy a perder el tiempo argumentando aquí el hecho evidente de que Claudia sabía del arresto de la noche anterior en las circunstancias anteriormente sugeridas, lo cual era causa adecuada y más que suficiente para su sueño, pero sí quiero llamar la atención sobre un detalle muy significativo, es decir, que el sueño no le hubiera producido a Prócula un terror tan inmediato, al despertarse a la mañana siguiente, de no haber sabido ésta, o haber tenido poderosos motivos para sospechar que Pilato iba a entregar al Prisionero en manos de sus enemigos.

El tono del mensaje así lo indica:

No tengas que ver con aquel justo; porque hoy he padecido muchas cosas en sueños por causa de él.

Como quiera que interpretemos las palabras, solamente pueden haber sido escritas por una mujer que estaba ansiosa por evitar algo que temía iba a suceder. Los hechos parecen señalar en una dirección, es decir, que Claudia tenía motivos para creer que Pilato tenía la intención de confirmar las alegaciones del tribunal judío sin oír el caso, o por lo menos con un mínimo de formalidad oficial. En otras palabras, que había prácticamente decidido confirmar la decisión judía y probablemente la noche anterior así lo había indicado.

Confieso que mi propia mente estaba un tanto preparada para esta conclusión por la misma naturaleza de

la particular situación política que llevó a los Sacerdotes a tomar la medida extrema que tomaron. No puedo evitar sentir que lo principal que Caifás deseaba saber antes de autorizar el arresto era si Pilato haría esto. Si en esta ocasión determinada, y bajo la representación personal del sumo sacerdote, la ofensa cometida merecía la muerte, Pilato estaría de acuerdo en autorizar lo que el Sanedrín había hallado y todo el asunto se podría arreglar y llevar a cabo antes de la puesta del sol. De no ser así, resultaría imposible saber las demoras que tendrían lugar y resultaría más seguro aplazar el arresto para una ocasión más conveniente. El hecho de que el arresto se hiciera según el plan parece indicar que los judíos se hallaban seguros acerca de este punto.

Pero para lo que yo no estaba preparado, lo que realmente me pilló por sorpresa, fue el descubrir que las narrativas del juicio romano confirman inconfundiblemente esta idea.

Vale la pena estudiar detenidamente este asunto.

Si alguien toma los cuatro relatos de los Evangelios sobre el juicio de Jesús por Pilato, los pone juntos y los compara detenidamente, se dará cuenta de la unanimidad de un punto determinado, es decir, en que Pilato, dirigiéndose a Jesús, le preguntó: “¿Eres tú el Rey de los Judíos?”

Creo que esto es significativo porque los dos primeros evangelistas ni siquiera sugieren que se le había dicho a Pilato cuál era la acusación. Tanto San Mateo como San Marcos, con su acostumbrada brevedad y esa absoluta ausencia de detalles subsidiarios que les caracteriza, describen a Pilato que hace esta importante pregunta como sigue:

San Marcos

“Muy de mañana, habiendo tenido consejo los principales sacerdotes con los ancianos, con los escribas y con todo el concilio, llevaron a Jesús atado, y le

San Mateo

“Venida la mañana, todos los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo entraron en consejo contra Jesús, para entregarle a muerte. Y le llevaron ata-

entregaron a Pilato. Pilato le preguntó: ¿Eres tú el Rey de los judíos? ”

do, y le entregaron a Poncio Pilato, el gobernador . . . Jesús, pues, estaba en pie delante del gobernador; y éste le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? ”

Resulta perfectamente evidente que esto no podía, bajo ninguna circunstancia, ser el *comienzo* de los procedimientos. Los dos escritores sinópticos han pasado por alto algo que es excesivamente importante que sepamos, es decir, cómo se llegó a esta pregunta tan particular y de importancia vital, y qué le hizo preguntarlo a Pilato.

Afortunadamente tenemos otras dos versiones independientes a las cuales podemos acudir y pido al lector que las examine con cuidado. A fin de facilitar su comparación las ponemos por entero:

San Lucas

“Levantándose entonces toda la muchedumbre de ellos, llevaron a Jesús a Pilato. Y comenzaron a acusarle, diciendo: A éste hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey. Entonces Pilato le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? ”

San Juan

“Entonces salió Pilato a ellos, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Respondieron y le dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado. Entonces les dijo Pilato: Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Y los judíos le dijeron: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie; para que se cumpliera la palabra que Jesús había dicho, dando a entender de qué muerte iba a morir. Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? ”

En estos relatos se destacan dos cosas. En primer lugar, ofrecen una narración mucho más completa e inteligible de lo que sucedió, pero en segundo lugar, y lo que es más importante, surge la pregunta de Pilato, como sabemos que debía de surgir, después de un intercambio preliminar de argumentos con los judíos. Es precisamente a esa fase preliminar del juicio a la que deseo prestar una atención particular.

De habernos quedado solamente con la evidencia y el testimonio de San Lucas, habríamos tenido que suponer que los sacerdotes trajeron a su Reo al foro e inmediatamente formularon su acusación en los siguientes términos:

A éste hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey.

Permítaseme decir aquí que, desde el punto de vista psicológico, ese hubiera sido un comienzo perfectamente natural y satisfactorio para el caso, y de no existir otros datos, estaríamos justificados y hasta obligados a creer que así es como sucedió, pero hay algo en la versión del cuarto Evangelio que nos hace detenernos, porque ofrece una nueva visión de cómo se presentó el caso desde el lado judío. No es que el escritor de la versión de Juan contradiga lo que han dicho los escritores sinópticos, por el contrario, lo confirma, pero parece empezar un poco más atrás y nos ofrece una parte de la narrativa que falta en los otros tres.

Primeramente afirma lo que debemos considerar como algo bastante probable, es decir, que cuando trajeron a Jesús a Pilato, el Prisionero fue conducido al palacio mientras que los sacerdotes y los otros acusadores se quedaron fuera.

Según San Juan, al cabo de un rato Pilato salió y les preguntó a los judíos: “¿Qué acusación traéis contra este hombre? ” Este fue el auténtico comienzo del juicio romano, pues formaba parte esencial del sistema romano que se formulara una *Accusatio* pública, seguida por el *Interrogatio* del juez y la *Excusatio* del prisionero.

La respuesta de los sacerdotes a esta pregunta es tan importante y sugestiva que no creo que se le haya enfatizado lo suficiente. Los sacerdotes respondieron:

Si este no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado.

Antes de considerar lo que significa esta frase, veamos de cerca una vez más las dos narrativas de la página 52. Es evidente tras una lectura precipitada que existe una laguna en la versión de San Juan a continuación de las palabras *A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie*. En ninguna circunstancia imaginable podía Pilato haber pasado directamente de esta respuesta evasiva y llena de resentimiento a la pregunta principal a Jesús: “¿Eres tú el Rey?” Debió de haber una conversación que condujera a esta pregunta.

Afortunadamente la frase que falta la encontramos en Lucas y por lo tanto podemos llenar esa laguna tal y como vemos en la narrativa a continuación:

RECONSTRUCCION DE LA NARRATIVA DEL COMIENZO DEL JUICIO ROMANO

Presentación del Prisionero a Pilato:

Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era de mañana, y ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua.

Pilato requiere la “Accusatio”: Entonces salió Pilato a ellos, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre?

La evidente desgana de los sacerdotes por presentar la acusación: Respondieron y le dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado.

Respuesta de Pilato: Entonces les dijo Pilato: Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley.

Los sacerdotes responden con una acusación improvisada: Y los judíos le dijeron: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie”.

Y comenzaron a acusarle, diciendo: A éste hemos

hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey.

La pregunta de Pilato al Prisionero:

Entonces, Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús, y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos?

No solamente contiene la reconstrucción de esta narrativa, los factores esenciales registrados por los cuatro escritores en el orden en que ellos lo han escrito, sino que es el *único* relato que poseemos del proceso, pues, según mostrará un examen de los documentos, los cuatro escritores casi se muestran unánimes en este momento determinado del relato. Es más, podemos leerlo como un verdadero fragmento de la historia.

Una vez que tenemos ante nosotros esta descripción podemos intentar la reconstrucción de un episodio que, tanto desde el punto de vista histórico como psicológico, probablemente no tenga precedentes en los anales del mundo.

El primer acto del drama que ha quedado registrado en la historia es cuando traen a Jesús del lugar donde se hallaba arrestado (probablemente la casa del sumo sacerdote) al lugar del juicio. Esto tomó, tal vez, unos veinte minutos, pero como era bastante temprano es probable que muy pocas personas contemplaran a la pequeña procesión que pasaba rápidamente por las estrechas calles de la Antigua Jerusalén. El procurador mismo, que se había levantado temprano, estaba esperando al grupo. Al llegar a la puerta de palacio seguramente hubo una demora de unos minutos a fin de examinar las credenciales, después de lo cual el Reo fue conducido por sí solo, bajo escolta romana, a la presencia de Pilato. Entretanto, el grupo y los acompañantes esperaban afuera.

Llegamos ahora a un momento de considerable interés. Después de un breve intervalo, el propio Pilato salió al grupo y les hizo la pregunta: “¿Qué acusación traéis contra este hombre?” Como ya he dicho anteriormente, esto era una indicación inconfundible de que Pilato

tenía la intención de escuchar el caso, y eso parece haber causado un profundo resentimiento en los sacerdotes, ya que su respuesta a Pilato no solamente es una falta de respeto hacia éste, que cumplía con su deber, sino que muestra una especial injusticia contra él en este asunto:

Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado.

Imaginando la historicidad de la respuesta, me parece que sólo cabe una interpretación posible. Los sacerdotes se sentían ofendidos por la repentina determinación de Pilato por escuchar el caso, pues tenían la impresión de que no insistiría en una nueva narración del caso contra Jesús, y al parecer no estaban preparados ni mucho menos para hacer una acusación pública. Si intentáramos una amplia, pero creo que legítima paráfrasis, podíamos imaginar que los sacerdotes dijeron algo así: “¿No puedes estar satisfecho con lo que nuestros tribunales han encontrado, que este hombre es un malhechor? ¿Para qué abrir el caso una vez más cuando nosotros lo hemos hallado merecedor de la muerte?”

A esto Pilato dio una respuesta muy sutil:

Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley.

La respuesta inevitable a este hábil contraataque fue exigir una vez más la ratificación:

A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie .

Parecería, por tanto, que dándose cuenta de la inutilidad de obtener lo que deseaban sin producir un caso:

Comenzaron a acusarle, diciendo: A éste hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey.

El mencionar las palabras “un rey” por fin le dieron a Pilato una base sobre la que obrar, y entrando en el pretorio le hizo la histórica pregunta a Jesús: “¿Eres tú el Rey de los judíos?”

Dos cosas en este episodio requieren una especial atención.

En primer lugar, reza como una auténtica transcripción de la vida.

Segundo el evidente resentimiento y sorpresa que mostraron los sacerdotes cuando Pilato indicó su intención de oír una vez más el caso, o al menos examinar detenidamente al Prisionero, indica inconfundiblemente algo similar a un arreglo. Difícilmente iban a referirse de manera tan insolente y aspera a la ratificación de su sentencia de no haberlo esperado de algún modo.

Pero cuando colocamos este hecho en yuxtaposición con ese otro, la urgencia del mensaje de Claudia a su marido, la probabilidad intrínseca aumenta. Empezamos a darnos cuenta de por qué Claudia estaba tan ansiosa por hacer llegar el mensaje a manos de su marido antes de que fuera demasiado tarde. Porque si los sucesos seguían el curso que parecía posible, Claudia no solamente conocía la identidad del Reo al acostarse, sino que sabía que Pilato contemplaba (si es que no lo había prometido ya) la ratificación de la sentencia judía. Esto era precisamente la base de su apresurado mensaje, queriendo decirle a toda costa que no siguiera ese curso.

Si ésta es una auténtica lectura de este sorprendente episodio, una cosa está clara. El mensaje que Claudia Prócula envió a Poncio Pilato la mañana de la crucifixión cambió, en algunos sentidos esenciales, el curso de la historia. Si Pilato recibió este mensaje debió hacerlo poco después de su llegada al lugar del juicio, porque las mujeres nerviosas normalmente tienen el sueño ligero y el tono del mensaje sugiere que había sido escrito de prisa al despertarse. A mí me parece seguro que Pilato había bajado a la sala de audiencias con la intención formal de ratificar la sentencia judía. Sin embargo, antes de que la diputación llegara, *algo sucedió que le hizo cambiar de opinión*, pero no sólo eso. Los estados psicológicos poseen

la particularidad, cuando se ven repentinamente provocados, de irse al otro extremo y Pilato, a lo largo de todo el proceso con los judíos en esta mañana en cuestión, parece haber tenido una sola preocupación, la de pasar a otros la responsabilidad del asunto.

Este hecho se halla indeleblemente grabado en las páginas de la narrativa. Lo hallamos en su primer intento por conseguir que los judíos llevaran a cabo su propia sentencia. Lo encontramos cuando por tres veces el Prisionero es públicamente considerado inocente, cuando lo remite a Herodes, y más que nada en ese momento tenso cuando, incapaz de hacerse oír por la multitud, se lava las manos para demostrar que no quiere saber nada sobre el asunto.

Así que en un miembro de la casa del propio Pilato descubrimos el cuarto factor en el paralelogramo psicológico de fuerzas personales que produjeron la muerte de Cristo. La influencia que Jesús ejercía sobre las mujeres de su día era muy profunda y de un interés sin par. Tomó a María Magdalena de su nativa Magdala convirtiéndola en su esclava para siempre. Arrancó a los hijos y a los que ganaban el pan de mujeres como Salomé y María la mujer de Cleofas y a pesar de ello estas mujeres hubieran dado su vida por su causa, y más adelante pasaron por innumerables sufrimientos por causa de Jesús. Era amigo íntimo de mujeres educadas como María y su hermana Marta. Y tenía en Juana una seguidora fiel y devota en la misma casa de Herodes. ¿Debemos añadir a Claudia al círculo de sus partidarias?

No en el propio sentido del discipulado, pero en el sentido de que, de alguna extraña manera, había caído bajo el influjo de su influencia moral, su espíritu de autoridad espiritual e intelectual. Creo que debemos decir que sí. Fue ella la que fortaleció el instinto romano de la justicia en Pilato, en un momento en que se sintió tentado, por consideraciones personales, a favorecer los prejuicios de la camarilla judía entregando a Jesús solamente por recomendación de ellos. Ella fue la autora de esa frase resplandeciente cuando el tirano apareció disfrazado por unas horas de administrador paciente, deseoso de medir la

verdad hasta la última onza. No menospreciemos este capítulo glorioso, aunque pasajero, en la ajetreada vida de Pilato.

Mientras duró el estímulo, su forma de manejar la dificultad y perplejidad del caso fue casi perfecta. Ningún hombre podía haber pedido, en aquellos días, que se le oyera con mayor justicia. La influencia restringente de una que verdaderamente creía que Jesús era inocente, es evidente. Fue sólo cuando el estímulo se esfumó ante la creciente y agobiante oposición del grupo judío que la intervención del César se hizo eminente y acabó como intentaba comenzar, entregando al Prisionero en sus manos.

Así que la batalla de las voluntades concluyó con la derrota del procurador romano y probablemente al regresar a su apartamento imperial, en el palacio real, era un hombre triste y profundamente irritado, pero no tenemos mucho que esperar para ver la repercusión.

Pocas horas después los sacerdotes volvieron a él. En su prisa, o tal vez por un insuperable deseo de volver las tornas contra sus atormentadores, había escrito en tres lenguas la inmortal inscripción: "Este es el Rey de los judíos". Ellos querían que Pilato lo cambiara, pero éste se negó diciendo: "Lo que he escrito, he escrito". El verdadero Pilato surgía por fin, cuando el momento supremo de su propia crisis personal e individual había pasado.

Capítulo 5

La situación el viernes por la tarde

Si hemos de llegar a un conocimiento profundo de los sucesos inmediatos a la muerte de Cristo tendremos que empezar estudiando detenidamente la situación tal como probablemente existió alrededor de las cuatro de la tarde del viernes.

Hasta ahora hemos considerado el tema casi exclusivamente desde el punto de vista oficial y de los sacerdotes. Ese punto de vista era excesivamente importante en las primeras etapas del caso. La acusación provenía de los sacerdotes y era vital para nuestro propósito saber qué se escondía tras ella, pero realizado su objetivo principal, estos representantes oficiales de los judíos pasan temporalmente a segundo término y un nuevo grupo de personas pasa a ocupar su lugar. De este grupo, los amigos y los seguidores personales de Jesús, nos ocuparemos principalmente en los próximos dos o tres capítulos. Empecemos por considerar quiénes eran estas personas y lo que los documentos nos dicen sobre ellas.

Si excluimos a María y Marta de Betania y su hermano Lázaro, que, por motivos que discutiremos más adelante, no se mencionan en relación con la tragedia final, nos queda un grupo de dieciséis personas, todas ellas pertenecientes al círculo interno de los que apoyaban personalmente a Cristo:

Los once discípulos sobrevivientes

María la madre de Jesús

María la esposa de Cleofas

Salomé la esposa de Zebedeo

María Magdalena

Juana la esposa de Chuza, mayordomo de Herodes.

Tal vez podríamos añadir a éstos, dos hombres de una clase social más alta que, a pesar de no manifestarse abiertamente como discípulos, al parecer simpatizaban profundamente con la causa de Cristo, José de Arimatea y Nicodemo el concejal.

Según los relatos, cada una de estas dieciocho personas se hallaban en Jerusalén o en su vecindario durante esta Fiesta en particular. Podemos seguir sus pasos en documentos. Esto es de especial interés en el caso de las mujeres porque, según veremos, su evidencia es de mucho peso en ciertas eventualidades que habrían de surgir de inmediato.

Ahora bien la pregunta que debemos considerar principalmente aquí es: ¿De qué modo recayó sobre este pequeño grupo de personas el golpe asestado por el arresto sumario y la crucifixión de Cristo? ¿Cuáles fueron exactamente las circunstancias que les permitió darse cuenta de lo que sucedía y cómo se comportaron bajo la tensión de los sucesos que no solamente produjeron la muerte de su jefe, sino que habría de afectar profundamente a sus vidas?

Afortunadamente en lo que se refiere a los discípulos podemos responder en seguida a esta pregunta. No parece haber la menor duda de que los discípulos no se dieron cuenta cabal de lo que sucedía hasta el jueves por la noche. La particular solemnidad de las palabras de Jesús durante la cena en el aposento alto indudablemente les había preparado para una catástrofe indefinida, pero probablemente fue sólo cuando Judas llegó con la compañía armada que el carácter terrible y pusilánime dio en el blanco. Después de breve e inútil intento por resistir por parte de Pedro, parece que la mayoría de ellos huyeron. La noche llegó a la mañana hallando a Jesús en manos de su captores y sus

más íntimos seguidores dispersos y aterrorizados por lo que habían presenciado.

Sin embargo, cuando sólo hacía una hora que había despuntado el día, dos de estos hombres, Pedro y Juan, volvieron a aparecer en el peligroso y altamente comprometido vecindario de la casa del sumo sacerdote. Parece razonable suponer que entraron a la ciudad siguiendo de cerca al grupo que había arrestado a Jesús. Si hemos de aceptar los relatos del arresto, el que acompañó a los oficiales del sanedrín al huerto de Getsemaní era un grupo bastante heterogéneo. No cabe duda de que se habían hecho arreglos a la puerta a fin de volver a admitir a los reunidos a su regreso de la expedición y no hubiera resultado difícil para Pedro y Juan en la oscuridad y la confusión general, introducirse sin ser reconocidos. Una vez dentro de las puertas de la ciudad probablemente seguirían al grupo principal hasta la casa del sumo sacerdote, donde el que Juan conociera a la portera les resultaría muy útil.

Por lo que a los otros nueve discípulos se refiere, dudo mucho que aquella noche durmieran en la ciudad. Evidentemente estaban aterrorizados y huyeron para evitar la posibilidad de ser arrestados. Admitiendo el hecho conocido de que las normas que gobernaban el abrir y cerrar las puertas de la ciudad, un tanto relajadas durante las fiestas, cuando muchos peregrinos dormían en cabañas en las colinas de alrededor, parece poco probable que hombres bajo un repentino impulso de temor arriesgaran ser detenidos tratando de entrar a una hora tan poco habitual. Es mucho más probable que tomaran un curso totalmente diferente sobre el cual hablaremos en un capítulo más adelante.

Por lo tanto, las mujeres del grupo probablemente se hallaban alejadas de un conocimiento y participación directa en el asunto por lo menos hasta que la parte nocturna del juicio de Jesús hubiera pasado. No debemos olvidar que si bien las noticias vuelan en estos días de periódicos, radio y televisión, las condiciones en la Antigua Jerusalén eran peculiares. El arresto de Jesús no se decidió hasta la noche anterior, a una hora muy avanzada, cuando

la mayoría de los ciudadanos ya estaban acostados. El regreso del grupo que había de arrestarlo probablemente se realizó por la ruta menos frecuentada, y habría pocos rezagados a esa hora. Por lo tanto, las circunstancias favorecerían ese grado de clandestinidad que tanto deseaban los sacerdotes. Cuando se abrieron las puertas de la ciudad con la salida del sol, y las gentes comenzaron a entrar y salir, los rumores acerca de los dramáticos sucesos nocturnos indudablemente comenzaron a circular y un creciente número de personas curiosas probablemente se abrirían camino hasta la Ciudad Alta, pero los diferentes relatos parecen implicar que algo así como un conocimiento general o universal de lo que estaba sucediendo quedaría aplazado para más adelante, cuando la gran tragedia ya se había consumado.

Por ello, nos hallaremos muy cerca de la verdad del asunto si suponemos que las mujeres del grupo no se enteraron del curso mortal y amenazador que las cosas habían tomado hasta el viernes por la mañana, bien por los rumores que corrían, o (lo que es aún más probable) por la apresurada visita de Pedro o Juan. Para aquellos que amaban a Jesús sería asunto de primera consideración el informar a toda costa a la madre de Jesús.

Si nuestro cálculo de las posiciones resulta razonablemente correcto, veremos que la eficacia del grupo de Jesús en Jerusalén el viernes por la mañana se había reducido de dieciséis personas a siete, de las cuales cinco eran mujeres. De haber podido los restantes nueve discípulos haber unido fuerzas, bien con Pedro y Juan por un lado o con las mujeres por el otro, parece increíble que no nos hubiéramos enterado de ello.

Además, la probabilidad de que ninguno de estos nueve hombres hubiera regresado aún se ve fortalecida por el hecho de que las personas sobre las que oímos en relación con la escena final junto a la cruz, proceden de este mismo grupo de siete personas. Y todas están allí menos dos¹ cuya ausencia es justificable. La angustia no

1 Me imagino que Pedro se había retirado, sintiéndose humillado y arrepentido mientras que Juana (debido a que Herodes

podía impedir que la madre de semejante Hijo estuviera presente en la hora de su agonía final, y hallamos a María al pie de la cruz. Juan también está presente, anticipando el papel de hijo que pronto tendría que representar. María la mujer de Cleofas, Salomé y María Magdalena se encuentran a una respetable distancia.

Todo esto se halla de acuerdo con lo que era de esperar. Incluso aunque los once discípulos se hubieran hallado cerca con el fin de compartir las responsabilidades y el dolor de aquella terrible mañana, aún hubiéramos esperado que las mujeres estuvieran presentes. La más frágil de las mujeres se siente irresistiblemente atraída a administrar a los moribundos, incluso bajo condiciones que destrozaban los nervios al más fuerte de los hombres, pero el cuadro de estas mujeres solitarias y del discípulo Juan “presentes” en la hora de la crisis suprema, haciendo cuanto podían, es algo muy humano y real. Si alguna vez se escribió auténtica historia esta es la ocasión.

Consideremos ahora los sucesos que siguieron de inmediato. Que Jesucristo murió en la cruz, en todo el sentido físico de la palabra, antes de que el soldado romano le atravesara el costado con la lanza, me parece una de esas cosas seguras de la historia.

Todos los relatos lo afirman, y si el relato más temprano (el de San Marcos) es digno de confianza, Pilato mismo verificó este punto preguntando directamente al centurión, antes de dar permiso para que se llevaran el cuerpo. En aquel entonces nadie parece haber dudado el hecho, ni después durante el resto de la vida de los testigos oculares. Fué el racionalista Venturini el que al principio del siglo XIX aventuró la extraña tesis de que Jesús sólo se había desmayado y se había recuperado más adelante con el fresco de la cueva tras la roca. Sin embargo, esta teoría ha sido respondida por Strauss y en un capítulo más adelante nos ocupamos de ella.

Ahora bien los cuatro escritores están de acuerdo en

se hallaba en la ciudad) estaría ocupada con sus tareas oficiales.

que, poco después de la muerte de Jesús, José de Arimatea fue a Pilato para pedirle permiso para enterrar el cuerpo. Por lo tanto, si surgen dudas en otros aspectos de la tragedia, parece indiscutible que este hombre, persona de distinción social e incluso con una posición oficial, se separó de tal modo del grupo de los sacerdotes como pedir incluso permiso para dar al Prisionero crucificado un entierro honorable.

A veces se ha sugerido que el móvil que José tuvo al realizar este acto fué el de cumplir con la ley judía con respecto al entierro, pero en vista de la evidencia me resulta difícil aceptar esa sugerencia. Había *tres cuerpos de que disponer antes de la puesta del sol, no uno*, y no tenemos la menor prueba de que José se interesara por los dos ladrones. Su único motivo y preocupación parece haber sido la de rendir un tributo personal e individual a los restos de Jesús. En lugar de debilitar esta suposición, los pocos detalles que aparecen en los Evangelios con respecto a José la fortalecen. Se nos dice que “no había consentido” en el gran Sanedrín “a la muerte de Cristo”. San Lucas dice: “también (José) esperaba el reino de Dios”. San Juan, un tanto más explícito, pero en un lenguaje diferente, dice que “era discípulo de Jesús, pero secretamente por medio de los judíos”. Pero los grandes sucesos hacen brotar del hombre características heroicas y cuando Jesús se hallaba donde la persecución de sus enemigos ya no podía alcanzarlo, José parece haber alcanzado el nivel de sus propias aspiraciones secretas, teniendo el valor de ir a Pilato a fin de pedir el cuerpo.

De habernos quedado sencillamente con los Evangelios sinópticos nos veríamos obligados a creer que José de Arimatea actuó completamente solo en esta cuestión. Sin embargo, San Juan nos ofrece aquí un pedazo de información que, si bien es inesperada, no es, ni mucho menos, inverosímil. Se nos dice que cuando José consiguió el permiso de Pilato para enterrar el cuerpo, trajo consigo a Nicodemo, el hombre que, según el mismo escritor, vino a Jesús de noche.

No he olvidado la sospecha que existe en la mente de muchos críticos competentes con respecto a los hechos

que solamente relata San Juan y sobre los cuales guardan silencio los escritores sinópticos, pero el caso actual es, sin duda, excepcional. San Juan es el único escritor canónico que nos dice algo acerca de Nicodemo. Por otra parte, evidentemente los dos hombres tenían mucho en común. Al parecer ambos procedían de la clase gobernante. Ambos sentían un secreto y sincero respeto por la personalidad de Jesús y el que más tarde o más temprano hubieran aparecido juntos era casi inevitable, y en qué momento mejor que éste, ¡cuando el cuerpo desfigurado de Aquel al que habían reverenciado iba a ser echado en una tumba deshonrosa! Fué su última y única oportunidad de rendir a Cristo esa lealtad externa que le había negado durante su vida.

Ahora bien es preciso recordar que los testigos cristianos más efectivos de lo que sucedió en esos momentos probablemente se limitan a las tres mujeres: María la esposa de Cleofas, Salomé y María Magdalena. Que la madre de Jesús se desplomó cuando llegó el fin es algo que debemos considerar como seguro, ya que el relato del Evangelio lo implica con toda claridad. No cabe duda, de que su corazón y su mente, habiendo alcanzado el límite de la angustia por los sufrimientos de la figura agonizante en la cruz, no podían soportar más. Un extremo agotamiento físico sería el precio que tendría que pagar por aquellas pocas pero terribles horas pasadas al pie de la cruz junto a su hijo moribundo y torturado. Necesitaría todo el cuidado amoroso y toda la solicitud de Juan para poder regresar por las calles abarrotadas a su hogar temporal en Jerusalén.

Pero existe un testimonio seguro y consecuente en los Evangelios, según el cual, por lo menos dos de las otras mujeres se quedaron para contemplar hasta el final. Los escritores sinópticos hacen especial mención de ellas, y en cada caso existe la curiosa sugerencia de que contemplaron a corta distancia el entierro, como si las circunstancias les impidiera prestar su ayuda en el mismo. Ello parece expresar con exactitud las probabilidades de la situación. Si la afirmación unánime de los cuatro escritores es cierta, en cuanto a que José de Arimatea (hombre rico y al

parecer un completo extraño a las mujeres) enterró a Jesús, entonces su natural reserva, para no decir nada de la diferencia en su posición social, sería justificación suficiente como para que las mujeres se mantuvieran a distancia.

Pero existe una consideración final que creo que debe aceptarse como una de las certidumbres de la historia. No es posible, bajo ninguna circunstancia, que José de Arimatea pudiera haber hecho lo que se relata de él sin ninguna ayuda, *debió de tener ayudantes*. La tarea de envolver el cuerpo en una sábana de dos y medio metros de largo (la costumbre tradicional judía) hubiera necesitado por lo menos de dos pares de manos. La distancia que debía de atravesar desde la colina de la ejecución pública hasta la tumba en el huerto no debió ser muy corta y requeriría al menos la fuerza de dos hombres robustos para llevar un cuerpo cuyas heridas lo hacían aún más pesado y difícil de manejar. Resulta significativo que si bien los sinoptistas no aluden a Nicodemo, guardan silencio en cuanto al asunto de los ayudantes. No cabe duda de que se da por sentado que alguien debió de ayudarlo, y Nicodemo, siendo un completo extraño a las mujeres, fue probablemente considerado como uno de ellos.

Parecerá una cuestión relativamente importante si José recibió ayuda o no en la labor de enterrar el cuerpo de Jesús, pero, como veremos en un capítulo más adelante, tiene una relación muy importante con el problema que tenemos ante nosotros.

Tal es, por lo tanto, un esquema de cómo la crisis venció a los amigos de Jesús en Jerusalén aquel viernes memorable en la historia de la humanidad. Mirando de frente estas consideraciones, recibimos la impresión de ese relato lejano que no solamente se ajusta a las narrativas, sino que resulta palpablemente real. Los fragmentos dispersos encajan formando un relato claro e inteligible. No creo que sea demasiado afirmar que en este limitado y tranquilo relato tenemos la certeza inconfundible de una situación que si bien no tiene paralelo en sus consecuencias, era muy sencilla y muy humana en sus detalles esenciales.

De este modo Jesús, en las austeras, pero exactas

palabras del Credo, “sufrió bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado . . .” He puesto los puntos suspensivos en lugar del famoso contexto porque cuando yo era joven me paraba en seco al llegar a este punto durante el culto en la iglesia anglicana apretando los dientes y negándome a pronunciar una palabra más. El lector comprenderá por qué.

Pero hoy en día veo las cosas de un modo diferente. He luchado con el problema encontrándolo más difícil de lo que creí. Es muy fácil decir que no estamos dispuestos a creer nada que no encaje con el molde del concepto racionalista del universo, pero ¡supongamos que los hechos no encajan en el molde! Lo más que un hombre honrado puede hacer es examinar los hechos con paciencia e imparcialmente y ver dónde le conducen, y eso es lo que pretendo hacer en los próximos capítulos.

Capítulo 6 Treinta y seis horas después

Según todos los cánones del razonamiento humano, el misterio ligado a la persona de Cristo debió terminar con su muerte y su entierro. Que verdaderamente murió, en todo el sentido físico de la palabra, es algo que ya hemos juzgado como una de las certezas de la historia, y hemos seguido el relato consecuente y sincero hasta el momento en que el cuerpo es tomado para recibir sepultura honrosa. Personalmente no encuentro nada en los relatos de la crucifixión y el entierro que no sea tan profundamente cierto como se esperaba. El asunto entero aparece con la claridad íntegra y hasta ingenua transcrita de la vida real. Pero el momento en que nos adentramos en los sucesos de los días siguientes nos encontramos con una situación que, de no ser por la absoluta singularidad de ciertos aspectos del problema, resultaría totalmente increíble para cualquier estudiante familiarizado tanto con la historia como con las conclusiones del pensamiento actual.

Es porque creo que existen cosas escondidas bajo la superficie de la narrativa que deben modificar profundamente el sentido que le demos, por lo que voy a pedir al lector que considere, en primer lugar, el curso de los sucesos el viernes, alrededor de las seis de la tarde, cuando el pequeño grupo de mujeres aparece hasta el amanecer del domingo por la mañana.

Recordaremos que de las nueve personas que se sabía se encontraban en Jerusalén el viernes por la tarde y que simpatizaban con la causa de Cristo, pudimos hallarles la pista a *siete* de ellas. El apóstol Juan se hallaba con María la madre de Jesús al pie de la cruz y, si las consecuencias que sacamos son correctas, se marchó poco después de la agonía final para hacerse cargo de la mujer que debía acompañar a lugar seguro. Encontramos también en el vecindario a las tres mujeres: María Magdalena, María la mujer de Cleofas y Salomé, mientras que poco después José de Arimatea y el concejal Nicodemo aparecen para cumplir la misión que se habían impuesto, es decir, el dar honorable sepultura al cuerpo de Jesús.

Por lo tanto, sabemos al menos dónde se hallaban siete de las nueve personas y de las dos ausentes, Pedro, en su dolor y vergüenza al haberse dejado dominar por el pánico, negando al Maestro, explica su retiro, mientras que el noveno miembro del grupo, la mujer Juana, aparece en relación con el grupo que va a la tumba el domingo por la mañana.

Por lo tanto, si reflexionamos por un momento, veremos que lo que podemos llamar el grupo activo y móvil de los que iban con Jesús dentro de las murallas de Jerusalén, se limitaba a las tres mujeres, María Magdalena, María la esposa de Cleofas y Salomé, apoyada, en lo que permitían sus obligaciones oficiales, por la mujer Juana.

Sólo cuando nos damos cuenta de que estas tres o cuatro mujeres llevaron sobre sí mismas todo el peso de la crisis que tan de repente descendió sobre el grupo de Jesús, siguiendo adelante con valentía y haciendo por iniciativa propia, lo que la situación parecía requerir, comenzamos a ver los trágicos sucesos de ese fin de semana determinado en todo su realismo, y a discernir el significado de muchas cosas que de otro modo quedarían a oscuras. Parece claramente escrito a lo largo de las narrativas que estas mujeres recibieron todo el impacto de la crisis solas y desligadas de comunicación efectiva con sus amigos, a excepción de la ayuda que podían ofrecer el distraído de Pedro o el preocupado de Juan.

Intentemos reconstruir la escena, tomando como guía

el más antiguo de los relatos, el Evangelio de Marcos. Afortunadamente, el testimonio de San Marcos, por lo menos en lo que a nuestra investigación se refiere, aparece con toda claridad y de modo definitivo. Recordaremos que al describir la escena final de la crucifixión, escribe:

También había algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaba María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé.

A continuación, después de haber relatado con la mayor brevedad posible los hechos sobre el entierro, San Marcos continúa:

Y María Magdalena y María madre de José miraban dónde lo ponían. Cuando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a ungirle. Y muy de mañana, el primer día de la semana, vienen al sepulcro, ya salido el sol .

Hay dos cosas muy interesantes que se destacan en la narrativa y que requieren nuestra atención:

1. La prioridad que se da a María Magdalena, como si en un sentido fuera reconocida como la que dirigía el grupo y tenía la personalidad dominante.

2. La extraña desaparición de Salomé durante el entierro de Jesús.

Por el momento podemos pasar por alto el punto sobre María Magdalena, pero las referencias a Salomé son sugestivas y aclaran realmente la narrativa. San Marcos es bastante cuidadoso cuando menciona nombres y lugares y nombra explícitamente a Salomé que estaba presente en la crucifixión y también la menciona como una de las mujeres que visitó la tumba al amanecer. Sin embargo, fueron solamente las dos Marías las que se quedaron a ver “donde lo ponían”.

Esta acentuada omisión de Salomé durante el entierro difícilmente podría haber sido accidental, lo cual significa que el escritor del Evangelio de Marcos deseaba

transmitir la idea de que Salomé se había marchado, tal vez para atender algún asunto urgente.

Lo que ese asunto pudo ser podemos deducirlo con tal grado de seguridad que es casi absoluta. Debemos recordar que María la mujer de Cleofas y Salomé eran *primas* y a lo largo de esta terrible experiencia, cuando el compañerismo y la ayuda mutua significaban tanto, actuaron de total acuerdo con María Magdalena. Además, las dos mujeres también estaban emparentadas con María la madre de Jesús, mientras que la propia Salomé era la madre del apóstol Juan.

Este devoto grupo de mujeres debió tener dos preocupaciones intensas durante las últimas horas terribles de la crucifixión. La una era solicitud hacia su gran dirigente que pasaba por horribles torturas antes de su muerte. La otra era una solicitud igualmente intensa hacia su parienta, la propia madre de Jesús. Mientras quedara vida en el cuerpo de Jesús la emoción se vería invadida por pensamientos y solicitud hacia El, pero cuando llegó la liberación con un gran clamor del moribundo, la otra preocupación se afirmó.

No sabemos, ni nos es posible saber, los diligentes, pero inútiles esfuerzos que harían ese día por mantener a María lejos de la cruz, pues ya no era una mujer joven, y la cruenta escena de una triple crucifixión no era una escena para una mujer bajo una excesiva tensión y con el corazón destrozado. Yo creo que todo el grupo debió de aconsejarle y rogarle que no fuera, pero el instinto maternal era demasiado poderoso. Ella insistiría en estar junto a su muchacho hasta el final y ¿quién podía negarle su derecho si ella se empeñaba en ejercerlo?

Pero no creo que ninguna persona que no pertenezca a la profesión médica pueda medir los riesgos físicos que corría, o lo cerca que esa experiencia tan tremenda la trajo a un ataque fatal. No cabe duda de que la mujer que Juan se llevó consigo, lejos de aquella horrenda escena, estaría medio desfallecida, atontada y en menos de media hora, cuando la plena realización vino sobre ella, debió de sufrir un colapso.

Nuestras tres mujeres se hallan contemplando la

escena a una distancia respetuosa de la cruz. Cuando se escucha el grito se dan cuenta de que el fin ha llegado, y ven a Juan llevándose a la madre atontada, primero hacia las afueras de la multitud y luego, dolorosamente y con lentitud, hacia la ciudad. Rápidamente consultan entre sí. Alguien debe acudir en ayuda de la mujer abatida, mientras las otras hacen cuanto pueden por Jesús. Salomé se ofrece, porque es su hijo Juan el que acompaña a la madre desamparada al hogar.

Creo que así es como debieron de suceder las cosas. Tendríamos que haberlo deducido incluso aunque los Evangelios no lo insinuaran, pero, en mi opinión, el lenguaje de Marcos es decisivo.

De este modo en el más temprano de los relatos, aquél universalmente considerado como el que se acerca con mayor exactitud a la hora en que tuvieron lugar los sucesos, tenemos esta escena gráfica de un pequeño remanente del grupo de Jesús titubeante bajo la tremenda impresión causada por la Crucifixión, disponiendo sus limitadas fuerzas como mejor podían para hacer frente a cualquier emergencia inesperada. Pedro, invadido por el remordimiento y la vergüenza prefiere permanecer solo; Juan, con la ayuda de Salomé, atiende a la desamparada madre que ahora está a su cargo; María Magdalena y la otra María, asistidas según permitían las circunstancias por Juana y Salomé, intentan hacer arreglos por rendir el último tributo de amor y amistad a su líder muerto.

Tal, según lo leo, fue la posición después de la puesta del sol el viernes, cuando el comienzo del día de reposo puso límite a toda operación junto a la tumba de Jesús. Todo ello es muy humano y real. Es la clase de situación que todos, y en especial cada mujer, podemos comprender.

Creo que por la narrativa podemos deducir inconfundiblemente que los sucesos persistieron prácticamente inalterados a lo largo del día de reposo siguiente y que cuando las mujeres se retiraron a descansar el sábado por la noche lo hicieron con el propósito definitivo de levantarse temprano a la mañana siguiente a fin de ir a la tumba.

Normalmente, cuando se trata de reconstruir una escena, después de haber pasado siglos y, como en este

caso, la información que poseemos es bastante limitada, tenemos que confiar en el efecto acumulativo de los pequeños detalles a fin de descubrir los hechos clave de la situación, pero en el caso actual los propios relatos son explícitos. Los cuatro escritores testifican que la hora de la visita fue al romper el día, es decir, mucho antes de la hora en que las personas normalmente estarían levantadas. La afirmación de San Marcos es que sucedió “muy de mañana . . . ya salido el sol”. San Mateo dice: “al amanecer”. San Lucas lo describe como “muy de mañana”. El escritor del Cuarto Evangelio (en este caso un testigo muy importante) dice: “de mañana, siendo aún oscuro”.

Personalmente no encuentro base, a causa de las ligeras variaciones en estas afirmaciones en cuanto a si el sol había salido ya o no, como para dudar el hecho central de estas citas. No debemos pasar por alto el hecho de que el sol sale muy rápidamente en las latitudes meridionales, que las mujeres tienen tendencia a demorarse inesperadamente cuando van juntas y que, si bien se levantaron cuando aún estaba oscuro, es posible que el sol hubiera empezado a aparecer cuando llegaron a la tumba. De todos modos, el testimonio unánime de los cuatro documentos es que era *temprano* y el primer momento disponible después del día de reposo.

Pero ya hemos hablado bastante acerca de la hora; consideremos ahora las personas que formaban el grupo. Si colocamos los cuatro relatos codo a codo y escogemos lo que todos ellos afirman de manera enfática, vemos que están en completo acuerdo en una cosa, es decir, que a la hora en que el sol debía de salir María Magdalena se levantó y fue al sepulcro.

La afirmación mínima de los hechos aparece en un pasaje en el Cuarto Evangelio que tal vez ha sido más estudiado y discutido que ningún otro pasaje de la literatura:

El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro. Entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo,

aquél al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto.

¿Qué deducciones tenemos que sacar de este pasaje? ¿Fue María Magdalena sola al sepulcro? La pregunta es vital, y debiéramos de pensar detenidamente antes de dar una respuesta demasiado segura. Por lo que a mí respecta, después de haber leído el pasaje repetidamente, no puedo menos que sentir que si el escritor del Cuarto Evangelio se hubiera dado cuenta entonces de que este asunto de las mujeres se iba a convertir más adelante en cuestión de profundo interés para millones de lectores en los siglos venideros, hubiera modificado la construcción literaria de esta frase en particular a fin de suprimir la evidente conclusión errónea del plural “no sabemos”.

El escritor del Cuarto Evangelio no acostumbra a ser internacionalmente oscuro o confuso cuando trata de describir los hechos. Muy al contrario, su obra contiene ejemplos de algunos de los más claros y gráficos escritos descriptivos de la literatura. Posee una técnica literaria capaz de expresar algunos de los más complejos significados y lo utiliza casi de modo invariable para dar una impresión de claridad diáfana.

Pero en este pasaje, bien por una falta de atención momentánea o porque el tema de las amigas de María le hubiera parecido sin importancia, no sé cuál de los dos, ha conseguido uno de los más destacados ejemplos literarios de oscuridad en los Evangelios. Comienza describiendo cuando María se marcha de la tumba a una hora en que habría pocas personas a menos que se hubieran levantado con la intención de acompañarla. Describe cómo ésta corre, en estado de gran excitación, para contarles a Pedro y Juan, y relata lo que es claramente un recuerdo indeleble de su jadeante e histórica declaración: “Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto”.

¿Por qué el incomprensible plural, si Juan no sabía por adelantado que María no había ido sola y que le estaba diciendo lo que había hallado, o no había podido hallar, en compañía de las otras mujeres?

Si estudiamos el famoso fragmento del así llamado Evangelio de Pedro veremos este asunto con mucha más claridad. El escritor de este fragmento también concede una importancia suprema a la acción de María Magdalena, pero añade una frase que habría aclarado por completo el oscuro sentido de San Juan:

Por la mañana temprano en el día del Señor, María Magdalena, discípula del Señor, que, atemorizada por causa de los judíos, pues estos estaban llenos de ira, no había realizado en el sepulcro del Señor aquellas cosas que las mujeres acostumbran hacer a los que mueren y son seres amados, *llevóse con ella* a las mujeres, sus amigas, y fue a la tumba donde le habían puesto.

Aquí tenemos una parte de lo que es ciertamente el auténtico cuadro: María Magdalena como la que lleva la voz cantante en este extraño asunto de la visita subrepticia a la tumba, pero acompañada, aunque fuera tan sólo por seguridad y por decencia, por sus propias amigas escogidas e íntimas, mujeres de más experiencia y madurez en años.

Si leemos los relatos de los tres Evangelios Sinópticos inmediatamente nos sentiremos impresionados por su solidaridad con este punto de vista. Los tres escritores afirman con toda seguridad que María mujer de Cleofas fue con María a la tumba. San Marcos dice que Salomé las acompañó y San Lucas menciona a Juana como tercera acompañante del grupo. Teniendo en cuenta la solemnidad y singularidad de la ocasión, ¿no es acaso posible que las cuatro mujeres fueran?

Cuanto más consideramos las circunstancias particulares de este momento histórico en las vidas de aquellas sencillas personas, más seguro nos parece que, de volver a Jerusalén en el oscuro amanecer de aquel domingo memorable, habríamos visto a María Magdalena y a la otra María, acompañadas bien por Salomé o bien por Juana, caminando apesadumbradas por las estrechas calles oscuras de la parte inferior de la ciudad dirigiéndose a rendir su último tributo de respeto a su jefe muerto.

Es importante que quedemos completamente satisfechos fuera de cualquier duda, de quién pudo visitar el sepulcro el domingo por la mañana, porque el momento en que permitimos que estas mujeres se acerquen al lugar del entierro de Cristo, nos encontramos con un hecho fuera de lo normal: que, según el relato, el cuerpo ya no estaba allí. Este hecho ha quedado registrado o implicado de un modo tan concreto que nos obliga a afrontar de repente esa fase de la historia que debe apoyarse básicamente en la evidencia y en nada más.

Lo primero que llama la atención en relación a todo esto es que el motivo por el que estas mujeres visitaron la tumba era perfectamente natural y la hora en que lo hicieron es consecuente con su propósito. En el Oriente era un hecho aceptado que la descomposición del cuerpo de una persona muerta comenzaba alrededor del tercer día después de la muerte. Por lo tanto, era necesario realizar los ritos que las mujeres pretendían lo más pronto posible conforme a la observancia del día de reposo, momento que era sin duda el domingo por la mañana. Es muy posible que escogieran una hora muy temprana para evitar la publicidad, aunque no podían ir antes de la salida del sol porque estaría oscuro y hasta es posible que no pudieran ir antes porque las puertas de la ciudad estuvieran cerradas.

Por lo tanto, nos encontramos ampliamente dentro de la probabilidad histórica cuando nos imaginamos al pequeño grupo de tres o cuatro mujeres acercándose a la tumba al despuntar el domingo por la mañana, pero este no es el único hecho registrado en los Evangelios que aparece como algo sólido y muy real a través de la neblina del tiempo. Me refiero a la preocupación de las mujeres por las dificultades con las que se habrían de enfrentar con la piedra que, según todos los documentos, habían colocado contra la entrada a la tumba.

Ahora bien, para cualquier persona a la que empuje el deseo, no de tener razón, sino de llegar a la verdad histórica, es evidente que los fragmentos de reminiscencias que nos han llegado en lo que se refiere a lo que sucedió durante los próximos minutos, reflejan una experiencia de carácter extraordinario. No es como si los diferentes

relatos estuvieran de acuerdo, de ser así tendríamos que acercarnos al problema desde un aspecto diferente, pero no hacen ningún esfuerzo o pretensión por llegar a un acuerdo, aunque la primera versión que se conoce de lo que sucedió es anterior tanto a San Mateo como a San Lucas cuando éstos escribieron, y los tres Evangelios Sinópticos eran propiedad común cuando el autor del Cuarto Evangelio escribió su libro. Lo que sí parece ser cierto es que al llegar junto a la tumba, recibieron una sacudida para la que no estaban exactamente preparadas.

La esencia de su descubrimiento fue que la tumba había sido perturbada de alguna manera y que contrario a lo que esperaban, el cuerpo de Jesús ya no se hallaba en ella. San Lucas resume el testimonio consecuente de los escritores Sinópticos sobre este punto al decir: “no hallaron el cuerpo del Señor Jesús”. Pero como para subrayar el carácter encajado en esta tradición, tenemos ese pasaje tremendamente significativo de Juan, pasaje tan franco y diferente a las versiones sinópticas que hasta el lector más sincero queda sorprendido por él:

Entonces corrió [María Magdalena], y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto.

No deseo influenciar indebidamente la opinión de nadie que sienta que cuando se trata de escoger entre los escritores sinópticos y el escritor del Cuarto Evangelio sobre un asunto de hecho histórico, los tres primeros tienen prioridad para ser aceptados, pero debo decir que, estando donde viene, este pasaje me impresiona profundamente; es como un rayo de luz que penetra la niebla de ese amanecer memorable.

Por lo tanto, a menos que estemos preparados a echar por la borda todo el *corpus* de la evidencia literaria que ha sobrevivido, camino que estoy convencido ningún lector honrado y crítico de este libro sugerirá, nos vemos guiados a la conclusión de que cuando estas mujeres llegaron junto a la tumba realmente recibieron la impresión de que el cuerpo no estaba. También creo que es razonable imaginar

que, al venir como lo hicieron al amanecer, bajo condiciones un tanto inexplicables, y a unas mentes que no estaban preparadas para ello, este descubrimiento por sí solo produciría una condición muy parecida a la histeria. Veremos que esto es verdad si recordamos que por lo menos dos de las mujeres no eran ya muy jóvenes. No tenemos forma de saber la edad de Juana, pero María la mujer de Cleofas y Salomé debían de ir bordeando si es que no habían alcanzado ya la quinta década de su vida.

A primera vista este punto no puede parecer importante, pero desde el punto de vista psicológico su significado es considerable. Estas mujeres debían de sentir y actuar de manera parecida a lo que actuaría hoy en día un grupo similar de mujeres que tuvieran que enfrentarse de repente, a una hora poco corriente de la mañana, con un fenómeno igualmente inesperado en el cementerio de Kensal Green. El primer e inmediato efecto sería uno de estupor, seguido rápidamente por el urgente sentido de la necesidad de consejo y ayuda inmediatos. Si, por lo tanto, como parece muy probable, María Magdalena, el miembro más joven y activo del grupo, se ofreció voluntariamente para ir rápidamente a la ciudad para decírselo a los discípulos Pedro y Juan, dejando que las mujeres más mayores la siguieran a su propio paso, nos encontraríamos con una situación que corresponde muy de cerca con la versión que da el Cuarto Evangelio y que explica satisfactoriamente el que María, casi sin aliento, usara el plural.

Si podemos o no podemos hacer esta deducción es un asunto legítimo que merece ser estudiado en el futuro, pero el factor central en este extraño episodio no parece ser susceptible de duda. Estas mujeres tenían la intención de prestar un cierto servicio a su difunto Maestro el momento más temprano posible teniendo en consideración el día de reposo. De acuerdo con su propósito se levantaron muy temprano el domingo por la mañana y fueron a la tumba, pero el hecho de suprema importancia histórica es que *este servicio nunca se realizó*. Pasara lo que pasara en el huerto de José aquella mañana, la evidencia es que las mujeres no lo encontraron y que según el relato el cuerpo ya no estaba allí.

Capítulo 7

Sobre el comportamiento de dos hermanas y los hombres que huyeron durante la noche

Antes de poder considerar lo que significan estos hechos, y especialmente qué valor se les concede en cuanto a las diferentes explicaciones que hemos aportado al relato, es necesario completar ese cuadro general del trasfondo histórico que ha ocupado nuestros pensamientos hasta aquí.

En un capítulo anterior vimos que el repentino e inesperado arresto de Jesús, en el huerto de Getsemaní, cuando la noche del jueves estaba ya avanzada, dividió al pequeño grupo de sus seguidores personales en dos grupos distintos. A lo largo de los capítulos anteriores hemos estudiado con cierto detalle lo que sucedió en relación con el más pequeño de estos fragmentos, aquel que, por así decirlo, quedó temporalmente aislado o abandonado en la misma Jerusalén. A penas hemos pensado en la parte mayor del grupo que se hallaba fuera de la ciudad, sin embargo el comportamiento de esta parte más amplia del grupo es uno de los factores esenciales del problema. ¿Hay algo en los documentos que aclare este importante asunto?

Servirá para aclarar nuestras ideas el recordar que en realidad faltan dos grupos de los cuales tenemos que dar razón. Están los nueve discípulos de los que se dicen que

huyeron durante el arresto, pero también están las hermanas María y Marta de Betania, cuya ausencia de la crucifixión y el entierro es una de las características más notables y significantes de las narrativas. He aquí dos hermanas entregadas a Jesús con todo su corazón y toda su alma. Su casa era lugar de descanso, uno de los pocos lujos que Jesús se permitió a sí mismo; y fue probablemente desde su casa que salió aquella mañana como hombre libre por última vez. Sin embargo, cuando el golpe cayó y sus apesadumbrados seguidores necesitaban todo el consuelo posible, estas dos hogareñas y devotas mujeres desaparecen por completo de la escena. Debe existir un motivo de peso e histórico para que así fuera y es nuestra labor, dentro de lo posible, encontrarlo.

Normalmente se justifica suponer que cuando dos o más características poco corrientes aparecen en lo que contrariamente sería una situación normal e inteligible, debe existir una relación entre ellas. En el caso actual existen motivos especiales para sospecharlo. No debemos olvidar ni por un momento que durante los cinco días cargados de tensión que antecedieron al arresto de Jesús, éste y los que iban con El habían hecho de Betania su hogar. A veces he especulado en cuanto a los arreglos domésticos en la casa de las dos hermanas, pues hasta qué punto podían acomodar a las trece personas que formaban el grupo. Es probable que no lo hicieran, en cuyo caso Jesús y posiblemente uno o dos de los apóstoles mayores se quedarán en la casa, mientras que los otros discípulos encontrarían alojamiento provisional en algún lugar cercano.

En cualquier caso, la evidencia indica que el grupo entero durmió en el pueblo durante la semana, haciendo el recorrido de seis kilómetros de ida y vuelta a Betania cada día. Y es posible que, a excepción de Judas Iscariote, que sabía que no sería así, la probabilidad era que los discípulos esperaran regresar a Betania, como de costumbre, aquel jueves por la noche. Aquella misteriosa y prolongada visita al huerto mucho después de la hora en que acostumbraban retirarse a descansar debió dejarles perplejos, y al aproximarse la hora de la medianoche las

dos hermanas debieron sentirse preocupadas.

Teniendo ante nosotros estos hechos regresemos a la escena que tuvo lugar en el huerto de Getsemaní. Todos los relatos parecen estar de acuerdo en que el grupo enviado por los sacerdotes para arrestar a Jesús era demasiado numeroso como para andar o marchar de frente. Es posible que hasta en el camino que conducía desde el pórtico de la ciudad hasta donde el camino a Betania se une con la carretera que va al Monte de los Olivos, formaran un grupo irregular, que se extendía como una columna, más o menos de unos veinte metros a lo largo del camino. Debemos imaginarnos a este grupo irregular y a los que se añadirían, sin orden, a este grupo de hombres enardecidos, que llegan a la entrada del huerto, desplegándose por medio de los árboles al lugar donde estaba Jesús; los que llevaban las antorchas marchaban al frente, con Judas en el centro, acompañados por la guardia del templo y éstos, a su vez, seguidos por el grupo tan diverso formado por los “testigos” y otras personas que se habían unido a ellos a la entrada de la ciudad.

Como es lógico, el arresto se llevaría a cabo tan pronto como Judas le identificase y es posible que Pedro hubiera atacado al sirviente del sumo sacerdote antes de que el resto del grupo se hubiera aproximado o supiera exactamente lo que sucedía. Es posible que hubiera bastante confusión y gritería, con las antorchas en alto en el centro del espacio abierto entre los árboles, mientras los oficiales del Sanedrín ataban las manos de Jesús a la espalda. Entretanto, el resto de la expedición debía haberse ya acercado al grupo de hombres que rodeaban al Prisionero.

No forma parte de nuestro propósito actual investigar cómo es que Pedro y Juan se encontraron separados de sus compañeros y lograron introducirse en la ciudad sin que los reconocieran. Parece probable sin embargo que, estando tan cerca de Jesús como indudablemente se hallaba Pedro, y con el espacio disponible entre los árboles que se llenaba rápidamente, Pedro y Juan desaparecieron entre la multitud de tal modo que lograron huir sin que nadie se diera cuenta. En aquella luz tenue, y con las antorchas que

brillaban inconstantes en la distancia, habría resultado no sólo prudente, sino el modo más sencillo de conseguir su propósito, marchando con la multitud, confiando en el carácter evidentemente variado del grupo para estar seguros de poder entrar por el pórtico de la ciudad sin provocaciones. Sólo tratándose de un caso accidental y realizado sin premeditación podíamos habérmolos imaginado correr el riesgo de ser detenidos al entrar en la ciudad.

Si esto es lo que realmente sucedió nos hallamos exactamente frente a las condiciones ya expuestas para estar en Jerusalén a la mañana siguiente.

Pero nuestro interés principal es saber qué sucedió con los otros nueve discípulos. Antes de poder contemplar ni remotamente la posibilidad de que estos hombres huyeran en esos momentos a Galilea, como sugiere el doctor Lake en una teoría sobre la cual hablaremos más adelante, es preciso que examinemos con detenimiento, y de un modo especial, su modo de actuar.

Normalmente las personas huyen, dominadas por el pánico, cuando se aproxima un temido desastre personal, inmediato, y cuando no da tiempo a reflexionar con calma o inventarse alguna solución. En este caso el peligro, en un momento determinado, era inmediato, pero los discípulos no habrían corrido muy lejos por la espesura, antes de apercibirse de las realidades de la situación.

En primer lugar, de ocupar el huerto el lugar que la tradición le atribuye, se hallaba al pie de la colina de los Olivos. El grupo que iba a arrestar a Jesús debió de entrar en él por la entrada que da al camino principal de Jericó. Por lo tanto, cualquier persona que deseara huir, evitando ser observado, habría de hacerlo en dirección *contraria* a la del grupo, es decir, hacia el declive del Monte de los Olivos, en dirección a Betania. Cada paso que dieran les llevaría más arriba y en una posición de ventaja sobre el huerto debajo de ellos.

Afortunadamente para los discípulos, la extensión de su posible peligro estaba claramente indicada. Si alguien los buscaba más abajo entre los árboles el rastro dejado por las antorchas se lo mostraría. Cada paso en el juego sería

aparente y los discípulos se hallaban en una posición ventajosa por demás, teniendo solamente que observar las luces que se aproximaban, y permanecer a distancia.

Pero es evidente que nada de todo esto sucedió. Cuando hubieron transcurrido varios minutos el grupo que arrestaba a Jesús regresó a Jerusalén. Las luces de los portadores de antorchas se verían con toda claridad mientras el grupo se abría camino hasta la entrada que habían concertado. De haber existido un peligro inmediato para el resto de los discípulos, desapareció con las luces que se perdían en la distancia y nada más sucedería hasta que amaneciera.

Creo que es de sentido común considerar el asunto así, y no existe razón lógica o visible que indique lo contrario. Una vez concedido este tiempo de respiro ¿cuál sería el estado psicológico de los discípulos y su posición? ¿Cómo se comportarían? ¿Qué consideraciones urgentes requerirían ser estudiadas?

No es posible contestar a estas preguntas con un conocimiento y una seguridad absolutos, pero podemos aventurar una conjetura y corregirla más adelante según veamos. Yo creo que si los discípulos se detuvieron a considerar su posición, un hecho se manifestaba alarmantemente, *el hecho de que faltaban Pedro y Juan*. Posiblemente se imaginarían que había sucedido lo peor, pues no era de esperar que supieran o pudieran prever las curiosas y afortunadas circunstancias por medio de las cuales estos dos hombres lograron entrar en la ciudad. Desde su punto de vista, la ausencia de Pedro y Juan, el que no respondieran a los gritos de sus compañeros, cobraría un significado de lo más siniestro. Probablemente se imaginarían que habían sido arrestados y que sólo la presteza con que ellos se esfumaron en el momento crítico les había salvado de una suerte similar.

Creo que esto les disuadiría de intentar, por el momento, entrar en la ciudad. Por otro lado, si (como ellos imaginaban) Juan y Pedro habían caído prisioneros, las mujeres quedarían sin protección y expuestas a la completa hostilidad de los sacerdotes y al frenesí del pueblo, cosa muy seria. Ese era un punto que indudablemente debieron

tomar en consideración. Es posible que de no disponer de otros datos no nos atreviéramos a ir más adelante y tendríamos que dejar a los nueve discípulos desaparecidos sobre la colina de los Olivos y reconocer que no teníamos ni la más remota idea de lo que sucedió a partir de ese momento.

Pero aún tenemos que encontrar una explicación a ese hecho tan sorprendente, la desaparición simultánea de María y Marta de las narrativas. ¿Se hallan relacionadas estas dos circunstancias? ¿Pueden las condiciones de una de estas circunstancias explicar la otra? ¿Qué combinación de circunstancias puede explicar la ausencia de estas dos mujeres de Jerusalén durante las terribles horas anteriores y posteriores a la crucifixión? ¿Cómo es posible que cuando cada una de las mujeres que formaban el círculo interior de los compañeros de Cristo se hallaban ocupadas y profundamente sumidas en el asunto, María y Marta, a las que Jesús tanto debía, se hallaran sorprendentemente ausentes?

Si consideramos la posición estratégica de Betania podremos ver este asunto con más claridad. Este pueblo pequeño, al otro lado del Monte de los Olivos era, por así decirlo, el centinela de Jerusalén en el camino principal a Jericó. Cualquier persona que viniera del norte, por la empinada quebrada de Jericó, hecha inmortal por Jesús en la historia del buen samaritano, tiene que pasar por Betania y de igual modo, al ir desde Jerusalén al norte, el viajero tiene que pasar por él.

Este hecho tiene relación importante con nuestro problema. En primer lugar, significa que si los discípulos se habían realmente dirigido a Galilea, tendrían que haber pasado a poca distancia de la casa de María y Marta en la que habían estado o muy cerca de ella por lo menos, durante los últimos cinco días. Imaginando que llegaran tan lejos, frente a la clara evidencia de la oscuridad para mostrar que no les seguían, ¿acaso podemos concebir la idea de que no se detuvieran a dar las espantosas noticias a las hermanas y buscar su consejo y ayuda?

Pero existen otras razones por las que los discípulos seguramente se dirigirían a Betania.

1. Las pocas pertenencias que tuvieran (y no debemos de imaginar que viajaban sin alguna clase de equipaje sencillo) debían de encontrarse en Betania como su hogar provisional.

2. María y Marta, como amigas íntimas de Jesús, necesitarían ser avisadas del curso peligroso que habían tomado los acontecimientos, pues también había tiempo para que ellas huyeran, caso de que fuera necesario.

3. Si las mujeres se daban cuenta de lo que sucedía en Jerusalén y consideraban prudente abandonar la ciudad, primeramente huirían a Betania, puesto que se hallaba de camino.

De esta manera el lugar especial que ocupaba el pueblo, combinado con el hecho de que el hogar de María y Marta se hallara en él, lo hacía el punto de reunión evidente para ambos grupos de posibles fugitivos, destacándolo como el lugar al que los discípulos acudirían instintivamente.

Por lo tanto, si mantenemos que estos nueve hombres se dispusieron a ir de inmediato a Galilea, como si mantenemos que siendo más valientes harían un esfuerzo por lo menos por rescatar a las mujeres, o si nos los imaginamos en una situación en la que, cansados como estaban, necesitaban un lugar donde descansar y se dirigieron al lugar más probable, ello traería a estos hombres, poco tiempo después del arresto, a Betania.

Consideremos ahora el asunto desde el punto de vista del interior de la casa en Betania. Como ya hemos visto, la situación descrita por los Evangelios implica que las dos hermanas esperaban que Jesús regresara el jueves por la noche y, al transcurrir las horas sin que regresara, se sentirían naturalmente alarmadas y ansiosas. De haber pasado toda la noche sin haber tenido noticias de El, parece cierto que por lo menos una de ellas fuera a Jerusalén a la mañana siguiente, cuando nuevamente se establecería contacto entre los dos grupos. De haber sido ese el caso, probablemente nos habríamos enterado de que María o Marta de Betania (y quizás las dos) se hallaron

presentes durante la crucifixión y el entierro.

Sin embargo, no podemos hallar nada que ni siquiera lo indique remotamente en los Evangelios. El absoluto silencio en la narrativa en lo que se refiere a las dos hermanas de Betania, en especial en lo que se refiere a la proyectada y posterior visita a la tumba, resulta tremendamente sugestivo y desafiador. Sólo puede significar que las condiciones que prevalecían en Betania impidieron que las noticias del trágico final les llegara, o que por motivos justificados se abstuvieron de intentar reunirse con sus amigos dentro de las murallas de la ciudad.

Que esto es lo que sucedió parece indicarlo la calidad particular y el medio ambiente de los relatos. Si tan sólo dos o tres de esos agotados y entristecidos hombres lograron llegar en la oscuridad al pequeño hogar en Betania, ¿no podemos acaso imaginar lo que sucedió?

Creo que debemos ser indulgentes con el hecho evidente de la sacudida que habían recibido los discípulos. Jesús acababa de ser arrestado por la guardia del templo y por orden de los sacerdotes; Juan y Pedro (según ellos creían) también habían sido arrestados. El humor del pueblo era uno de violenta hostilidad. Todo esto sería relatado, sin perder su carácter amenazador por lo extraño de la hora en que fue relatado. Por otro lado, las mujeres eran impresionables y al no saber nada sobre la situación, se formarían en seguida una idea de la misma, siendo la situación más oscura de lo que los hechos justificaban. Lo vieran como lo vieran, el futuro era una amenaza inminente. ¿Qué acontecía tras las distantes murallas de Jerusalén? Quizás hasta el traidor de Judas se preparaba a conducir a otro grupo al amanecer a fin de completar el arresto. Mientras que los valles alrededor del monte de los Olivos eran sometidos a una búsqueda independiente, Betania no sería pasada por alto. Puede que hasta arrestaran a las hermanas como si se hallaran implicadas en el asunto.

Estos eran pensamientos que casi de modo inevitable les pasarían por la mente, pero existen otras consideraciones. *Las madres de tres de estos nueve hombres* todavía se hallaban en Jerusalén expuestas a los peligros y posibilida-

des que eran inciertas, pero no menos reales por ello. ¿Recibirían a tiempo el aviso del peligro? De ser así, también ellas podían llamar en cualquier momento a la puerta de aquella pequeña casa.

Como es lógico, teniendo la historia como guía sabemos que la situación en la ciudad era extrañamente diferente. Sabemos que ni Pedro ni Juan habían sido arrestados; y podemos ver que los sacerdotes estaban satisfechos una vez que habían arrestado a Jesús, puesto que era a El a quien temían. Pero, dada la huida de los discípulos a Betania en su pánico evidente, bien como primera etapa de un viaje a Galilea, o como un apropiado santuario en aquellos momentos, el ambiente psicológico en aquella pequeña casa es más o menos como lo hemos descrito. Incertidumbre, recelo, y temor por la seguridad personal de cualquier persona relacionada con Jesús debió ser la nota dominante.

La mañana siguiente no mejoraría en nada las cosas, sino que más bien intensificaría la situación con la llegada del nuevo día. Cualquier cosa podía suceder en cualquier momento, y temían que sucediese lo peor. Es curioso pensar que todo el tiempo que Jesús pasaba por las etapas finales y angustiosas de su juicio público, y mientras que sus supuestos enemigos estaban profundamente obsesionados con otras cosas, este pequeño grupo de personas probablemente se hallaba bajo los más tremendos temores.

También es curioso reflexionar que debido a la propia naturaleza de las circunstancias probablemente se hallarían desligados de todo conocimiento en cuanto a lo que estaba sucediendo. En el sentido corriente y en tiempos normales existía un cierto movimiento entre Jerusalén y Betania por medio del cual las noticias de lo que sucedía en la ciudad llegarían a Betania dos o tres horas después, pero una ejecución judicial del más grande de los Maestros de la ciudad, de todos los tiempos, no era una sensación corriente. El patio del palacio de Pilato y el camino al Calvario eran como un imán irresistible, y el movimiento normal entre Jerusalén y Betania, debido a ello, se hallaría momentáneamente detenido.

No sería hasta que el gran clamor había ascendido y

las grandes multitudes se hallaran de nuevo camino a la ciudad que algunas de las noticias de lo que estaba sucediendo en Jerusalén alcanzarían los pueblos cercanos y para entonces el sol se habría puesto y el día de reposo comenzando.

Tal es, según me imagino, la más probable situación en el transcurso de esas horas confusas y dramáticas durante las cuales Jesús pagó el gran precio. Está de acuerdo con las claras enseñanzas en los relatos de los Evangelios y resuelve lo que de otro modo sería algo totalmente inexplicable y oscuro. Lo someto como un tanteo y con todo respeto como una posible solución.

Capítulo 8

Entre la puesta del sol y el amanecer

Resulta extraño no poder escapar al influjo del reloj a la largo de toda esta confusa historia de la última fase de la vida de Jesús.

En un capítulo anterior vimos como el inexorable apremio de los sucesos precipitó el arresto, forzando la mano de las autoridades, prolongando la hora del juicio preliminar y modificando profundamente el carácter del juicio romano. Es como si todo lo realizado en este asunto hubiera sido hecho bajo el látigo de un capataz invisible, cuyas órdenes eran imposibles de apelar. Así que ahora, tanto si nos damos cuenta de ello al principio como si no, encontraremos que el problema se va limitando progresivamente a una investigación de lo que estaba sucediendo justo al exterior de las murallas de Jerusalén alrededor de hace unos 1.900 años entre la puesta del sol de un cierto sábado y los primeros rayos de luz del amanecer de la mañana siguiente. Comencemos considerando con cierto detalle las diferentes hipótesis que se han presentado sobre los hechos.

Existe, sin embargo, una sugerencia que estoy seguro pocos lectores de este libro esperarán que la discutamos en serio. Me refiero a la sugerencia, tan ampliamente extendida en los tiempos apostólicos, de que los mismos discípu-

los habían robado o secuestrado el cuerpo. No pretendo dedicar mucho espacio a poner a prueba la precisión histórica de esta acusación porque el veredicto lo ha anticipado el sentido casi universal y el sentimiento de la humanidad. Al menos según lo que yo sé no existe un solo escritor hoy en día cuya obra sea de valor crítico, que asegure que ni siquiera valga la pena discutirlo. Conocemos bastante bien a estos once hombres por medio de sus acciones y escritos inmediatos y no es ese su modo de actuar. No existe el menor rastro de un intrépido cabecilla que hubiera tenido suficiente imaginación como para planear semejante golpe y llevarlo a cabo sin ser descubierto. Incluso de haber sido posible, y los discípulos los hombres indicados para realizarlo, la historia inmediata del cristianismo hubiera sido totalmente diferente. Tarde o temprano alguien, conocedor de los hechos, hubiera soplado.

Además ninguna gran estructura moral como la iglesia primitiva, cuyo fundamento es una continua persecución y sufrimientos personales, podría haber surgido basándose en una afirmación que cada uno de los once discípulos sabía que era una mentira. Me he preguntado muchas veces si Pedro se hubiera aliado con semejante mentira, o Juan, o Andrés, o tal vez Felipe o Tomás. Sea cual fuere la explicación de estos sucesos extraordinarios, podemos estar seguros de que no es esa.

Nos queda, por lo tanto, sin resolver el problema de la tumba vacía. ¿Podemos arrojar luz sobre el suceso examinando las diferentes explicaciones que se han ofrecido?

Existen, en principio, seis líneas independientes para explicar este asunto. Cuatro de ellas asumen como un hecho histórico el que la tumba estaba vacía, mientras que las otras adoptan una postura más extrema, afirmando que el relato es completamente apócrifo o que la tumba no fue examinada bajo las condiciones descritas en los Evangelios. Podemos resumir brevemente estas hipótesis del siguiente modo:

1. Que José de Arimatea se llevó en secreto el cuerpo a fin de ponerlo en un lugar más adecuado.

2. Que el cuerpo fue trasladado por orden del poder romano.

3. Que el cuerpo fue trasladado por las autoridades judías para evitar la posible veneración de la tumba.

4. Que la vida no se había apagado realmente y Jesús se recuperó con el fresco de la tumba.

5. Que las mujeres se confundieron de tumba bajo la luz insegura.

6. Que nadie visitó la tumba y el relato de las mujeres es una añadidura posterior.

Estas son bastantes suposiciones y creo que incluyen todas las alternativas que se han presentado sobre la tesis del evangelio. Considerémoslas, pues, por unos momentos.

1. *Que José de Arimatea se llevó en secreto el cuerpo a fin de ponerlo en un lugar más adecuado.*

A primera vista la sugerencia de que el hombre que por consentimiento universal suplicó al procurador romano que le diera el cuerpo de Jesús, podría él mismo haberlo trasladado a otro lugar por motivos privados, parece ser un argumento de peso.

Las deducciones a que llegan una serie de escritores, basándose en los escasos detalles que dan los Evangelios, son que la tumba había sido probablemente comprada por José para su propio uso, que su proximidad a la escena de la crucifixión sugiere su uso temporal durante el día de reposo y que José desearía cuanto antes trasladar los restos a un lugar de descanso más permanente. Todo esto es fácil de comprender y, si la teoría fuera única, presentaría un aspecto sorprendente y convincente de consecuencia y fortaleza, pero no podemos dejar una hipótesis seria e histórica tal cual. Es preciso encajarla y sobreponerla a la situación que trata de explicar. Las consecuencias, tanto inmediatas como posteriores, han de ser estudiadas y por su propio peso satisfacer todas estas condiciones para su juicio.

Un estudio más próximo de la hipótesis revela ciertas flaquezas e inconsecuencias que afectan seriamente esta

posibilidad. En primer lugar, la hora en que se supone se hizo el traslado (había de ser por la fuerza entre el fin de reposo y la primera señal del amanecer) resulta un tanto extraña para que un dirigente, respetado por el pueblo, realizara una operación totalmente legítima cuando podía haberlo hecho mucho mejor al haber nacido el día. No debemos nunca olvidar que, según esta teoría, José de Arimatea y el pequeño grupo de mujeres pretendían, de manera independiente y totalmente desconocida para los demás, realizar un servicio que les traería junto a la tumba tan pronto como fuera posible según la observancia del día de reposo. Teniendo en cuenta las dificultades que presentaba la oscuridad, ese momento debió ser, sin duda, el amanecer. Por lo tanto, desde el punto de vista teórico, María Magdalena y sus amigas al llegar a la tumba deberían haberse encontrado con el grupo de José que ya se encontraba trabajando allí.

Sin embargo, no existe la más mínima razón para pensar que este dramático encuentro tuviera lugar, por lo que estamos obligados a adelantar el traslado a una hora en que aún estaba oscuro. Debemos, para ello, imaginarnos a un grupo de hombres con luces y antorchas, trabajando bajo máximas dificultades, que se abren camino por las regiones oscuras fuera de las murallas de la ciudad, llevando un cuerpo pesado, seguramente a una distancia considerable, y lo depositan en otra tumba. Debemos imaginarnoslos tomándose la molestia de desnudar al cuerpo, dejando en la tumba los vendajes y llevándose al cuerpo desnudo a su destino. Y entonces debemos de pensar que o se olvidaron de cerrar la entrada a la tumba o no deseando perder tiempo por el momento, no la cerraron.

Tratemos de captar toda la fuerza y el peso de esta reconstrucción particular de la escena. Me imagino que alguien preguntará: “¿Acaso no es correcta esta teoría? No cabe duda de que el amanecer hubiera resultado el momento *ideal* para realizar esta operación, pero los sucesos podían muy bien haber indicado lo contrario. Las noticias vuelan en lugares cercanos a la carretera principal y José podía haber temido que una labor que requeriría al

menos dos horas pudiera atraer a una gran y peligrosa multitud una vez salido el sol. ¿No podía ser que realmente realizara los preliminares a cubierto de la oscuridad y que cuando llegaron María Magdalena y su pequeño grupo junto a la tumba, el grupo de José se hubiera marchado ya al lugar donde iban a enterrar permanentemente el cuerpo? ”

Este enfoque del asunto resulta sobremanera consecuente con el relato y explicaría la sorpresa que se llevaron las mujeres al ver que alguien había movido la piedra, explicando al mismo tiempo el que la tumba estuviera vacía. Concuerdan perfectamente con el hecho de que María Magdalena llegara sin aliento a dar el mensaje a los dos discípulos: “ ¡Se han llevado al Señor, y no sabemos dónde le han puesto! ” Si no fuera preciso satisfacer otras condiciones, esta resultaría la explicación suprema por lo convincente y natural, pero una vez más ninguna teoría, por plausible y convincente que aparezca a primera vista, puede mantenerse por sí sola. Debe encajar con los hechos principales de la situación, así como con los menos importantes y es precisamente con esos hechos principales con los que el ajuste no parece posible.

Hay dos maneras de considerar a José de Arimatea de modo consecuente con las narrativas y era una de dos:

(a) Un seguidor secreto o discípulo de Jesús que realmente sentía el deseo de rendir abiertamente este servicio a Aquel cuyo liderazgo había vacilado en admitir durante su vida; o

(b) Un devoto miembro del Sanedrín cuya única preocupación era el cumplimiento de la ley judía que requería el entierro del reo crucificado antes de la puesta del sol.

Se ha puesto mucho énfasis en la segunda posibilidad, especialmente por aquellos que estaban ansiosos por mostrar que José tenía motivos por los que no deseaba que el cuerpo de Jesús permaneciera en su propia tumba. A mí me parece, sin embargo, que existe una dificultad insuperable para aceptar esta opinión. La ley judía que requería el

entierro antes de que se pusiera el sol se aplicaba igualmente a los dos ladrones, y no existe la menor sugerencia de que José se ocupara o pensara para nada en los restos de estos dos hombres, lo cual es sorprendente, porque los tres casos, como se trataban de la pena capital, caían bajo la jurisdicción romana. Era igualmente necesario obtener el permiso de Pilato en el caso de los dos ladrones como en el de Jesús. No cabe duda de que más adelante los sacerdotes obtuvieron autoridad oficial para disponer de estos dos hombres, y sus cuerpos probablemente serían echados en la fosa común, pero esto fue evidentemente después que José de Arimatea hubiera sometido su propia petición personal e independiente. El hecho de que José hiciera esta petición aislada a Pilato muestra que no obraba en su calidad de representante oficial. En cualquier caso, ¿por qué iba un honorable concejal y miembro del Gran Sanedrín a realizar con sus propias manos una labor servil que podía realizar más apropiadamente la guardia civil?

En segundo lugar, en la literatura apócrifa hay indicaciones muy contundentes que muestra lo enfadados que estaban los sacerdotes con José de Arimatea convocándole incluso ante el Concejo. Dicha ira no hubiera tenido razón de ser de haber actuado José bajo el requerimiento de los sacerdotes, pero hubieran existido buenas razones de haber José invalidado la acción colectiva a los ojos del pueblo y del propio Pilato, dando al cuerpo de Jesús una sepultura honorable y respetuosa. Finalmente existe la afirmación explícita en el Evangelio de San Mateo de que José era un discípulo, y en San Lucas dice que no había consentido a su consejo ni a sus hechos.

Estas consideraciones, tomadas juntas, parecen sugerir que José verdaderamente simpatizaba con Jesús, que le conmovió hasta lo más profundo de su ser al ver la manera ilegal y fanática con que las cosas sucedían, decidiendo dar abiertamente honorable sepultura al Gran Maestro. Con este propósito fue expresamente a Pilato para pedir el cuerpo y con este fin escogió su propia tumba.

El momento en que aceptamos este punto de vista sobre José de Arimatea, es preciso que aceptemos al propio tiempo una serie de ideas que resultan inseparables de él.

En primer lugar, resulta poco probable que en semejantes circunstancias José deseara trasladar el cuerpo. De haber realizado lo que dicen de él los Evangelios, se comprometió a sí mismo e incluso destruyó su posición social con la clase oficial y gobernadora. Con ese solo hecho su suerte estaba echada de manera irrevocable con el grupo de Jesús. Y difícilmente habría adoptado una postura tan valerosa y atrevida de no haber sentido un profundo amor y veneración por la persona de Jesús. Para una persona en su posición, que por fin realiza el sacrificio que había dudado en hacer durante el ministerio de Jesús, el pensar que el líder reverenciado y mártir descansaba en su propia tumba le sería un consuelo imperecedero, el único recuerdo santo que alumbrara las tristes memorias en su ancianidad. Cuanto más de cerca estudiamos esta acción de José de Arimatea, más nos da la impresión de un hombre actuando bajo un impulso interior a fin de aprovecharse de la última oportunidad para identificarse con la causa de Jesús antes de que fuera demasiado tarde. ¿Acaso estaría dispuesto a sufrir las inevitables consecuencias de su acción, el desprecio de sus antiguos asociados, la profunda hostilidad de los sacerdotes, la ignominia de declararse como seguidor del desacreditado y crucificado Profeta, para dejar esa gloria a un lado al cabo de treinta y seis horas? No creo que eso sea posible. Sicológicamente es de todo punto imposible.

Pero existe otro motivo más convincente para creer que José no fué responsable de trasladar el cuerpo. Apenas siete semanas después los discípulos se hallaban una vez más en Jerusalén afirmando con toda seguridad y convicción que Jesús había resucitado de entre los muertos. Si José hubiera trasladado el cuerpo, de modo perfectamente legítimo y (a fin de evitar una demostración popular) durante la noche, antes de que María y sus amigas llegaran al huerto, la realidad de los hechos hubiera resultado fácilmente accesible a los sacerdotes. Después de todo, sería preciso encontrar otra tumba y se necesitaban por lo menos dos o tres personas que ayudaran a llevar el cuerpo. ¿Entonces por qué, cuando toda Jerusalén bullía bajo la controversia cristiana, no dijeron sencillamente la verdad para de esa manera acallar los rumores debidos a la

desaparición del cuerpo?

Finalmente, y creo que el peso de ello es decisivo, no podemos encontrar en los documentos contemporáneos ningún rastro de una tumba o capilla que se convirtiera en centro de veneración o adoración por contener las reliquias de Jesús. Esto resulta inconcebible si en aquel entonces se afirmó que el cuerpo de Jesús estaba realmente en otro lugar que no fuese la tumba vacía. Los rumores hubieran defendidos cientos de lugares imaginarios en los que se hallasen los restos y los peregrinajes a ellos hubieran sido innumerables.

Por extraño que parezca, la única manera en que podemos explicar la ausencia de este fenómeno es la que ofrecen los Evangelios, es decir, que se conocía la tumba, que fue investigada pocas horas después del entierro y que el cuerpo había desaparecido.

2 y 3. Que las autoridades (judías o romanas) habían trasladado el cuerpo.

Es conveniente examinar juntas estas dos soluciones, ya que la situación creada por ambas no se diferencia demasiado de lo que hemos considerado hasta ahora.

Sin duda es posible, a pesar de la distancia en el tiempo, sugerir motivos por los que el cuerpo de Jesús podía haber sido oficialmente trasladado o por el poder romano o el poder judío, aunque la probabilidad esencial de semejante proceder no parece muy posible. Pilato era hombre muy testarudo, como muestra su áspera negativa a cambiar los términos de la inscripción. Indudablemente se alegraba de tener una excusa para librarse de este doloroso incidente y si un judío de peso deseaba y le era concedido el permiso necesario para hacerse cargo del cuerpo y enterrarlo ¿qué más era preciso hacer? Con el procurador en el humor que aparentemente se encontraba, hubiera sido preciso encontrar argumentos de mucho peso para hacerle cambiar su decisión incluso a instancias del poder judío.

Existe, por supuesto, una tradición muy persistente, tanto en los Evangelios como en los escritos apócrifos, que afirma que los judíos fueron a Pilato con esa petición.

Trataré del singular pero importante asunto de la guardia en un capítulo más adelante, pero el objeto de esta tradición es que los sacerdotes no pretendían que Pilato les concediera permiso para trasladar el cuerpo, sino impedir que alguien lo trasladase o lo robase. No habiendo la menor indicación o sugerencia en los primeros escritos existentes, apócrifos o no, de que los sacerdotes tuvieran la intención de cambiar el lugar del entierro, mientras que sí existen una serie de afirmaciones por medio de las cuales se ve que les preocupaba el que alguna persona no autorizada pudiera secuestrar el cuerpo.

Pero todo el supuesto caso del traslado del cuerpo se viene abajo cuando lo confrontamos con los hechos verídicos que tuvieron lugar a continuación. Puesto que si los sacerdotes hubieran instigado a Pilato a cambiar el lugar del entierro, o a que les autorizara a ellos a hacerlo, tenían que saber por fuerza el lugar último de descanso, y en ese caso no se hubieran contentado con la afirmación evidentemente insatisfactoria e irreal de que los discípulos habían robado el cuerpo, sino que hubieran adoptado la postura más consecuente de que el cuerpo había sido trasladado por motivos judiciales, siguiendo las órdenes de Pilato o por petición propia. Semejante afirmación, hecha con la autoridad del sumo sacerdote, hubiera sido decisiva. Hubiera destruido para siempre la posibilidad de que alguien hubiera asegurado con veracidad la resurrección física de Jesús, porque en última instancia, de ponerla en duda, podrían haber presentado los restos, pero lo que finalmente destruye toda teoría basada en el traslado del cuerpo es la absoluta falta de hacer aparecer el cuerpo, o el indicar una tumba, oficial o no, en la que éste se hallase.

4. *Que Jesús no murió realmente en la Cruz.*

Incluyo esta sugerencia aquí más bien por integridad que por creer que el lector realmente desee escuchar los argumentos sobre la misma. Es poco menos que una curiosidad histórica. Guiado por la inmensa fortaleza y la lógica del caso de la tumba vacía, el racionalista alemán Venturini sugirió que Cristo no murió realmente en la cruz, sino que se desmayó y que el fresco de la tumba le ayudó a

recuperarse para aparecer después a los discípulos.

Esta sugerencia, si bien intenta ofrecer una explicación racional del fenómeno posterior a la crucifixión, es sin duda la menos racional. Ignora el carácter mortal de las heridas que Jesús había recibido, las tremendas desgarraduras en las manos y los pies, la pérdida de fuerza debido a la pérdida de sangre y lo desesperado ante la falta de ayuda humana en los momentos críticos en que más la necesitaba, además de los apretados vendajes de la tumba y la pesada piedra. El intentar tan sólo pensar en lo que sucedería a una constitución desfallecida, sangrando por cinco heridas abiertas y sin atención, tumbado sobre la piedra fría de la tumba durante el mes de abril sin socorro humano de ninguna clase, es darse cuenta inmediatamente de lo irrazonable que resulta semejante argumento, pero el golpe mortal a esta teoría proviene del distinguido crítico Strauss en un pasaje digno de estudio.¹

5. *Que las mujeres cometieron un error.*

Esto nos trae a una sugerencia que solamente puede discutirse en toda su amplitud cuando hayamos estudiado, con cierto detalle, el encuentro histórico junto a la tumba, pero existen algunas consideraciones amplias y generales de esta teoría que podemos considerar de modo más conveniente aquí.

La sugerencia consiste en que cuando María Magdalena y sus amigas llegaron el domingo por la mañana al huerto la luz era aún tenue, es más, apenas estaba

1 Es imposible que un ser humano que hubiera salido del sepulcro medio muerto, arrastrándose débil y enfermo, necesitando tratamiento médico, que necesitaba ser vendado, necesitaba recuperar las fuerzas e indulgencia, y que aún se dejaba vencer por los sufrimientos, diera a los discípulos la impresión de que había conquistado a la muerte y a la tumba, siendo el Príncipe de la Vida; impresión que era la base de su ministerio posterior. Semejante resurrección solamente podría haber debilitado la impresión que El les había causado durante su vida y su muerte, dándole como mucho una voz elegíaca, pero no podría de ninguna manera haber convertido su dolor en entusiasmo, habiendo convertido su reverencia en adoración." Strauss, *New Life of Jesus*, i, 412 (tr.).

amaneciendo. Las cosas adoptan extrañas formas en la penumbra y se cree que en estas circunstancias las mujeres podían haberse confundido fácilmente al identificar la tumba. Se ha sugerido que al llegar a una tumba que se hallaba inesperadamente abierta, se encontraron con un joven, posiblemente el jardinero, que al reconocer la misión de las mujeres intentó decirles que Jesús no estaba allí. Sin embargo, las mujeres aterrorizadas al descubrir su misión, y sin esperar que el joven acabase la frase, explicando de ese modo el error de las mujeres, huyeron del huerto.

Hemos de observar que esta teoría, a pesar de su aparente racionalidad, posee una debilidad particular. Si estaba tan oscuro que las mujeres accidentalmente fueron a la tumba equivocada, resulta inverosímil que el jardinero estuviera trabajando y si era lo suficientemente tarde y había la suficiente luz como para que el jardinero estuviera trabajando, es difícil que las mujeres se equivocaran. Por eso esta teoría se basa en la sincronización de dos eventualidades muy dudosas. Esta es, sin embargo, solamente parte de la improbabilidad y dificultad intelectual que la rodea.

A fin de que veamos con la mayor claridad posible este asunto, me propongo tomar la afirmación de uno de los más capaces de sus exponentes, el profesor Kirsopp Lake, que ha desarrollado la teoría de forma más completa y lúcida en su libro, *The Resurrection of Jesus Christ*. Intentaré exponer, en lo posible, la opinión del doctor Lake en sus propias palabras, porque la sinceridad y candidez de su estilo requiere una franqueza igual en aquellos que puedan oponérsele. Esto no es un lugar para una pura dialéctica, sino que es la teoría en sí misma la que queremos estudiar y comprender.

El profesor Lake comienza, y creo que hace bien, suponiendo que la historia de la visita de las mujeres a la tumba es un auténtico fragmento de la historia. Sea cual fuere nuestra opinión en lo que se refiere a lo que sucedió más adelante, este episodio en concreto se halla profundamente encrustado en la literatura primitiva como para tratarlo de otro modo que no sea con respeto. La histo-

ria de la aventura de las mujeres se encuentra en el más antiguo de los documentos auténticos que poseemos, el Evangelio de San Marcos. San Mateo y San Lucas la repiten, y lo confirma, en lo que se refiere a la propia María Magdalena, San Juan; se encuentra, además, en el Evangelio apócrifo de San Pedro y lo que es tal vez más significativo, se encuentra en ese antiguo fragmento independiente, conservado por San Lucas en el capítulo 24, versículos 13 a 24, el viaje a Emaús.

Por lo tanto, la historicidad esencial de la visita de las mujeres no está en duda por el momento, pero el profesor Lake tiene ciertas dudas en cuanto a si la tumba a la que fueron las mujeres era la original y auténtica tumba de Cristo.

El profesor Laké expone este tema a lo largo de dos pasajes principales. En su capítulo sobre "The Facts behind the Tradition" (Los hechos tras de la tradición) dice:

Hemos de dudar seriamente que las mujeres se hallaran en posición como para estar seguras de que la tumba que visitaron fue la misma en la que vieron a José de Arimatea enterrar el cuerpo del Señor... De no ser la misma, las circunstancias parecen encajar. Las mujeres vinieron por la mañana temprano a una tumba que creían ser la misma en que habían visto enterrar al Señor. Esperaban encontrar una tumba cerrada, pero encontraron una abierta y a un joven que se hallaba a la entrada, y adivinando la intención de las mujeres, intentó decirles que se habían equivocado de lugar. "No está aquí", les dijo, "mirad el lugar en donde le pusieron", y probablemente señaló hacia la tumba próxima, pero las mujeres estaban tan asustadas al descubrirse su propósito y huyeron, sólo entendiéndolo de forma imperfecta o no entendiéndolo lo que habían oído. Solamente después, cuando supieron que el Señor había resucitado y que, según ellas, la tumba debía de estar vacía, creyeron que el joven era algo más de lo que había visto; que

no les estaba hablando sobre su error, sino anunciándoles la resurrección y que su intención era dar a las mujeres un mensaje para los discípulos.

Expone la misma idea en el siguiente pasaje de “The Narrative in Mark” (La narrativa en Marcos):

El entierro fue contemplado, probablemente desde cierta distancia, por el pequeño grupo de mujeres que había permanecido a fin de ver los últimos momentos de su Maestro. Ninguno de los otros discípulos se hallaba presente, pues se habían dispersado después del arresto de Jesús (San Pedro lo hizo poco después que los demás), y o habían vuelto a sus casas o se hallaban escondidos en Jerusalén hasta encontrar la oportunidad para huir.

Pronto todos los discípulos se encontraron una vez más en su terruño, dispuestos a regresar a su antigua forma de vida, pero para sorpresa de ellos Jesús se apareció, primero a San Pedro y después a los otros, a aquellos que vivían en Judea, así como a los galileos, y bajo la influencia de estas apariciones, cuyos detalles no se han conservado con exactitud, al fin creyeron que el Señor había resucitado y había sido exaltado a los cielos, y que ellos eran llamados a regresar a Jerusalén a seguir la obra de su Maestro.

En Jerusalén encontraron a las mujeres que habían contemplado el entierro y éstas les dijeron que la mañana del tercer día habían ido a cubrir las deficiencias del entierro dado al Señor por José, pero al llegar a la tumba, en lugar de hallarla cerrada, la hallaron abierta, y un joven las asustó diciéndoles que el Jesús que buscaban no estaba allí. De esta manera a una creencia que para esa generación significaba que la tumba estaba vacía, hay que añadir, según el testimonio de las mujeres, que la resurrección aconteció al tercer día.

He citado en particular estos fragmentos porque

parecen presentar, de manera muy clara y con las propias palabras del profesor Lake, el fundamento del caso, es decir:

1. Que es probable que las mujeres cometieran un error.
2. Que no informaron de inmediato sobre su descubrimiento, porque los discípulos no se hallaban ya en Jerusalén.
3. Que estos solamente oyeron la historia a su regreso de Galilea después de algunas semanas.

No me propongo hacer aquí un examen de aquellos puntos más sutiles en las narrativas originales que sólo podemos estudiar de modo más efectivo a la luz de una más detallada investigación que realizaremos en un capítulo posterior, pero se destacan tres consideraciones que es preciso enfatizar.

En primer lugar, la evidencia de la supuesta ausencia o inaccesibilidad de los discípulos el Domingo de Resurrección (tan vital para la interpretación del caso que ofrece el profesor Lake) me parece un tanto dudosa y precaria, ya que sólo se basa en una frase incompleta de San Marcos. En contra de esto existe una evidencia positiva de una clase más directa y demostrable. No sólo el propio San Marcos enfatiza la presencia de los discípulos¹ sino que toda la tradición sinóptica la afirma y la implica.

Si hay una cosa en la historia del evangelio que no parece admitir dudas es que, aunque el más antiguo de los relatos dice que los discípulos abandonaron a Jesús y huyeron, no todos ellos huyeron. Por lo menos uno de ellos hizo frente a los terrores de la ciudad aquella noche, llegando incluso a contemplar la escena del juicio a medianoche y ese hombre fue Pedro.

No sé lo que el lector sentirá acerca de este asunto, pero personalmente estoy más seguro de lo esencialmente histórico de esta patética historia de la caída de Pedro y su

1 “Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo”. Marcos 16.7.

arrepentimiento que de cualquier otra cosa en los Evangelios. Es uno de esos relatos suficientemente inteligibles como para haber sido extraídos de la vida real, pero que resultaría difícil de explicar como ficción. Qué posible explicación podríamos ofrecer de un relato que maldice y resulta detractorio a la reputación de uno de los principales apóstoles en el primer relato cristiano de la pasión, salvo que se tratase de un recuerdo imborrable de lo que realmente sucedió.

Por lo tanto, si Pedro se halló presente en Jerusalén el viernes por la mañana, ¿quién puede afirmar con toda seguridad que él y sus compañeros habían huido de la ciudad al domingo siguiente?

En segundo lugar, el comportamiento de las propias mujeres, según esta hipótesis, resulta superfluo y extraño. Recordemos quienes eran estas mujeres. No se trataba sencillamente de conocidas del pequeño grupo apostólico, sino de su propia familia. Salomé era la madre de dos de los discípulos, María de Cleofas, su hermana, de dos más de ellos. Es más, normalmente no residían en la ciudad, sino que habían acudido a ella a propósito para la Fiesta. Si los discípulos, como un cuerpo, se hallaban en peligro inmediato, también lo estaban las mujeres. Ellos no podían dejarlas indiferentemente a las maquinaciones de los sacerdotes o la furia de una parte de la multitud. Tendrían que hacer algo por su seguridad y por llevárselas rápidamente de la ciudad.

La interdependencia de las mujeres de los hombres compromete muy seriamente la teoría del profesor Lake en su punto más vital, pues se ve obligado a dejar a las mujeres en Jerusalén hasta el domingo por la mañana, porque cree sinceramente que fueron a la tumba. También se ve obligado a sacar a los discípulos de Jerusalén antes de la salida del sol el domingo porque afirma que las mujeres guardaron silencio. Finalmente, a fin de armonizar esto con el hecho de que finalmente relataron la historia, con todas sus consecuencias inevitables y lógicas, encuentra necesario dejar a las mujeres en Jerusalén durante varias semanas mientras que los discípulos regresaban a sus hogares, y volvían a la capital.

¿Qué se imagina el profesor Lake que estarían haciendo estas mujeres durante esas semanas, en una ciudad extraña, cuando su instinto y sus lazos domésticos las tiraba hacia el norte? ¿Se habría el profesor Lake puesto a salvo, bajo semejantes circunstancias, dejando a su esposa o su madre en una situación indudablemente peligrosa? ¡Me parece difícil creerlo! Si era seguro para las mujeres permanecer en la ciudad también lo era para los discípulos y si no era seguro para los discípulos, entonces Salomé, María de Cleofas, y sin duda la abatida madre de Jesús hubieran compartido su huida.

Pero existe una dificultad más profunda y radical que esta. Ni el profesor Lake ni el reverendo P. Gardner-Smith, que ha adoptado la misma postura con ligeras reservas, parecen darse cuenta del carácter aniquilador del caso patente que su teoría, de haber sido cierta, hubiera colocado al alcance de los sacerdotes. Caifás y sus amigos debían ser hombres muy diferentes de lo que nos imaginamos si no se dieron cuenta de inmediato que la suprema respuesta a toda la tontería de una tumba vacía sería *mostrar al jardinero*.

He aquí el hombre que podía haber hablado con una total y definitiva autoridad, cuya palabra hubiera mandado a los cuatro vientos toda la inconsecuente historia. ¿Dónde está el rastro de la controversia que indudablemente debió de seguir a una apelación tan directa y dañina a los hechos? ¿Dónde encontramos la afirmación confiada de los sacerdotes de que la tumba de Jesús no estaba vacía y que los restos descompuestos aún se hallaban en ella? No existe el menor rastro de semejante controversia o afirmación, solamente el leve eco de la acusación original, según la cual los propios discípulos habían secuestrado el cuerpo.

En realidad existen dos buenas razones por las que, como hecho histórico, ese joven nunca fue llamado como testigo por los enemigos del cristianismo. En primer lugar, como veremos, seguramente no era el jardinero, y su presencia en la cueva, bajo la tenue luz del domingo por la mañana, se debía a otras causas, pero el factor supremo y decisivo consistía en que, a lo largo de las primeras décadas del cristianismo, el vacío físico de la auténtica tumba de

Cristo no se ponía en duda, ya que los sucesos parecen haber conspirado de tal modo que semejante duda se hallara por encima de lo posible.

6. *Que las mujeres no visitaron la tumba.*

Tal vez esta sea la única teoría que realmente ofrezca una alternativa lógica a la tesis del evangelio.

Si se pudiera demostrar que nadie visitó la tumba aquel domingo por la mañana y que permaneció sin perturbar y quizás nadie pensó en ella durante meses enteros, entonces la base sobre la que las anteriores hipótesis descansan se vendría abajo. Porque si las mujeres no dijeron que la tumba estaba vacía, los sacerdotes no se verían obligados a formular una teoría y la ciudad hubiera seguido su vida normal, a excepción de la inevitable conmoción y discusión ocasionadas por un suceso tan trascendente como la crucifixión.

Sin embargo, considero que ninguna de las seis hipótesis que hemos estudiado cae en un mayor o más completo vacío intelectual que la presente. Como mostrará el resultado, la historia de lo que sucedió a continuación lo desmiente a cada paso y a cada revuelta del camino.

Capítulo 9 El quid histórico del problema

Cualquiera que se encuentre con este problema tarde o temprano tendrá que enfrentarse con un hecho que no puede ignorarse o suprimirse por medio del proceso lógico que sea. Nos mira persistentemente a la cara con certidumbre concreta e inexpugnable de la situación.

Este hecho es que, en algún momento entre el final de las treinta y seis horas y el período que podemos razonablemente situar entre seis o siete semanas después, una profunda convicción se apoderó del pequeño grupo de personas cuyo comportamiento hemos estado considerando, que Jesús había resucitado de la tumba.

La posición actual resulta extraordinaria y creo que única en la historia. No se trata de que una o dos mujeres muy emotivas, viéndose particularmente identificadas con las escenas finales de la crucifixión, tuvieran el presentimiento de que Jesús había resucitado, y se empeñaran en asegurarlo a pesar de las negativas hostiles y las medias dudas expresadas por sus amigos. Semejante noción de la situación no podría soportar la presión histórica. Es que *todo el grupo*, incluyendo a los nueve hombres que huyeron durante el arresto, y algunas personas independientes que no habían aparecido antes en la historia, estaban convencidas de que algo había sucedido, cambian-

do por completo su perspectiva, convirtiendo su aflicción en triunfo y su dolor en gozo intenso.

Si la única evidencia de este fenómeno tan extraordinario se encontrara en un solo pasaje, en los primeros capítulos de los Hechos, sería posible considerarlo como el relato un tanto exuberante de un historiador contemporáneo cuya relación con el movimiento había prejuiciado y matizado su opinión, pero eso es precisamente lo que nadie puede afirmar. Existe un testimonio más antiguo y de mayor autoridad en las epístolas de Pablo, Pedro y Santiago el Justo y la admitida red histórica de iglesias cristianas que se extendían desde Jerusalén hasta el Asia Menor pasando por las catacumbas de Roma. Sólo desde un centro intensamente caldeado por el celo ardiente podía este vasto campo de lava haber sido lanzado desde un pequeño país como Palestina a los límites del mundo romano. No podemos insistir en el estricto dominio de la causalidad en el mundo físico, negándolo al mismo tiempo en el psicológico. El fenómeno con el que nos encontramos aquí es uno de los mayores desalojamientos de sucesos en la historia del mundo y solamente se puede explicar a la luz de un impacto inicial de una tremenda fuerza y poder.

Sin embargo, el material original de donde procede esta fuerza dinámica consiste en uno que duda por costumbre como Tomás, un pescador bastante débil como Pedro, un tranquilo soñador como Juan, un recaudador de impuestos práctico como Mateo, unos cuantos hombres de mar como Andrés y Natanael, las inevitables mujeres y, como mucho, dos o tres personas más.

No pretendo menospreciar el carácter del núcleo histórico del que surgió el cristianismo, pero en serio, ¿acaso parece este grupo un tanto heterogéneo de personas sencillas, tambaleantes bajo el impacto de la crucifixión, la fuerza arrolladora que necesitamos? Francamente hemos de decir que no, y cuanto más pensamos que se desintegró bajo la crisis, menos podemos imaginárnoslo resurgiendo como ese foco fundido que consiguió esos resultados. *Sin embargo, la evidencia histórica es que así fue.* Algo se apoderó de las vidas de estas personas sencillas y corrientes, transformándolas más allá de todo lo posible, dejando

de ser el grupo desunido y esparcido que seguía a Jesús y acerca del cual hemos venido estudiando.

Lo que fue esa experiencia, si física o psicológica o ambas cosas a la vez, o algún hecho trascendental fuera de la esfera de nuestro inmediato conocimiento, es lo esencial del presente estudio.

Antes de que procedamos a una discusión más completa y detallada de este asunto, sin embargo, hay un punto que requiere nuestra particular atención. Según la historia oficial de estos acontecimientos, un documento no sólo universalmente aceptado desde los primeros tiempos, sino uno que procede de la pluma de un escritor que disponía de excepcionales facilidades como para saber lo que realmente sucedía, la primera afirmación pública respecto a la resurrección de Jesús fue hecha en Jerusalén durante la fiesta de las semanas, es decir, la fiesta inmediata a la Pascua fatal y siete semanas después de la fecha de la crucifixión.

Para empezar, ¿por qué este espacio de siete semanas? Esta es una pregunta pertinente y muy sugestiva. La fecha en que los Hechos fueron escritos por San Lucas fue por lo menos treinta o cuarenta años después de los sucesos en cuestión. Había tiempo más que de sobra para que la leyenda, de haberlo sido, adoptara su más completa y desarrollada forma. Muchos de los testigos oculares habían fallecido y existía un gran abismo entre los años de los que aún quedaban y los propios sucesos. La historia que habrían de relatar en el 65 d.C. habría de ser o la verdad literal, que lógicamente sería inexpugnable, o un desarrollo tal de la misma que convenciera al máximo la mente contemporánea. Por ello la historia no se haría *menos convincente* al pasar el tiempo, sino que más bien perdería sus más débiles e incongruentes elementos, a fin de librarse de sus características más absurdas e inconvenientes.

Visto, sin embargo, desde el punto de vista de la pura leyenda este período de siete semanas es una característica inconveniente, un anacronismo de primera clase, que no ayuda en nada a que pudieran creer la historia de los apóstoles, haciéndola desconcertante. Resulta una innece-

saría e incomprensible piedra de tropiezo a la fe, dejando la puerta abierta a las más tremendas sospechas. Las gentes dirían: Si Jesús se levantó de entre los muertos el Domingo de Resurrección y se apareció a sus discípulos ¿por qué ellos no lo proclamaron inmediatamente a los cuatro vientos? ¿Por qué esperar siete semanas, hasta que la gente hubiera comenzado a olvidar la gran tragedia y, de repente, lanzar las nuevas al mundo?

Resulta difícil imaginar una versión que contenga un suceso de tanta importancia como la resurrección y que, al mismo tiempo, hubiera en ella un elemento de duda tan fértil. De haber sido el relato pura invención no beneficia en mucho a sus originadores. ¿Podemos dudar de que una leyenda totalmente sin trabas, contada una y otra vez muchos años después del suceso, habría evitado totalmente una base tan inapropiadamente débil, habiéndolo anunciado públicamente, con una nota triunfante, el mismo día de la resurrección cuando ésta fue descubierta?

¿Cómo debemos, pues, considerar este curioso espacio de siete semanas entre el suceso mismo y su afirmación pública por primera vez? En mi opinión sólo existe una respuesta satisfactoria, es decir, que aquí no se trata de una leyenda o una historia, sino de un hecho consumado. El que relata una historia puede amoldar los incidentes según su propósito, pero el que relata datos biográficos debe quedarse con lo que la vida le ofrece.

Me imagino que la mayoría de mis lectores se habrán encontrado alguna vez sobre una antigua carretera, una carretera que ha suplido las necesidades de la humanidad durante varios siglos, y se han preguntado por qué al llegar a un lugar determinado la carretera se curva de repente para evitar, al parecer, *nada*. No parece existir motivo alguno por el que no podría haber seguido recta hasta llegar a su fin y la curva no acorta la distancia, sino que más bien la alarga. No hace más fácil la pendiente, sino que a veces la hace más pronunciada. ¿Por qué esta incomprensible curva o recodo cuando hubiera sido mucho más fácil seguir de frente?

Siempre que surge una situación semejante, si volviéramos atrás lo suficiente en la historia de ese lugar,

hallaríamos que la explicación se encuentra en algún coto o mojón desaparecido, algún espacio cerrado, o algún derecho establecido que la gente común, que hizo la carretera, no podía disputar. La carretera tiene curvas y recodos porque existía algo muy real que debía de evitar.

Me da la impresión de que algo similar sucede con el problema que estamos estudiando. Hubiera sido muy fácil muchos años después del suceso, cuando Jerusalén se hallaba en ruinas y los lugares históricos se habían perdido por completo en los escombros del cataclismo final, haber inventado una historia de la resurrección en la cual el extraño elemento de la demora de las siete semanas se hallara totalmente ausente. Dada la aceptación inicial del hecho de la resurrección, hubiera resultado más convincente a oídos de los extraños si se hubiera anunciado el momento en que la descubrieron. En esos momentos nadie podría haberlo discutido de manera efectiva y hubiera parecido el resultado necesario y lógico de un suceso tan destacado y sorprendente.

Pero nos estamos olvidando de los que originalmente hicieron la carretera. El relato de la resurrección, que fue enseñado y predicado por todo el mundo antiguo durante los primeros cuarenta años de la era cristiana, no fue contado o creado por extraños, sino por el grupo original de seguidores de Jesús, no esperando a que transcurrieran dos o tres décadas antes de ofrecer su versión al mundo. Sino que comenzaron su campaña organizada a los dos meses del suceso. Al cabo de las tres décadas la mayoría de ellos habían muerto violentamente por su adhesión a este mismo relato.

Por ello, está claro que desde el principio el espacio de las siete semanas, con todas las desconcertantes excusas y oportunidades que ofrece al escéptico, era una parte integrante de lo que los cristianos relataron sobre el suceso. Contaron la historia de esas siete semanas, porque era la única historia que los que se ajustaban a la verdad podían relatar, ya que era el modo en que había acontecido. En otras palabras, era un hecho de la historia.

En cuanto nos damos cuenta de esto vemos que la fecha suprema y vital de la gran declaración cristiana,

públicamente hecha en Jerusalén, no pudo haber sido otra que la de la fiesta de las semanas en el año de la crucifixión, exactamente la fecha indicada en los Hechos y la única fecha que la tradición cristiana ha asociado con el suceso.

Estudiemos ahora la manera en que se nos dice que fue hecha esta importantísima declaración. Jerusalén pasaba por una de esas fases periódicas de ferviente actividad emocional. Era una vez más el tiempo de la fiesta, y aunque es posible que no hubiera la misma aglomeración que durante la pascua, la ciudad estaba llena de visitantes y peregrinos. Con la presencia de tantas personas cuyo único objetivo y ocupación era la observancia de la fiesta, las estrechas calles y bazares de la vieja Jerusalén se hallarían inevitablemente animados y el sentimiento religioso sería álgido.

Ahora bien, según los Hechos fue durante este período que el suceso que estamos estudiando tuvo lugar, y los detalles que nos han sido transmitidos llevan la marca de la verdad profundamente arriagada. Debemos imaginarnos a un grupo de unos doce o catorce hombres y posiblemente media docena de mujeres, que salen de pronto de una de las casas en Jerusalén en un estado de gran agitación emocional. Debemos pensar también en la multitud que rápidamente les rodearía, algunos de ellos burlándose abiertamente y acusando al grupo central de haber bebido demasiado y otros se mostrarían ansiosos por enterarse de lo que sucedía. Podemos imaginarnos a Pedro el pescador situado sobre alguna altura, posiblemente los escalones de la casa, dando una explicación pública.

Evidentemente la primera declaración pública de la experiencia cristiana debió de ser hecha de modo similar, pero sigamos ahora el posible curso de los sucesos. Siempre que la creencia de que Jesús había resucitado se conservara en privado, contándola una y otra vez a los íntimos a puerta cerrada, la situación externa en Jerusalén habría permanecido sin alterar, pero en cuanto la afirmación de los discípulos circuló de manera pública y muy en serio, es evidente que dos cosas resultaban inevitables.

En primer lugar, era inevitable una acalorada contro-

versia entre los partidarios del nuevo movimiento y aquellos que se oponían a él. No se trataba de una sencilla diferencia de opiniones en cuanto a una cuestión religiosa de poca importancia, sino que suponían un gran escándalo público. Si lo que los discípulos decían era cierto, entonces el grupo de los sacerdotes que habían insistido y conseguido destruir a Jesús habían traicionado al pueblo y eran culpables de una de las más atroces ofensas ante Dios. Si no era verdad, y el asunto era sólo invención y mentira, debía ser inmediatamente destruido y evitado por principios morales; no era posible adoptar una postura media. O se estaba a favor del nuevo movimiento o violentamente en su contra.

En segundo lugar, por muy ansiosas que estuvieran las autoridades por olvidar el peligroso asunto de su política en contra de Jesús, no podían ignorar la campaña de predicación contra su culpa moral bajo sus propias narices y en el recinto del templo. Los sucesos resultarían demasiado poderosos para ellos y se verían obligados a adoptar alguna medida represiva en defensa propia. El no haberlo hecho así hubiera sido abrogar su propia posición y convenir por medio de su silencio.

Vemos claramente por el testimonio de los Hechos que durante los cuatro años que la comunidad cristiana creció a pasos agigantados antes de la primera gran persecución bajo Saulo de Tarso, se dieron estas dos condiciones. Los principales apóstoles fueron arrestados por lo menos una vez y hasta es posible que dos veces. La primera ocasión fue evidentemente en relación con algún problema sobre el hombre paralítico, pero principalmente a causa de su enseñanza sobre Jesús. Esto lo vemos con toda claridad por el hecho de que, tan pronto como los soltaron, les imprecaron “que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús”. Fue el primer intento inútil por parte de la autoridad por tomar las riendas de lo que estaba destinado a invadir y destruir el huerto de su paz.

Pero al propio tiempo que los dirigentes judíos realizaban esta acción un tanto indecisa, y quizás explicándolo, está el hecho indiscutible de que el cristianismo

ganaba partidarios de una manera prodigiosa. El movimiento se extendía más allá de lo que era razonable esperar. No me parece problema serio si el lector está dispuesto o no a aceptar literalmente lo que dice San Lucas en cuanto a que tres mil personas abrazaron la nueva fe el primer día. La terrible persecución de Saulo, a modo de inquisición, en lugares tan distantes como Damasco, muestra que cuatro años después había crecido en proporciones verdaderamente alarmantes. Si la comunidad que Saulo trató de derribar solamente la formaban tres mil almas, significaba que cada día se convertían tres personas (incluyendo el día de reposo) durante cuatro años. Este es un crecimiento sorprendente para una doctrina tan revolucionaria en los confines de la propia Jerusalén, y la cifra de tres mil almas es casi con toda seguridad apreciada por lo baja.

Ahora bien, el asunto que el lector debe considerar muy seriamente es si era posible que esta extendida discusión y conflicto de ideas, incluyendo como es lógico la afirmación de que Jesús había resucitado, podía haberse llevado a cabo con éxito de haber existido la presencia física de los restos de Jesús. Este es un punto concreto al cual tendremos que volver repetidamente, pues resulta vital y fundamental para que comprendamos el caso.

Como es natural, es principalmente asunto de la evidencia y es un hecho digno de atención el que las indicaciones que tenemos apunten decididamente en dirección contraria. Consideremos, primero, una circunstancia a la que ya aludimos brevemente en un capítulo anterior, pero que en estos momentos aparece más destacada. Me refiero a que ninguna señal indica que la tumba de Jesús se convirtiera en objeto de interés para sus contemporáneos, durante las semanas y los años críticos que siguieron a la crucifixión.

Resulta imposible leer los datos sobre este período sin sentirse profundamente impresionado por la forma en que, tanto para los amigos como los enemigos, la tumba de Jesús se sume en el más tremendo olvido. Al parecer durante los años siguientes nadie acudió al huerto de José, y mirando la cueva tras la roca, habría dicho: “Este es el lugar donde el Señor fue enterrado”. No parece que se

realizara ninguna investigación hostil a fin de mostrar que los restos martirizados del gran Maestro se encontraban aún depositados en el mismo lugar que días, semanas o meses atrás fueron colocados. Y lo que es más sorprendente todavía, ninguna persona que pretendiera tener un conocimiento íntimo y particular parece haber dicho: “No, no fue aquí donde lo enterraron, sino allí”. En lugar de estas consecuencias totalmente naturales tras un suceso tan extraordinario, nos encontramos con esta aparente y fría indiferencia. Desde el momento en que las mujeres regresan del huerto, la tumba de Jesús pasa, desde el punto de vista histórico, al olvido total.

Esto resulta totalmente extraordinario. Comoquiera que lo veamos, es un hecho formidable y vale la pena examinarlo. Después de todo, el número de personas en Jerusalén que conocieron íntimamente a Jesús durante su vida y que podían ser víctimas de una especie de ilusión en lo que a su muerte se refiere, era bastante reducido e inconsiderable. Si pensamos que debieron ser unas treinta probablemente no andamos muy errados. Este reducido grupo se hallaba esparcido entre un gran número de peregrinos de las provincias y países distantes, siendo en total unos cientos de miles. Sería fácil de imaginar que de entre esta gran y variada multitud no pocos de ellos hubieran considerado el asunto de la tumba un factor decisivo, que hubiera surgido la controversia y que el asunto se hubiera discutido acaloradamente por ambos bandos.

Pero no existe el menor rastro de semejante controversia. El suponer que la tumba estaba vacía parecía una suposición universal. Y la única controversia de la que tenemos noticia, y fue sin duda bastante acalorada, es sobre el fastidioso asunto de si los discípulos habían secuestrado el cuerpo en secreto. Este, como digo, es un hecho formidable. Sugiere que algo había sucedido ya para que el hecho de la tumba vacía fuera conocido, colocándolo fuera del alcance de toda discusión o argumento.

Pero no es sólo el olvido de la tumba lo que nos llama tanto la atención. Existe el hecho curioso y a la vez contrario de que no se puede negar el que estuviera vacía

sin crear una intolerable posición desde el punto de vista razonable y lógico.

Consideremos, desde el punto de vista negativo y extremadamente radical, la posición de Jerusalén a las pocas semanas. El grupo de Jesús había regresado a la capital después de una incierta estadía en la distante Galilea. Puede que hubieran transcurrido tres semanas, pero quizás hubieran sido seis o siete. El tiempo exacto resulta poco importante, porque en cualquiera de los casos las profundas pasiones engendradas por la crucifixión sin duda habían desaparecido. Durante el período de su ausencia los miembros individuales del grupo han pasado por una experiencia que ha cambiado radicalmente su perspectiva. Meditando continuamente en los sucesos de los dos años anteriores, y en especial en algunos de los oscuros dichos de Jesús que entonces no entendieron, están convencidos de que Jesús ha resucitado y ha sido “exaltado”, según lo expresan ellos, “a la mano derecha de Dios”. Esta creencia se ha visto profundamente intensificada por algunas experiencias de uno o más miembros del grupo, convencidos de que el Jesús resucitado se les ha aparecido con las marcas de su pasión en su cuerpo. Estas experiencias las comunican a los demás, que ya se hallan en disposición de creer, y al poco tiempo todo el grupo, los hombres así como las mujeres, se dirigen a Jerusalén a fin de proclamar la verdad de que Jesús era, verdaderamente, el Mesías.

(He tratado de presentar el caso radical justa y equitativamente. Si el lector siente que hasta el momento carece de convicción, dejemos que él lo fortalezca. Y se encontrará con la gran dificultad de expresar el caso con más vigor en lo que a la probabilidad psicológica se refiere.)

Resultaría un tremendo error imaginar que la conversión de los discípulos justificaría el repentino y rápido aumento del cristianismo, pues la prueba crucial aún está por venir.

Es preciso que traigamos a este grupo de personas convencidas pero (según la hipótesis) realmente engañadas, al centro de la ciudad donde se encuentra la inconveniente e inamovible tumba, donde las personas han ido y venido,

realizando sus tareas diarias, durante semanas, creyendo que la tumba nunca ha sido tocada, y que han aceptado el golpe filosófico oficial como representación final del propósito de Dios. Y debemos imaginarnos a este grupo dispuesto a convertir a esta gran y variada comunidad a su propia opinión y creencia.

En primer lugar y lo que es más destacado, este formidable intento de evangelizar tenía por fuerza que adoptar y apelar no a las emociones, sino al intelecto. Los judíos eran personas muy lógicas, y sólo es preciso leer el discurso de Esteban, el de Pablo desde los escalones de la fortaleza y el resto de los dichos en los Hechos para darnos cuenta de que invariablemente los dirigentes cristianos tenían que apelar a la mente y al juicio de los que les escuchaban. Como veremos más adelante, la controversia engendrada por la declaración de los discípulos era apasionadamente intelectual y durante meses se debatió en las sinagogas donde las pretensiones de los cristianos eran seriamente estudiadas.

Si pudiéramos imaginarnos que todo esto sucedía en lugares como Capernaum o Tiberias, o cualquier ciudad alejada de la escena del juicio y la crucifixión, sería posible pensar que quizás tuviera cierto éxito. Un grupo de personas verdaderamente convencidas por un lado, sin poseer los medios adecuados para demostrar y obtener los datos exactos, hubiera obtenido una serie de conversos, aunque el hecho de que la iglesia los pudiera haber albergado es otro asunto.

Pero la historia determina que esta controversia debía tener lugar en *Jerusalén* donde las ilusiones no podían prevalecer, donde cualquier persona podía ir a ver la tumba entre la hora de la cena y la hora de acostarse, y donde existían un número sobrecogedor de testigos oficiales, autoritativos y conclusivos. Y a pesar de ello, es precisamente en este centro de realismo sólido y conservador donde, según San Lucas, se hicieron no menos de tres mil convertidos en un día, aumentando poco después a los cinco mil.

¿Cuál fue el factor determinante en esta continua erosión del cuerpo judío que en unos pocos años se

convirtió en algo tan serio y extendido que Saulo de Tarso se sintió empujado a organizar una tremenda campaña de supresión en su contra? ¿De dónde procedía el impulso que convencía a una persona razonable tras otra de que los cristianos tenían razón y los sacerdotes estaban equivocados? ¿Podrían haber prosperado los discípulos si además de la negativa de los sacerdotes y las dudas y titubeos del pueblo, la propia tumba hubiera pronunciado un silencioso e impenetrable ¡No!?

Pero existe otro aspecto de este asunto que no debemos de pasar por alto. Me refiero a cómo es que los discípulos mismos llegaron a creer en algo tan sorprendente.

Hemos avanzado más bien suponiendo que podemos atribuir cualquier cosa a los discípulos siempre y cuando ello explique, aunque sea superficialmente, su comportamiento, pero para el estudiante que haga de la mente humana materia de su competencia no hay problema más intrincado y confuso que éste. Conocemos a estos once hombres mejor que a cualquier otro grupo de personas de la antigüedad. Sus caracteres se hallan claramente escritos en las narrativas, y Jesús mismo los había escogido, no habiendo mejor juez de las cualidades mentales y espirituales que El.

Durantes las primeras etapas de nuestra reconstrucción rechazamos la sugerencia de que los discípulos robaran el cuerpo de Jesús, basándonos en que ello era algo repugnante y muy lejos de sus cualidades morales y tampoco encajaba con sus mentes poco imaginativas, pero se presentan dificultades no menos insuperables cuando tratamos de imaginarnoslos víctimas, sin excepción, de una total ilusión. El curtido pescador Pedro y su hermano Andrés, el Tomás siempre lleno de dudas, el endurecido recaudador de impuestos, Mateo, el un tanto insulso Felipe, tremendamente leal, pero un poco lento de ideas, no encajan muy bien en las condiciones que se precisan para que se produzca una alucinación colectiva e imperturbable. Y si no es al mismo tiempo colectiva e imperturbable de nada nos sirve. Los terrores y las persecuciones posteriores con que estos hombres se tendrían que

enfrentar y con las que de hecho se enfrentaron sin parpadear, no admiten de una adhesión secreta a medias, llena de dudas. La creencia ha de ser incondicional y de una vitalidad inquebrantable para satisfacer las condiciones. Además, tarde o temprano, si esta creencia había de extenderse tendría que abrirse camino en la conciencia corporativa por medio de argumentos convincentes y de pruebas.

Ahora bien, lo extraño de este fenómeno es que, no sólo se extendió a cada uno de los miembros del grupo de Jesús, de lo que tenemos prueba, sino que lo trajeron a Jerusalén y lo llevaron con increíble audacia al centro más intelectual de Judea, en contra de los más capacitados dialécticos de entonces, afrontando cualquier impedimento que una brillante y bien organizada camarilla podía concebir. Y *ganaron*. Veinte años después la afirmación de estos campesinos galileos había trastornado a la iglesia judía y dejado huella en cada ciudad del litoral oriental del Mediterráneo desde Cesarea a Troas. En poco menos de cincuenta años comenzaba a amenazar la paz del Imperio Romano.

Una vez dicho todo cuanto podíamos decir sobre el deseo de cierta clase de personas por creer lo que quieren creer, dejándose llevar por las emociones, y asegurando como hecho lo que originalmente han oído como rumor, nos tenemos que enfrentar con el mayor de los misterios ¿por qué ganó?

La iglesia cristiana atrajo su creciente número no de los visitantes ocasionales a las fiestas, sino de la población que residía en Jerusalén. Tenemos que explicar no sólo el número entusiasta de sus amigos, sino la parálisis de sus enemigos y el creciente número de convertidos que venían a ella. Cuando recordamos lo que algunos personajes de alta alcurnia en Jerusalén hubieran dado por sofocar este movimiento en su comienzo, pero no pudieron hacerlo, cómo se adoptó un desesperado recurso tras otro por silenciar a los apóstoles, hasta ese arco de Ulises, la gran persecución, probado y roto en pedazos en sus manos, comenzamos a darnos cuenta que detrás de todos estos subterfugios y expedientes se hallaba un necho silencioso,

un hecho al que nadie podía contestar y al cual la geografía y la misma fatalidad habían convertido en inamovible. También nos damos cuenta de por qué a lo largo de esos cuatro años, durante los cuales el cristianismo creció en proporción realmente formidable en Jerusalén, ni Caifás, ni Anás, ni ningún miembro reconocido de la camarilla saducea, cuyo prestigio y reputación personal se veían tan profundamente ultrajada y afrentada por la nueva doctrina, se atrevió a tomar el camino más corto para librarse de la dificultad.

Si el cuerpo de Jesús se encontraba todavía en la tumba donde José lo había depositado ¿por qué no lo dijeron así? El haber expuesto, con frialdad y sin pasión, los auténticos hechos en el recinto del templo, hubiera sido como una ducha de agua fría que hubiera apagado el fuego de los rumores cristianos. Hubiera calmado la situación a favor y hubiera impedido en gran manera, si no destruido, el diario crecimiento de los nuevos conversos.

Al parecer no hicieron nada semejante sencillamente porque no podían. En todos los fragmentos y repercusiones de esta rebuscada controversia, que ha llegado hasta nosotros, no se nos dice en ningún lugar que ninguna persona responsable asegurara que el cuerpo de Jesús se hallara aún en la tumba. Sólo se nos dan los motivos por los cuales no estaba allí. Por todos estos antiguos documentos persiste la sugerencia de que la tumba de Cristo estaba vacía.

¿Podemos huir ante esta evidencia cumulativa y mutuamente corroborativa? Personalmente no lo creo posible. La serie de coincidencias resulta demasiado poderosa. Cuando recordamos el cambio de los discípulos, virando del pánico a una certeza absoluta, el asunto singular del transcurso de las siete semanas, la cantidad de convertidos en Jerusalén que rápidamente se unieron a ellos, la extraña ausencia del vigor administrativo por parte de las autoridades y el continuo crecimiento de la iglesia, tanto en autoridad como en poder, hasta que la situación se encendió bajo los frenéticos esfuerzos de supresión hechos por Saulo, nos damos cuenta de que nos hallamos en presencia de algo mucho más tangible que la repercu-

sión psicológica del sueño de un pescador.

La misma tumba vacía debió ser el testigo final e incontestable y ninguno de los dos bandos podía librarse de ella. Por la misma ironía del destino, los discípulos se vieron entregados a realizar su campaña a poca distancia del lugar en que, si su disputa era falsa, se hallaban los restos de su gran jefe. La cuestión práctica podía establecerse por una serie de testigos de primera mano, de inmediato. Si lo que las mujeres habían dicho era cierto, y los restos de Jesús no se hallaban ya en la tumba, sería igualmente fácil demostrar ese hecho como lo había sido para las mujeres hacer el descubrimiento original siete semanas antes. Ni siquiera José sellaría de modo permanente una cámara vacía que tenía la intención de usar.

De este modo, siguiendo un argumento diferente, hemos regresado al mismo punto de partida. Por muy sorprendente y desconcertante que pueda parecer a primera vista, la evidencia de la exactitud esencial en la historia de las mujeres resulta aplastante en su consecuencia y su fuerza. Es la clase de evidencia que impresiona por su callada discreción, señalando continuamente en una misma dirección. Sin embargo, como veremos, la dirección permanece sin alterar cuando ponemos a prueba la misma situación histórica bajo otro criterio superior, el testimonio personal de algunas personas que tienen pleno derecho de ser escuchadas y cuya autoridad no puede ser negada.

Capítulo 10

La evidencia del pescador principal

Existen tres hombres en particular cuyo testimonio sobre este asunto, de poder obtenerlo, sería terminante y conclusivo. El primero de ellos es Pedro el pescador, que dirigió el ataque sobre Jerusalén, y que fue durante varios años dirigente incontrovertible del movimiento. El segundo es el hermano del Prisionero, Santiago el justo, que por algún motivo extraordinario echó su suerte con los cristianos y que finalmente pereció por la causa. El tercero de ellos es un tal Saulo de Tarso, que respaldado por el poder absoluto del estado, intentó aplastar el movimiento para ser finalmente absorbido por el mismo.

De esta manera estos tres hombres se hallaron bajo la fascinación de las experiencias del cristianismo posteriores a la crucifixión. Cada uno de ellos sufrió la última pena a causa de sus convicciones según era costumbre en esa edad bárbara: Santiago en la misma Jerusalén, Pedro y Saulo en Roma. Si nos fuera posible enterarnos de lo que cada uno de estos destacados principales del Cristianismo creía y enseñaba acerca de la resurrección, muchos puntos oscuros de nuestro estudio quedarían aclarados. Comencemos por estudiar el caso de Pedro.

Cuando levantamos el velo, y descubrimos al grupo unido de Jesús en Jerusalén, el hombre que encontramos

en una posición de indudable liderazgo y autoridad no es el hombre que, desde el punto de vista psicológico, hubiéramos esperado hallar. No es el amigo íntimo de Jesús y discípulo en el cual confiaba, es decir, Juan. Tampoco es el práctico Mateo, ni el ferviente idealista Natanael. Es un cierto pescador llamado Simón, que más adelante recibiría el nombre de Pedro.

Afortunadamente la historia temprana de este tempestuoso pescador nos es más familiar que la de ningún otro miembro del grupo y muchos de los hechos que de él se relatan son de naturaleza tal que un mero adulator no lo hubiera escrito y muchos menos *inventado*. Sobresalen de la narrativa por su propia torpeza y su fidelidad a la verdad.

Tomemos por ejemplo el modo en que Jesús lo reprimió seriamente cuando se hallaban cerca de Cesarea de Filipo: “¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios”. Esta no es la clase de recuerdo que beneficiaría la reputación de ningún hombre, particularmente al aparecer en un documento casi oficial, leído domingo tras domingo en gran número de las iglesias cristianas. Solamente puede existir un motivo inteligible por el cual ha sido incluido y aceptado: formaba parte histórica de la gama de las extrañas experiencias por las que pasaron los discípulos durante el gran ministerio y, por ello, debía de permanecer.

O tomemos ese otro episodio aún más conocido, que la fiera luz de la publicidad ha repetido a lo largo de los siglos: el que Pedro negara a Jesús en el patio del palacio del sumo sacerdote. Este episodio corresponde inconfundiblemente a los recuerdos históricos de esos días lejanos. Qué posible explicación podemos idear para que esta humillante historia apareciera en un documento reconocidamente a favor del cristianismo, que llevaba el nombre del amigo e intérprete de Pedro, sino el perfectamente natural y consecuente, es decir, que se trataba de la verdad desnuda y absoluta. Si precisáramos de evidencia para probar la veracidad prevaleciente de la iglesia primitiva aquí la hallamos en su forma más convincente.

Por lo tanto, si nos vemos obligados a aceptar estos

episodios menos heroicos en la vida de Pedro como algo directamente tomado de la realidad, nos hallamos sin duda sobre una base histórica firme cuando aceptamos ciertos detalles en el evangelio como muestra de una gran verdad y fidelidad del hombre mismo. En general encontramos que se trata de un hombre cariñoso, que probablemente tenía una manera de ser un tanto ruda, pero que poseía un corazón cálido y leal, un tanto impulsivo, que se deja llevar rápidamente por la ira, pero que al mismo tiempo está dispuesto a ver y admitir sus equivocaciones. La ventaja de una persona así es que es particularmente susceptible a los razonamientos y una vez pasada la primera emoción se puede razonar con él.

Era, al mismo tiempo, pescador por profesión, con la simplicidad de carácter típica del campesino galileo y en el evangelio no hallamos el menor rastro de ninguna especial sutileza o inteligencia intelectual. Los dilemas dialécticos por medio de los cuales Cristo volvía sobre los fariseos algunos de sus razonamientos probablemente resultaban menos evidentes para Pedro que para algunos de sus compañeros. Parece haber sido el guía y el que llevaba la voz cantante en el grupo, debido en parte a su antigüedad, pero en especial por su valor humano. Era un hombre transparente, sincero y celoso, completamente libre de todo prejuicio. Es este hombre a nombre de todo el grupo de seguidores originales el que, con el evidente consentimiento del resto, dio la gran nueva de que Jesús había resucitado en la tumba. Se dice que ocurrió en Jerusalén a las pocas semanas de la crucifixión y con una seguridad en su forma de expresarse digna de estudio.

En lo que se refiere al testimonio del propio Lucas lógicamente no puede haber duda en cuanto al propósito de las enseñanzas de Pedro. El lenguaje que se le atribuye en la memorable ocasión en que hizo su primera declaración histórica a la multitud congregada el día de Pentecostés es extraordinariamente claro y preciso. Además, existe una cualidad un tanto primitiva en cuanto a la fraseología, en su forma de expresarse, que indica claramente que pertenecía a una época anterior de su fe que la que prevalecía cuando el historiador la escribió. Las

palabras exactas son dignas de consideración:

Varones judíos, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras. Porque éstos no están ebrios, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día . . . Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por determinado consejo y anticipado consejo de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole . . . a este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.

Nótese lo significativo de las palabras: "*Jesús nazareno, varón aprobado por Dios*". Mucho antes de que los Hechos fueran escritos, la comunidad cristiana había dejado de hablar de Jesús en ese modo. Se había convertido en objeto de veneración y hasta de adoración, por lo que esta forma de expresarse indica que pertenece a una época anterior, delata la clase de ambiente que hubiéramos esperado a las siete u ocho semanas de la crucifixión.

Pero cuando nos encontramos con las referencias sobre la resurrección vemos también en ellas una nota antigua y contemporánea:

A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.

La frase es directa e inmediata y encaja con lo que ha sucedido recientemente, ya no se aplicaría a un suceso que había acontecido hacía mucho tiempo. Además, se repite, con un lenguaje similar, en tres ocasiones en los primeros capítulos de los Hechos.

Si sucede, como han sugerido algunos críticos, que estos discursos son realmente relatos independientes del mismo suceso, vemos que la forma de expresarlo es

altamente significativa. Sugiere que nos hallamos ante una transcripción, recordada con toda claridad, del discurso de Pedro. Aquellas versiones que difieren bastante en los detalles, pero que de repente parecen estar fundamentalmente de acuerdo en lo que se refiere a esta frase son dignas como evidencia.

De este modo, el testimonio de los Hechos, escrito como es natural muchos años después del suceso, es explícito en que Pedro, el pescador, que era entonces la figura dominante del movimiento, enseñó la resurrección de Jesús en lo que, teniendo en cuenta el contexto, sólo podemos considerar el más amplio sentido físico. Evidentemente en esto gozaba del apoyo y la unidad del pequeño grupo en cuyo nombre hablaba.

Pero existe realmente una evidencia mucho más poderosa y convincente encerrada en este antiguo relato, que posee mucho más valor que las palabras del propio Pedro. Consiste en algo, que según Lucas, Pedro *no* dijo.

Recordaremos que, según la teoría del doctor Lake, en lo que se refiere a estos acontecimientos, las mujeres que fueron a la tumba muy temprano cuando amanecía el domingo, no hablaron de inmediato sobre su descubrimiento, porque se suponía que los discípulos se hallaban o escondidos o ya habían huido a Galilea. Se había sugerido que permanecieron en Jerusalén durante todo ese período mientras el resto del grupo pasaba por esta extraña experiencia en Galilea y que no fue sino hasta varias semanas después, cuando volvieron en grupo a Jerusalén, cuando salió a la luz la aventura de las mujeres.

Todo el mundo estará de acuerdo en que, si bien las mujeres tuvieron que guardar silencio en principio por la supuesta ausencia o huida de los discípulos, ese silencio debió romperse de inmediato tan pronto como los dos grupos se encontraron. No es posible imaginarnos, de modo razonable, a Pedro y todo el grupo apostólico regresando a Jerusalén totalmente convencidos de haber visto a Jesús sin que las mujeres contaran de inmediato su aventura junto a la tumba, ya que ambas experiencias se complementan y, lo que es más, el testimonio de las mujeres, al aparecer como un hecho nuevo y hasta el momento desconocido,

parecería la prueba indubitable de la realidad de su propia experiencia. No solamente fortalecería la convicción de los discípulos, sino que obraría como una poderosa palanca para la conversión de otros. Debemos, por lo tanto, esperar que Pedro destaque con claridad esta sorprendente confirmación de lo que afirmaban los discípulos en el discurso que hace desde los escalones de la casa. Estaba anunciando a una multitud incrédula algo que resultaba increíble, ansioso de convertir a las gentes a su propia fe. Según Lucas, estas mismas mujeres se hallaban probablemente alrededor de Pedro cuando dio su discurso, pero a pesar de ello no hay ni una sola palabra sobre ellas o su descubrimiento. Y en los dos discursos que Pedro dio posteriormente, ambos en los Hechos, se manifiesta la misma omisión, lo cual es sorprendente.

Es posible explicar este hecho, por lo menos superficialmente, diciendo que Pedro no sabía nada acerca de la visita de las mujeres a la tumba. De ser eso cierto, tendríamos que considerar que las mujeres nunca fueron a la tumba. Si María de Cleofas, Salomé y Juana no habían relatado a sus más íntimas amistades y familiares, tras siete semanas de ausencia, el episodio más importante y sorprendente de aquel trágico fin de semana a los pocos minutos de reunirse con ellos, sería porque no tenían nada que contar y esa extraña y conmovedora historia humana no sería más que una invención palpable y sin fundamento de días posteriores. Pero podemos buscar en los Hechos, de cabo a rabo, sin encontrar la menor insinuación de que el relato de las mujeres emergiera de algo secreto. Ni siquiera las primeras epístolas reflejan la más mínima controversia y, desde el momento en que estas mujeres aparecen por última vez en las páginas de la historia desaparecen, como la tumba vacía, sin dejar rastro, a excepción del recuerdo inolvidable de su aventura, profundamente arraigado en cada documento y en cada escrito valorado por la iglesia.

¿Cómo es posible explicar este extraño silencio pasando por las primeras epístolas hasta la primera proclamación de la fe en el día de Pentecostés? Existe una explicación suficientemente sólida como para contener los diferentes aspectos de esta compleja situación. Se basa en

la simple suposición de que los Evangelios tienen razón, y que un secreto de tan amplio alcance en sus consecuencias no podría haber permanecido como tal durante siete semanas en el corazón de tres o cuatro mujeres.

Para cuando llegó la noche del Domingo de Resurrección los hechos esenciales debían conocerse en Jerusalén, no solamente por aquellos que ocupaban posiciones destacadas, sino como rumor por toda la ciudad. Algunos hombres que se dirigían a un pueblo lejano aquella noche evidentemente conocían suficientes detalles como para haber dicho: “Nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las que antes del día fueron al sepulcro”. No cabe duda de que a las veinticuatro horas la historia debía de ser del conocimiento público y a una explicación se añadía otra y una acusación era atacada con otra acusación. Y por encima de todos esos altercados vulgares flotaría la siniestra sugerencia de que: “los discípulos se habían robado el cuerpo”.

Si podemos dar esto por sentado, es fácil comprender por qué siete semanas después, bajo la iniciativa de los propios discípulos, todo el asunto de la resurrección se convirtió en el punto céntrico de una gran controversia nacional y política, y ningún destacado dirigente cristiano consideraría necesario sacar a relucir la evidencia de las mujeres.

La razón de este significativo silencio parece clara. *El hecho físico, al cual sólo las mujeres podían atestiguar, no necesitaba de prueba o argumento.* Era un hecho bien conocido, y lo había sido durante las siete últimas semanas. Si esta noche se incendiara la catedral de San Pablo, el hecho de que el policía de guardia en Cheapside fuera el primero en descubrir el siniestro, sería asunto de cierto interés, e indudablemente aparecería en cualquier historia posterior; pero nadie soñaría, dos meses después, en llamar al policía para demostrar que el gran edificio histórico había sido destruido.

De hecho, si un historiador del futuro, inquiriendo en los descoloridos volúmenes del periódico *The Times*, averiguara que siete semanas después de la fecha normalmente considerada como la de la tragedia, un eminente

hombre público citara el testimonio del policía como evidencia de la catástrofe, despertaría las más graves dudas en lo que a la realidad del suceso se refiere.

Por lo tanto, si hemos de considerar los discursos en los Hechos o las omisiones más significativas, llegamos a la conclusión de que el testimonio de Pedro el pescador referente al hecho de que la tumba se hallaba físicamente vacía está por encima de toda duda; pero aún hemos de tener en cuenta otro testimonio independiente. Pues muy por encima de todo esto se halla el testimonio sólido y muy impresionante de San Marcos.

Estoy totalmente de acuerdo con todo lo que el doctor Lake dice en ese cuidadosamente estudiado capítulo sobre el carácter primitivo y esencialmente fidedigno de San Marcos. Desde el punto de vista histórico es único, se destaca como una gran roca sobre la superficie del mar, azotada por la marea entrante antes que la costa de la literatura puramente cristiana sea alcanzada, invadiendo el litoral con su impresionante sombra, dividiendo a las aguas que fluyen hacia ella.

Que este antiguo e incondicional documento se halla relacionado de una forma especial con las enseñanzas de Pedro ha sido una tradición de la iglesia desde los albores del cristianismo y pocos lo discutirán; posee, por ello, la simple disposición de su mente franca y objetiva, aunque tal vez le falte esa finura que una pluma más literaria y culta le podría haber impreso. Es singularmente sinóptico, desigual y recuerda dichos y memorias desconectadas.

Jesús mismo dijo en una ocasión: “Escudriñad las Escrituras, porque dan testimonio de mí”. Así que este tosco y viejo pescador podría levantarse de la tumba, según se lo ha imaginado el señor Chesterton de todos los grandes heresiarcas, diciendo: “Escudriñad a Marcos, pues allí hallareis la esencia de mi enseñanza”.

Si este es el caso, cualquier duda sobre lo que Pedro enseñó y creyó debe quedar a un lado, porque en el mismo corazón de este primitivo y antiguo documento, que algunos han dicho que contenía un pasaje tan sincero y dañino a la iglesia que fue destruido a propósito y se perdió para siempre, se halla ese maravilloso y conmovedor

pasaje, tan claro como un paisaje alumbrado por la luna, pero frío y objetivo como el amanecer:

Cuando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas, para ir a ungirle. Y muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, ya salido el sol.

Capítulo 11

La evidencia del hermano del prisionero

Con una sola excepción, sobre la cual trataré más adelante, no hay nada en toda esta extraña historia que me impresione tanto como el papel representado por ese hombre conocido por la iglesia primitiva como Santiago, el hermano del señor o también como Santiago el justo.

Para nuestro conocimiento de este hombre no dependemos enteramente de fuentes favorables a la fe cristiana. Al igual que Pilato y otras destacadas personalidades de los principios de la era cristiana, es mencionado por Josefo, escritor bien conocido por su desprecio de todo el movimiento. Además, Hegesipo da algunos detalles independientes, como padre de la historia de la iglesia, en algunos fragmentos preservados por Eusebio.

Sería conveniente que volviéramos atrás, comenzando por el famoso párrafo en el que Josefo describe su muerte. El pasaje de Josefo es como sigue:

Festo estaba muerto y Albino se hallaba de camino, así que él (Ananías, el sumo sacerdote) reunió al Sanedrín de los jueces y trajo ante ellos al hermano de Jesús, llamado el Cristo, cuyo nombre era Santiago y a algunos otros; y cuando hubo formulado la acusación contra ellos como quienes

han transgredido la ley, los entregó para ser apedreados.

El año en que sucedió esto fue el 62 d.C., cuando los sucesos iban encaminados a esa insurrección fatal que traería a Tito y sus ejércitos a las murallas de Jerusalén. El pasaje, a pesar de su brevedad nos dice dos cosas claramente. Primero, que Santiago era bien conocido como el “hermano de Jesús”. Segundo, que sufrió el martirio por causa de su adhesión al movimiento. De este modo, vemos que los dos hechos más significativos los garantiza nada menos que la autoridad del propio Josefo.

La primera fecha que nos llama la atención al volver la vista atrás sobre el período de la vida de este hombre es el de aproximadamente cinco años antes, 57 d.C. Pablo visitaba Jerusalén en lo que habría de ser su última vez. Había navegado con Lucas y posiblemente algunos otros desde Troas a Cesarea, donde recogió a Nasón, de Chipre, viajando desde allí a la gran ciudad. San Lucas nos relata la historia en toda su plenitud en el capítulo 21 de los Hechos, pues fue testigo ocular y este es uno de los pasajes en que habla en plural. A lo largo del capítulo encontramos este pasaje:

Quando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con gozo. Y al día siguiente Pablo entró con nosotros a ver a Jacobo, y se hallaban reunidos todos los ancianos; a los cuales, después de haberles saludado, les contó una por una las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por su ministerio.

La frase “entró con nosotros a ver a Jacobo, y se hallaban reunidos todos los ancianos” confirma lo que ya sabíamos según otras fuentes, es decir, que en esos momentos Santiago era la máxima figura del movimiento cristiano en Jerusalén, habiendo alcanzado la jefatura de la iglesia madre. Su autoridad era de largo alcance y de suma importancia. Es a él, como representante del cristianismo en la misma cuna de su comienzo, a quien Pablo fue para informarle de su misión.

La impresión obtenida se confirma y enriquece con nuevos detalles cuando volvemos atrás otros siete años, al 50 d.C. En estos momentos tenemos el cuadro más claro que es posible obtener de Santiago. Era la ocasión del famoso Concilio de Jerusalén, llamado a considerar y decidir sobre el asunto de política de mayor importancia que el joven movimiento debía afrontar. La campaña a los gentiles, tan enérgicamente realizada por Pablo y otros, teniendo como centro a Antioquía de Siria, estaba avanzando, y a pasos agigantados en algunas direcciones, pero los extraños ritos judíos, impuestos por la ley mosaica, y en especial el de la circuncisión, era una tremenda piedra de tropiezo a muchos convertidos extranjeros.

Fue a fin de quitar de en medio esta piedra de tropiezo que una delegación, consistiendo de Pablo y Bernabé, fue enviada desde la comunidad de Antioquía a Jerusalén, siendo recibidos con todo afecto y estima, y una vez que Pedro hubo hablado a favor del punto de vista de los visitantes, vemos que Santiago les concede lo que podríamos llamar el voto presidencial.

Varones hermanos, oídme: Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre. Y con esto concuerdan las palabras de los profetas . . . Por lo cual yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios, sino que se les escriba que se aparten de las contaminaciones de los ídolos, de fornicación, de ahogado y de sangre. Porque Moisés desde tiempos antiguos tiene en cada ciudad quien lo predique en las sinagogas, donde es leído cada día de reposo. Entonces pareció bien a los apóstoles y a los ancianos, con toda la iglesia, elegir de entre ellos varones y enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé.

Es preciso volver atrás otros seis años, al 44 d.C. para leer la próxima referencia importante sobre Santiago. Esta surgió de la segunda vez que Pedro estuvo encarcelado. La

joven comunidad atravesaba días oscuros y peligrosos. Pedro, como portavoz del grupo, siempre se hallaba en algún peligro personal y por segunda vez fue arrestado y echado en la cárcel. Por algún medio, normalmente atribuido a la intervención sobrenatural, escapó o fue libertado durante la noche. Dándose cuenta evidentemente de que resultaría peligroso, tanto para él como para sus amigos, presentarse abiertamente, se llegó discretamente a la casa de Juan Marcos.

Como, una vez que Pedro llamó, los que se hallaban en el interior se sintieron demasiado atemorizados para responder hasta que la muchacha llamada Rhode reconoció la voz de Pedro, es una historia que todos los lectores de los Hechos conocen bien, pero la frase que realmente importa para nuestro fin se encuentra en el mensaje que Pedro dejó antes de desaparecer de nuevo, envuelto en la noche:

Haced saber esto a Jacobo y a los hermanos.

Sin duda Santiago, en ausencia del propio Pedro, era la figura predominante y el dirigente por designar del grupo.

Existe aún otra referencia anterior y muy conocida en que se menciona a Santiago por nombre, esta vez en un documento totalmente independiente, la epístola escrita por Pablo desde Antioquía. El suceso a que se refiere aconteció en el 36 d.C.

Después pasados tres años, subía a Jerusalén para ver a Pedro y permanecí con él quince días; pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor.

De este modo, ya a partir del año 36 este hombre, Santiago, es figura destacada en la comunidad primitiva, compartiendo con Pedro (y también con Juan) el liderazgo del grupo (Gá. 2:9).

¿Cómo sucedió que este hombre, cuya frialdad e incluso hostilidad hacia Cristo durante su ministerio se

halla claramente escrita en los primeros documentos, cuya enseñanza y simpatía le hacía inclinarse por el parecer de los sacerdotes, se encuentra en el círculo interno y en los concilios de los cristianos? Yo hago esa pregunta no con el propósito de apuntarme un tanto, sino porque el hecho de por sí es tan sorprendente y es, a la vez, como un reto. Hubiéramos esperado encontrarnos a Santiago en cualquier parte menos en el errado círculo de los nazarenos.

Es fácil entender que San Lucas y los escritores de los otros Evangelios, teniendo ante la vista la fidelidad manifiesta de Santiago, hayan suavizado muchas de las historias que se refieren a la hostilidad de los hermanos de Jesús. Ninguna persona bien dispuesta y amigable se dedica a sacar a la luz los trapos sucios cuando las heridas aún se están curando, pero el antiguo Evangelio de Marcos no nos permite dudar de la existencia de esta hostilidad y existen ciertos dichos notables entre lo que Cristo dijo que debieron dar pie a los mismos.

El testimonio de San Marcos respecto a este asunto es definitivo y circunstancial. Aparentemente cuando Jesús surgió de las tinieblas a la luz de su testimonio público José ya había fallecido, ya que no se nos dice nada sobre él, pero la madre de Jesús y “sus hermanos” aparecen en escena de vez en cuando. Si existiera la menor traza que evidenciara un auténtico lazo de simpatía entre estos hermanos y el genio revolucionario de Cristo, si hubiera tan sólo la más mínima indicación de una adoración hacia el héroe, cosa que frecuentemente sucede en las familias cuando se trata de las cualidades sobresalientes y los brillantes hechos del hermano mayor, podríamos comprender, hasta cierto punto, lo que sucedió en años posteriores.

Pero de esto no existe el más mínimo rastro. La evidencia que existe está totalmente en su contra. Hay dos pasajes en el capítulo tres de San Marcos que es preciso leer juntos a fin de comprender su significado, porque ambos forman parte de un mismo episodio:

1. Y se agolpó de nuevo la gente, de modo que ellos ni aun podían comer pan. Cuando lo oyeron los suyos, vinieron para prenderle; porque

decía: Está fuera de sí.

2. *Vienen después sus hermanos y su madre, y quedándose afuera, enviaron llamarle. Y la gente que estaba sentada alrededor de él le dijo: Tu madre y tus hermanos están afuera y te buscan. El les respondió diciendo: ¿quién es mi madre y mis hermanos?*

Si leemos este capítulo con cuidado, parece evidente que los “suyos” mencionados en la cita anterior, eran sus *familiares* y que el único propósito que tuvieron al ir a la casa fue el de llevarse a Jesús. La explicación que dan es que, según ellos, Jesús “estaba fuera de sí”, o, como diríamos hoy, Jesús estaba un poco loco.

Que este era el significado de San Marcos creo que es algo evidente y el estudiado y desdeñoso desprecio de Cristo así lo indica:

Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

Esta no es, sin embargo, la única ocasión en que aparece una marcada frialdad y antipatía entre Jesús y su familia. Tres capítulos más adelante Marcos ofrece una recolección histórica de un incidente imborrable en la vida personal de Jesús. Tarde o temprano, durante sus viajes misioneros en Galilea, Jesús habría de llegar a Nazaret. Cuando llegó y predicó en la sinagoga, fue abiertamente desacreditado.

Y llegado el día de reposo, comenzó a enseñar en la sinagoga; y muchos, oyéndole, se admiraban y decían: ¿De dónde tiene éste estas cosas? ¿Y qué sabiduría es esta que le es dada, y estos milagros que por sus manos son hechos? ¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de

José, de Judas y de Simón? ¿No está también aquí con nosotros sus hermanas? Y se escandalizaban de él.

La respuesta que Jesús ofreció en esta ocasión se ha hecho famosa por todo el mundo:

No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y *entre sus parientes* y en su casa.

Las palabras que he marcado en bastardilla son especiales, pues solamente *ocurren en San Marcos*. ¿Por qué suavizó San Mateo este pasaje omitiendo por completo estas palabras? ¿Por qué San Lucas omite incluso la referencia a Su casa? San Lucas normalmente tiene motivos para sus correcciones literarias y ¿acaso no sería la razón más posible que el reverenciado y profundamente respetado Santiago estuviera aún vivo o que su recuerdo fuera aún demasiado reciente como para atacar innecesariamente su anterior incredulidad?

¿Qué opina el lector de todo esto? ¿Qué hubo en la muerte de Jesús para atraer a un grupo de gente tan diferente a seguir el camino de la persecución, las humillaciones y con frecuencia la muerte por la tortura? ¿Por qué tantas personas normales pero diferentes, poco después de la gran tragedia, cambian de opinión, sintiéndose convencidos de que Jesús había resucitado de la tumba?

Sería fácil inventar motivos por los que un hombre acá y una mujer allá podían haber caído bajo el hechizo de esta extraordinaria ilusión, pero el caso actual es diferente. En todo este extraño asunto de la conversión cumulativa de mentes tan variadas y opuestas, existe un sentido de algo que se oculta en el fondo, algún hecho silencioso, al cual no es posible hallar respuesta, que no tolera el menor reto o duda mental.

He expuesto el caso de este hombre, Santiago, no porque fuera una figura central o incluso necesaria al argumento, sino, en un sentido, por no serlo. El milagro de la conversión de los discípulos seguiría siendo un milagro, aunque no tuviéramos la menor sugerencia respecto a la

actitud de Santiago, que se hallaba fuera del círculo original de los apóstoles y sus amigos. Podía haber albergado pocas, si es que algunas, ilusiones en lo que a su propio hermano se refería. Se halla lo suficientemente apartado como para ser un testigo imparcial y, al mismo tiempo, tan cerca de Cristo que, de haber podido los sacerdotes haberse ganado su lealtad, su influencia por sí sola habría bastado para cambiar el aspecto de la historia, pero no lo lograron y al final lo mataron.

Se dice que los cristianos inscribieron en su monumento las palabras: “Ha sido un testigo leal tanto a judíos como a griegos de que Jesús es el Cristo”. Teniendo en consideración quién era, casi podemos decir que su testimonio fue único. Y lo hubiera sido de no haberse visto su *experiencia eclipsada por ese testigo más hostil todavía*, que procedía de Tarso y cuyo nombre fue Saulo.

Capítulo 12

La evidencia del hombre de Tarso

Resulta casi imposible imaginar nada más afortunado, desde el punto de vista puramente histórico que, justamente en el momento en que el cristianismo mensuraba a sus adversarios, apareció por casualidad en Jerusalén un joven que, a juzgar por nuestro criterio actual, podía afirmar que era un observador muy competente y casi imparcial.

El nombre de ese joven era Saulo. Era un hebreo que había recibido una esmerada educación, profundamente celoso en el cumplimiento de sus obligaciones religiosas, pero con una mente amplia debido al contacto con una vida más liberal y el pensamiento especulativo del mundo grecorromano. Estaba familiarizado al menos con algunos de los escritos de Aratos, de Epiménides y de Menandro, como demuestran sus discursos posteriores. Y procedía de Tarso en Cilicia. Esto acontecía hacia el año 34 d.C.

El hecho que trataremos principalmente en este capítulo es que este joven, que venía con cierta falta de experiencia para afrontar el problema, comenzó por ser la figura más destacada de un lado de la controversia y acabó por ser también la figura más destacada del otro lado. Intentó suprimir el movimiento por la fuerza, pero se vio el mismo suprimido y asimilado por el movimiento.

Así que a la larga lista de extraordinarias conversio-

nes, la conversión de Pedro, Mateo y Felipe, de las mujeres Salomé, María y Juana, del hostil Santiago, de Matías, de Barsabás y el resto, tenemos que añadir la de este nuevo e independiente observador. Estoy seguro que cualquier estudiante que examine con seriedad el problema estará de acuerdo en que éste es un fenómeno que no podemos evadir o del cual no nos podemos apartar, por lo que debemos de afrontarlo. Debemos enterarnos de qué es lo que al principio hizo que este joven, Saulo, se pusiera con tal vehemencia del lado de los sacerdotes, y lo que significa la transformación intelectual que lo hizo ponerse en su contra.

Por ello propongo, en primer lugar, examinar con cuidado la situación que debía prevalecer en Jerusalén cuando Saulo apareció en escena y el corto período inmediatamente posterior.

No cabe duda de que cuando Saulo de Tarso apareció por primera vez como protagonista en el asunto, hacía bastante tiempo que existía una controversia pública. El movimiento había crecido de su núcleo original de diecinueve o veinte personas a un grupo más numeroso que requería siete diáconos que supervisaran los servicios diarios. Y la única manera en que este crecimiento pudo haber acontecido era por medio de la propaganda directa, es decir, por medio de la enseñanza y las discusiones públicas y privadas.

Hubiera sido innecesario hablar de un hecho tan evidente de no ser porque el doctor Kirsopp Lake, en una frase de amplia circulación, ha prestado su nombre a lo que parece ser una completa negativa a este caso. El pasaje en cuestión es el siguiente:

Mateo y el Evangelio de Pedro nos ofrecen una valiosa sugerencia en cuanto a que la tumba vacía, y el énfasis que se colocó sobre ella, se discutió en un período posterior, en relación con la controversia entre judíos y cristianos. Que esta controversia no pertenece a un período anterior es psicológicamente cierto. *Al principio los judíos no estaban preparados para discutir y se limitaban a*

perseguir. Y sólo más adelante, cuando el cristianismo se había arraigado, pudieron comenzar los argumentos y la controversia. (Página 195.)

Si hemos de tomar literalmente estas palabras, sólo pueden significar que en ningún momento, según opina el doctor Lake, discutieron “los judíos” con los cristianos antes de la gran persecución del año 35; que de alguna manera incomprensible el movimiento se extendió, sin argumento o disputa de ninguna clase, hasta que su carácter formidable llamó la atención de las autoridades y trajo consigo las represalias que eran de esperar.

Esto es, desde luego, totalmente absurdo, en efecto es algo tan contrario a la evidencia que no puedo creer que el doctor Lake realmente tenga la intención de sugerirlo. Lo que él quiere decir, o por lo menos eso me parece, es que los gobernantes, por su elevada posición, no consintieron en ser ellos mismos los que discutieran y argumentaran con los cristianos.

En esto se limitaban a seguir la tradición de su clase y repetían las tácticas que emplearon en contra de Jesús. A lo largo de la interminable lucha con Jesús estos saduceos de elevada posición, los hombres que realmente controlaban la situación, no aparecieron. Dejaron que sus subordinados, los escribas y los fariseos, discutieran y trataran de liar al Gran Maestro. Sólo a la postre, cuando su enemigo por excelencia se hallaba finalmente bajo su poder, Anás con su yerno, Caifás, y los otros miembros de esta próspera familia de saduceos, se quitaron la máscara y actuaron abiertamente.

Así sucedía, pues, con la historia posterior del movimiento. De vez en cuando encontramos al sumo sacerdote y sus asociados realizando un acto oficial, tales como el arresto sumario y la interrogación de Pedro y Juan, pero en general permanecen en el trasfondo. Siempre ha sido la máxima de los gobiernos y las personas oficiales el evitar ponerse al alcance de sus adversarios haciendo como que ignoran los inconvenientes minorías hasta que se ven obligados por el curso de los acontecimientos a hacer lo contrario.

Si bien puede que sea cierto que los altos representantes de la jerarquía judía “no discutían con los cristianos”, es evidente que ello no es cierto del resto de los judíos, y que no podía serlo. Prácticamente cada uno de los convertidos a la fe, durante los cinco primeros años, era judío y no era posible que existiera un movimiento que crecía a razón de unos dieciocho o veinte nuevos reclutas cada semana, durante cinco años, sin que se produjera un fermento de ideas tanto en discusiones privadas como públicas. Y es precisamente en el carácter de esos argumentos donde reside el auténtico interés de nuestro relato.

Si alguien se detiene a pensar y razonar cómo es que este pequeño cuerpo de personas que seguían a Jesús pudo crecer, durante cuatro o cinco años, adquiriendo las dimensiones necesarias para justificar la severidad de la gran persecución, se sentirá más y más extrañado por un hecho: el hecho de que todo esto aconteciera a una distancia sorprendentemente corta de donde se hallaba la tumba de José. Y sea lo que fuere lo que le sucedió al propio José, esta tumba resultaba inamovible. Por lo tanto, si los críticos negativos tenían razón, nos encontraríamos con la irónica situación de que a lo largo del período en que los discípulos hacían convertidos a diario en gran número, la impugnación irrefutable de su principal disputa residía a unos dos mil metros de la escena de la controversia, y en la mismísima tumba en que todo el mundo sabía que había sido depositado la tarde de la crucifixión.

Esta hubiera sido, en realidad, una situación fácil de comprender de haber adoptado los discípulos una línea de acción bien diferente a la que adoptaron. Si reflexionamos por un momento nos daremos cuenta de que se podían decir muchas cosas acerca de Cristo durante las semanas críticas que siguieron a la crucifixión sin suscitar, ni siquiera remotamente, la condición de la tumba. Se podría afirmar que fue un gran hombre, un buen hombre, cuya violenta muerte en el momento más destacado fue una calamidad nacional e incluso una deshonra nacional. Se podría alegar que la sublime enseñanza del Sermón del

Monte, y de las parábolas, lo colocaban como el más grande de la lista de los profetas nacidos en Israel. Se podría afirmar incluso, aun a riesgo de la propia libertad, que todo el proceso fue un asesinato deliberado y una horrible ofensa a los ojos de Dios.

Podemos imaginarnos que cualquiera de estas afirmaciones fueron causa de discusión en las reuniones privadas o semipúblicas de Jerusalén, según la emotiva costumbre judía, muy acaloradas y volubles, y a continuación, por así decirlo, olvidando el asunto y marchándose cada uno a su casa sin pensar en la cámara silenciosa en la gruta de José. Pero no podemos, ni por un momento, imaginarnos estas reuniones en el mismo centro de la ciudad, para celebrar y proclamar la *resurrección* de Jesús sin que la mente de cada uno de los lectores vuelva de inmediato al asunto vital de la tumba.

De manera muy sutil, pero decisiva, la condición de la tumba se convertiría en el árbitro final del asunto. O contenía los restos de Jesús o no los contenía. Si *no* los contenía, una cosa es segura y es que San Pablo debía estar al corriente de este hecho tan sorprendente. Debía saberlo desde el principio, a lo largo de todo el tiempo de sus disputas con los cristianos y la gran persecución debió de realizarse a pesar de todo.

Difícilmente podemos imaginarnos a un grupo de personas que va por toda Jerusalén declarando abiertamente que Jesús había resucitado cuando al mismo tiempo existía el fenómeno de la tumba vacía, sin que las dos circunstancias estuvieran amplia y públicamente relacionadas. Las autoridades podían pretender ignorar la afirmación de los discípulos, pero el hecho de que el cuerpo de un prisionero político de primera clase hubiera desaparecido bajo circunstancias misteriosas no podría, bajo ninguna circunstancia, ser un hecho desconocido para ellos. Y si las autoridades lo sabían. Pablo tenía que saberlo a la fuerza.

Por lo tanto, si el relato de Marcos es veraz, Saulo de Tarso debía estar bien informado sobre los hechos, no sólo desde el punto de vista oficial, en lo que se refiere al supuesto rapto del cuerpo, sino por medio de las disputas

en la sinagoga contando también con la interpretación de los cristianos, pero a estas alturas nos preocupa en especial la suposición contraria de que el relato de Marcos no fuera verdad.

Se nos pide que nos imaginemos que a lo largo de todo el período durante el cual Saulo desafiaba al grupo cristiano a la primera y más grande de sus luchas, y desde luego durante muchos años después, el cuerpo de Jesús permanecía en la tumba de José. Se desprende que, tres años más tarde, cuando regresó a Jerusalén un hombre convertido, todavía se hallaba allí, y que Saulo lo sabía. Debemos imaginarnos a Saulo pasando un par de semanas en el centro cristiano charlando especialmente con Pedro y Santiago acerca de la doctrina para la cual la suerte del cuerpo nada significaba. La leyenda de la aventura de las mujeres (en cuyo caso sería una creación ficticia de una época secundaria) aún no había tomado cuerpo. La honradez de estos hombres es intachable, pues les esperaba una labor suficientemente grande sin complicarla con falsedades directas o maravillas imaginarias. Su problema consistía en cómo predicar su mensaje único al mundo. Por lo tanto, nos los debemos imaginar discutiendo seriamente la política y los planes y recuerdos a seguir aun a sabiendas de que el cuerpo del Gran Maestro se hallaba aún en la tumba.

¿Fue ésta la situación histórica? Me atrevo a sugerir que no fue así y que nada puede hacer que encaje para estar en línea con los hechos. Considérese, en primer lugar, el hecho altamente significativo de que ni en los Hechos, ni en las epístolas misioneras ni en ningún documento apócrifo de la primera era, existe mención alguna de nadie que fuera a rendir tributo al sepulcro de Jesucristo. Es sorprendente ese silencio ininterrumpido acerca del lugar que más sagrado es para la memoria del cristianismo. ¿No habría ninguna mujer, para la cual el Maestro fuera un recuerdo sagrado, que deseara pasar unos momentos en ese lugar sagrado? ¿Acaso no sentirían Pedro, Juan y Andrés la necesidad de hallar un santuario que albergara los restos mortales del Gran Maestro? ¿Acaso, recordando Saulo su primera arrogancia y seguridad en sí mismo, no desearía

hacer una sola visita a fin de derramar lágrimas de arrepentimiento por haber negado el Nombre? Si estas personas sabían que el Señor estaba enterrado allí todo eso es sumamente extraño.

Pensamos a continuación en la singular cuestión de los documentos. El testimonio se halla curiosamente invertido, colocado en dirección equivocada. Si el cristianismo comenzó proclamando la resurrección de Jesús, y progresó por lentas etapas de acrecentamiento legendario a la creencia en la vacuidad física de la tumba, los documentos más antiguos y primitivos debían ser los menos enfáticos. La clara luz de su normalidad original debía brillar a través de su lenguaje primitivo y arcaico, pero no es así. Son precisamente los documentos de Mateo y Marcos los que, por consentimiento universal, más se aproximan a los orígenes perdidos, destacando con mayor claridad su perfil, y describiendo la tumba vacía con mayor objetividad.

Considérese también el hecho infinitamente confuso de que por lo menos tras dos de los Evangelios sinópticos existe una relación histórica imperturbable entre los probables autores y San Pablo. El hombre que escribió el capítulo 24 de San Lucas pasó muchas semanas en compañía del gran apóstol siendo más que un compañero, más bien un amigo. En sus últimos años San Pablo escribió el inmortal tributo a su fidelidad: "Sólo Lucas está conmigo".

El hombre que escribió los primeros ocho versículos del capítulo 16 de San Marcos fue probablemente, y según aseguran los mejores eruditos actuales, el propio Juan Marcos, un joven que se peleó con el Apóstol, pero que vivió para ganarse una vez más su afecto y su consideración. ¿Tenían estos dos hombres una doctrina secreta, opuesta a la del venerable dirigente al que seguían y admiraban?

De este modo, mucho antes de que lleguemos a las epístolas misioneras, la hipótesis produce graves dudas, pero cuando vamos a las epístolas del propio San Pablo y las leemos en el único modo en que es justo leerlas, aceptando las palabras en su sencillez y sentido evidente, el

último vestigio de duda en cuanto a lo que Pablo creía acerca de la resurrección desaparece.

Veamos, por ejemplo, esta referencia aislada y casi hecha entre paréntesis de la Epístola a los Gálatas:

Pablo, apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre *que lo resucitó de los muertos*).

O incluso de una epístola anterior como es la de los Tesalonicenses:

Os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y *esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera.*

O ésta de la célebre introducción a la lista de testigos en el capítulo 15 de 1 Corintios:

Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y *que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras.*

O una vez más esta referencia en el mismo y brillante capítulo:

Si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos?

Resulta difícil leer estos pasajes, bien en su contexto o fuera de él, sin sentir que los pensamientos del escritor se hallan bien lejos de esa simple supervivencia espiritual, pero existe un párrafo gráfico, en ese mismo capítulo, que sin duda aclara el asunto.

Lo mismo que un gran número de sus compañeros en la fe, San Pablo creía que Jesús de Nazaret volvería en su

gloria a la tierra, y no cabe duda de que esperaba que así sucediese durante su vida. No es preciso que nos adentremos en las dificultades que semejante concepto presenta a la mente actual, porque no viene al caso. Era una creencia de gran número de personas durante los primeros cincuenta años de la era cristiana y Pablo lo compartía.

Ahora bien, existía un asunto práctico relacionado con esta creencia. Algunos de los creyentes habían fallecido, pero otros aún estaban vivos. ¿Cómo se iba a solucionar esa situación al regreso de Cristo? San Pablo responde a la pregunta con gran sinceridad.

He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados.

Es imposible tomar este pasaje en el sentido evidente en que lo expresa el escritor, sin reconocer que tras él existe un concepto definitivo de la *transmutación* del cuerpo físico a un cuerpo glorificado y espiritual. Era verdaderamente cierto y Pablo lo veía con toda claridad, que la “carne y la sangre no pueden heredar el reino”. Algo tenía que suceder, tanto a los muertos como a los vivos, a fin de prepararlos para una vida en la esfera trascendental. En el caso de los muertos, San Pablo comprendió que ese cambio o transmutación habría de suceder en el momento de la resurrección, pero que se imaginara que el cuerpo idéntico había de sufrir ese mismo cambio es indiscutible. “Se siembra (el cuerpo) en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual”. En otro lugar afina aún más para ofrecernos este punto de modo concreto en Romanos al decir que “vivificará también vuestros cuerpos mortales”.

Por tanto, todo lo que sabemos acerca de San Pablo concuerda perfectamente con la creencia de que él creía que la tumba de Cristo se hallaba vacía aquel Domingo de Resurrección por la mañana. Ninguna de las cosas que sabemos acerca de Pablo apoyan la sugerencia de que supiera que la tumba no había sido tocada.

Sin embargo, no encuentro que ningún escritor moderno haya reconocido y sacado a la luz la importante relación que el fenómeno histórico de la tumba debió tener sobre la *conversión* de San Pablo.

Cualquiera que dedique un momento al tema se dará cuenta de que una conversión tan completa e intelectual como la de Pablo no pudo acontecer sencillamente como una conformidad parcial a un aspecto del caso de los discípulos, sino en una satisfacción fundamental de la verdad en su totalidad. Sin embargo, se han escrito volúmenes enteros acerca de la psicología de la conversión como si se tratara de un tema que se pudiera discutir sin tomar en cuenta lo que Saulo pensaba acerca del problema de la tumba. Este problema era el mismísimo centro de la controversia y resultaba claramente imposible que Saulo hubiera llegado a sentir una extrema y violenta antipatía hacia la fe de los cristianos sin tener su propia opinión sobre el asunto.

Ahora bien, si las conclusiones de nuestro estudio actual se justifican, el hecho es que la tumba estaba vacía ese domingo por la mañana. Me atrevo a afirmar, por tanto, que cuando Saulo aparece en escena nadie dudaba este hecho y nunca lo habían dudado, pero era tema de una amarga diferencia de opiniones entre los bandos opuestos. Los cristianos aseguraban que el cuerpo había resucitado y los dirigentes judíos declaraban que el cuerpo había sido robado.

No debemos pasar por alto, sin embargo, que Pablo formó parte de la disputa como partidario de los sacerdotes, debiendo compartir su conocimiento del hecho y seguramente adoptando el punto de vista de ellos. Si el lector trata de colocarse en el lugar de Saulo verá cuán difícil resulta para una mente lógica oponerse a los cristianos sin adoptar una opinión más siniestra acerca de

la tumba vacía. Todo el asunto parecería “una conjura”. Difícilmente podía evitar llegar a la conclusión de que, incluso aunque los discípulos no lo hubieran planeado, por lo menos *sabían que el cuerpo había sido secuestrado y escondido*. Esto cambiaba el asunto por completo, pasando de la esfera de la discusión legítima al campo de la mentira y la falsedad deliberadas, requiriendo una sola cosa, su absoluta y despiadada exterminación llevada a cabo por la fuerza, por todo el poder del estado.

De este modo comenzó la gran persecución, de la cual el arresto y apedreamiento de Esteban fueron el primer acto público. No cabe la menor duda de que la serenidad casi sobrehumana con la que Esteban afrontó su muerte dejó una profunda huella sobre la mente de Pablo, como debió de suceder a muchos otros. Pero no se puede anular la crueldad del ataque, sino que se intensificó. Los lugares de reunión de los cristianos eran sistemáticamente atacados y los hombres y las mujeres eran echados brutalmente en las prisiones del estado en espera del juicio sumario al que muchas veces seguía la muerte. Otros escapaban a pueblos lejanos, viéndose perseguidos por el mismo odio implacable y el mismo poder universal, haciéndose extremadamente peligroso afirmar o admitir adhesión a la causa del Nazareno.

Fue cuando las cosas se hallaban en esta situación que le llegaron noticias a Saulo, indudablemente procedentes de los dirigentes de la sinagoga ortodoxa en Damasco, de que las cosas no andaban bien en la ciudad. La herejía ya había echado profundas raíces y cada día se fortalecía con la llegada de nuevos fugitivos. Saulo no podía soportar la idea o permanecer pasivo mientras quedara el más mínimo vestigio de la conspiración sin castigar. De manera que buscó y obtuvo del poder judío en Jerusalén cartas de autoridad a las sinagogas dependientes. Juntando un grupo pequeño de partidarios, salió de la ciudad para realizar el viaje más importante de toda su vida.

Seis días después, al llegar la polvorienta procesión cerca de Damasco, algo sucedió, algo que habría de ejercer un profundo efecto, con tremedas consecuencias, en la historia del mundo. No hay motivo para suponer que los

que acompañaban a Saulo vieran más luz que la que producía el resplandor del sol del mediodía, y cuando recogieron a Pablo este era un hombre temporalmente cegado. Se nos dice que lo condujeron de la mano la corta distancia que los separaba de la ciudad. Era un extraño final a una aventura tan valiente y determinada, pero no veo que podamos dudar su historicidad. No es posible que San Lucas obtuviera estos detalles tan circunstanciales de nadie más que del propio Pablo.

¿Cómo es posible explicar que este incidente tuviera las consecuencias históricas que tuvo? ¿Por qué un hombre de raza tan recia, teniendo tal mente sana y categoría viril, se veía repentinamente desarraigado de sus preciadas creencias y arrastrado por el viento, como la hojarasca, al campo dogmático de sus más odiados enemigos?

No son los efectos inmediatos de su conversión lo que nos preocupa, aunque estos son realmente notables, sino ¿cómo es que esta nueva orientación de sus creencias sobrevivió a los tres años de solitaria comunión en Arabia y los nueve años de paciente espera en Tarso, así como las tremendas persecuciones y sufrimientos de las grandes misiones? ¿Por qué uno de los más grandes intelectuales de todos los tiempos pasó de repente de un extremo dogmático al otro?

No sabemos, y seguramente nunca sabremos, lo que Saulo experimentó en el camino a Damasco. Hay muchas maneras en las que la realidad invisible se da a conocer y se deja sentir al alma sensible de un hombre. Los mismos hechos que convirtieron a Saulo fueron los que modificaron el comportamiento de Pedro, de Matías y de Santiago el justo, pero, por curioso que parezca, le acontecieron en un orden inverso.

Los discípulos comenzaron con el confuso y desconcertante hecho de la tumba vacía. Fue una de las sorpresas físicas de esa memorable mañana. Existen motivos para creer que las autoridades los buscaban activamente por esa causa y que se reunieron a puertas cerradas.

Pero en el caso de San Pablo la situación resulta extrañamente diferente, ya que él llegó al extraño fenóme-

no desde el lado contrario. Pablo se hallaba empapado en el punto de vista de los sacerdotes y para él los discípulos, al igual que su Maestro, eran unos engañadores, que blasfemaban contra Dios, y autores de una herejía malvada y peligrosa. Estaba dispuesto a erradicarla hasta el último hombre. Con ese propósito se dirigió a Damasco, pero llegó allí confundido y totalmente arrepentido. Nada de lo que vio, oyó o experimentó a partir de entonces tuvo el más mínimo efecto sobre su mente sosegada. Se recuperó de su ceguera temporal, sin recuperar ni su escepticismo ni su odio. Se fue a Arabia, donde permaneció durante muchos meses en reclusión solitaria, a fin de poder pensar. Cuando regresó era el mismo hombre radicalmente cambiado y dispuesto a predicar en Damasco, lo cual hizo, pero su nombre imprimió una nota de terror a sus antiguos enemigos y algunas almas amigas lo bajaron en una cesta por la muralla de la ciudad. Tuvo el valor de ir a Jerusalén y enfrentarse con la ignominia y el desprecio a su regreso. Pasó quince días con Pedro, que sabía tan poco como cualquier otro acerca de todo el asunto. Una vez más fue sacado a escondidas de la ciudad para evitar problemas, y regresó a su nativo Tarso.

Nueve años más tarde, la joven iglesia de Antioquía, recordando su celo, envió a Bernabé a buscarlo, hallando a un hombre que no había cambiado en su serenidad y la seguridad de su fe. Al leer las epístolas del medio y final de su vida no hallamos el menor rastro de una debilidad mental, sino más bien de una madurez intelectual en una mente profundamente lógica y ordenada.

He expuesto a propósito los hechos esenciales con cierta sobriedad porque así lo requiere. No se puede explicar la devoción práctica de toda una vida como ésta por “estados de ánimo” o por casuales tormentas o cualquier experiencia de tipo efímero o histérico. Si precisamos de un “sórdido pasaje” para describir como es que Pablo creyó en Cristo, podemos estar seguros de que andamos equivocados.

Tal vez la experiencia que le aconteció en el camino a Damasco sea en sí misma un tanto particular y condicionada por su temperamento. Es posible, según ha sugerido el

mismo doctor Lake, que una presencia invisible realmente se hallara junto al camino y que al acercarse Pablo viera algo que a veces los animales parecen sentir, más bien que ver con el ojo físico. Hasta es posible que oyera una voz. ¿Acaso no hemos nosotros oído alguna vez a alguien pronunciar nuestro nombre con toda claridad cuando no había nadie? No es extraño, por lo tanto, que según sus compañeros, oyeran a Pablo hablar y al volverse no vieran a nadie.

Hemos llegado en estos asuntos al límite de nuestro conocimiento actual, pero desde el punto de vista intelectual del fenómeno la verdad está clara. Cuando Saulo se convenció de que había visto al Jesús resucitado, el tremendo y abrumador significado de la tumba vacía invadió por primera vez su mente. Es como si la gran piedra hubiera aplastado y quitado de en medio sus últimas defensas. Se dio cuenta de que si los discípulos no eran engañadores, hablaban la verdad y *tenían razón* en todo lo que proclamaban. Se dio cuenta de por qué un martirio tan glorioso como el de Esteban no podía estar relacionado con una vulgar engañifa que implicaba el secuestro de un cadáver. Comenzó a comprender por qué Pedro se sentía tan seguro y por qué cada una de las personas relacionadas con este movimiento tenía un gozo tan inexplicable y estaban tan absolutamente convencidos.

Y lo más curioso de todo, la circunstancia más magistral de esta extraña historia, es que una vez llegado a esa convicción, el efecto sobre cualquier mente normal era para siempre. El que la tumba estuviera vacía era un hecho histórico, fijo e inalterable. Su autoridad se acrecentó en lugar de declinar con el paso de los años. Durante toda la vida de Pablo no dejó de creer en ello, y es la opinión de este escritor que el hecho permanece inalterable hasta nuestro días.

Capítulo 13

El testimonio de la gran piedra

Supongo que nadie puede leer el primero de los relatos sobre la resurrección, según aparece en el Evangelio de Marcos, sin sentirse impresionado por el significado extraordinario de lo que se nos dice sobre la gran piedra que según la evidencia fue colocada contra la entrada de la tumba.

Todos sabemos el susto tan grande que se lleva un hombre cuando tropieza con algo que no espera, algo que, al igual que la huella en la arena en la historia de Róbinson Crusoe, hace que la mente busque inmediatamente una explicación. Creo que tal es la experiencia que espera a cualquiera que se aproxime por primera vez al relato de San Marcos, porque muy al contrario de lo que esperamos y sin buscarlo nos vemos guiados por la lógica de los hechos a investigar otro relato, que aparece en otro de los Evangelios, la historia de la *guardia*.

Recuerdo muy bien la sorpresa que este hecho me produjo porque me había acostumbrado a ver el incidente de la guardia como uno de carácter secundario o probablemente apologético. La tendencia general de la opinión de la crítica era, como ahora, un tanto desfavorable a su aceptación como hecho auténtico de la historia. Se aseguraba que era un hecho desconocido el que los

soldados, en especial los soldados romanos, se quedaran dormidos en sus puestos; que incluso de haber declarado haberlo hecho así nadie les hubiera creído; y que, finalmente, las razones por las que afirmaban haber colocado la guardia resultaban bastante poco probables y pertenecían a una época más tardía.

En aquel entonces acepté estas afirmaciones sin la menor duda y seguía adelante, basándome en la hipótesis de que nadie se había molestado en ir a la tumba entre la caída del sol el viernes y la hora en que las mujeres aparecieron en escena. La inferencia era que ni los romanos ni los sacerdotes tuvieron el menor interés en la tumba de Cristo una vez que estos últimos se aseguraron de que la ley que requería el entierro antes del amanecer se había cumplido.

Me quedé muy sorprendido cuando descubrí que el relato de Marcos (el primer relato que poseemos de la resurrección) no está completamente de acuerdo con este parecer, sino más bien es lo contrario. A fin de que podamos estudiar detenidamente lo que implica, nos será de gran ayuda tener a la vista todo el pasaje de Marcos hasta el punto en que el manuscrito original lo deja sin concluir:

Quando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a unguirle. Y muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, ya salido el sol. Pero decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro? Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, que era muy grande. Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca; y se espantaron. Mas él les dijo: No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron. Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo. Y ellas se fueron huyendo del

sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo . . .

Este es el fragmento original, incomparable, que ha llegado hasta nosotros. Es el relato más antiguo y de mayor autoridad de lo que le sucedió a las mujeres, y seguramente ofrece con bastante fidelidad la historia tal y como la relataron las mujeres y como circuló en los primeros tiempos.

En primer lugar una palabra en cuanto a su ambiente. Resulta imposible leer este pasaje de manera imparcial y con mente receptiva sin sentirse impresionado, y ello favorablemente, por su carácter sincero y objetivo. Es profundamente franco, abierto y concreto. Y muestra pocos rastros, si los hay, de ajustes a concepciones posteriores. Es primitivo en su carácter y se atiene a los sucesos. Además, y éste es un punto de considerable significado, está libre de todo incidente de un carácter necesariamente fuera de lo normal. Relata cómo las mujeres se dirigieron a la tumba al amanecer y describe su ansiedad en lo que a la piedra se refiere. Relata cómo al llegar junto al sepulcro encontraron que alguien había movido la piedra, y entraron y se encontraron con un joven, sentado en el interior, vestido con ropas blancas. Relata el modo en que este joven les dio un mensaje, que en su estado nervioso y sorprendido, las asustó e hizo que salieran huyendo confundidas del lugar del sepulcro.

Esto, como es natural, resulta un tanto dramático y fuera de lo normal, pero la historia entera es poco corriente, desde el arresto repentino y la crucifixión de Jesús hasta su apresurado entierro en la tumba de un hombre rico. Dado lo temprano de la hora, la penumbra, el extraño sentimiento que se asocia con todos los contactos de los humanos con los muertos, y el que las mujeres no estuvieran preparadas para lo que sucedió, su comportamiento en las circunstancias descritas es bastante realista y se ajusta a lo normal.

Pero, como ya he dicho, lo que nos concierne es la

piedra, el único testigo silencioso e infalible de todo el episodio, y ciertos hechos acerca de esta piedra requieren un detenido estudio e investigación.

Empecemos por considerar en primer lugar su tamaño y probable carácter. El pasaje que he citado no deja dudas en cuanto al hecho de que la piedra era grande y, por consecuencia, muy pesada. Este hecho es aseverado o dado a entender por todos los escritores que aluden a él. San Marcos dice que era “muy grande”. San Mateo se refiere a ella como una “gran piedra”. “Pedro” dice: “pues la piedra era grande”. Contamos con el testimonio, además de las mujeres, preocupadas por cómo habrían de mover la piedra, pues de no haber sido ésta de tamaño considerable la fuerza de las tres mujeres juntas hubiera sido suficiente como para moverla. Por lo tanto, recibimos la impresión definitiva de que resultaba al menos demasiado pesada para que las mujeres la pudieran mover sin ayuda. Todo esto tiene relación muy estrecha con el caso, como veremos dentro de poco.

El hecho que aparece con toda claridad en todas las versiones existentes del incidente, es que al llegar las mujeres junto a la sepultura hallaron que la piedra había sido movida.

No creo que las implicaciones físicas del caso se hayan sentido en toda su fuerza porque ello significa, sin duda, que alguien se había anticipado a las mujeres, llegando antes que ellas al sepulcro. Alguien que tenía un interés muy concreto en la tumba había estado allí antes de su llegada. Es evidente que esa es la única inferencia posible para aquellos que creen, como yo, que nos hallamos en lo correcto en cuanto a la veracidad histórica del suceso.

Por lo tanto, a menos que estemos dispuestos a asegurar que una fuerza sobrenatural movió la piedra, o fue empujada hacia adelante desde dentro, o que quedó desplazada accidentalmente por un temblor de tierra (una eventualidad en Judea que no hemos de descartar), se convierte en asunto de gran importancia histórica saber qué persona o personas podían haber tenido tanto la oportunidad como el incentivo para haber movido la

piedra, pues está bien claro que el domingo, al amanecer, ya había sido movida.

Esta es una investigación formidable, pues requiere que volvamos a estudiar algunos de los asuntos que ya hemos considerado, pero no veo el modo de evitarlo. Si la visita de las mujeres es histórica, el hecho de que la piedra había sido removida también lo es. Por lo tanto, debemos aceptarlo como cuestión ineludible.

Estudiemos, por orden, las tres direcciones principales de las que la intervención en el sepulcro podría haber procedido. ¿Podía, después de todo, haber regresado José de Arimatea, como sin duda tenía derecho a hacer, antes de que la observancia del día de reposo tocara a su fin y el momento en que las mujeres aparecen en escena?

Evidentemente la respuesta a esta pregunta depende del propósito por el que vino. Si afirmamos que vino en privado y solo (digamos para echar un vistazo, por última vez, a las facciones del jefe muerto), entonces creo que debemos rechazar la sugerencia por dos motivos. En primer lugar, no resulta muy probable que fuera a hacer una cosa así en medio de la noche. Segundo, la evidencia indica que *no podría haber entrado*. Si las tres mujeres se sentían incapaces de mover la piedra, a causa de su peso y su tamaño, necesitaría por lo menos dos hombres para hacerlo. José, de haber venido solo, se hubiera visto obstaculizado por su propio acto.

Por lo tanto, nos queda la sugerencia de que José vino con un equipo de trabajo, escogiendo, tal vez, las horas de la oscuridad a fin de evitar la curiosidad de la multitud y con el objeto determinado de llevarse el cuerpo a un lugar de descanso más apropiado. Yo siempre he sentido que, de no hallarse otra solución más satisfactoria, esta merecería ser considerada como una explicación puramente racional del fenómeno, ya que encaja muy bien con dos elementos de la situación. Explica por qué las mujeres hallaron la tumba vacía y también por qué no pudieron localizar el cuerpo.

Pero al llegar a este punto la teoría se viene abajo. No explica por qué, a las pocas semanas cuando Jerusalén resonaba con la afirmación de que Jesús había resucitado y

había sido visto por sus discípulos, los hombres que ayudaron a José a realizar esta exhumación y nuevo entierro por la noche, no declararon lo que sabían. La tumba en la que habrían de poner el cuerpo no podía hallarse muy lejos de la otra y es dudoso que el cambio se pudiera realizar sin alguna clase de permiso oficial.

Es más, existe la *buena fe* del propio José que debemos de considerar en el asunto. Si es cierto que José actuó, en un sentido, en nombre de las autoridades judías al cumplir la ley enterrando el cuerpo antes de que se pusiera el sol, ¿cuál podía ser el motivo para encubrir este procedimiento perfectamente natural y legal? Anás, Caifás y los otros dirigentes que se hallaban tras la acusación debían estar enterados de ello. De ser así, ¿por qué el silencio, cuando la mera exposición del hecho, apoyada por pruebas irrefutables, hubiera resultado la respuesta más condenatoria y concluyente a las pretensiones de los cristianos?

Pero existe otro punto muy serio donde la hipótesis no acaba de encajar con este silencio que hallamos en el relato. No arroja la menor luz sobre la afirmación de las mujeres, en el relato más primitivo, en cuanto a que habían hallado a alguien en la tumba.

Aquellos críticos que se han aferrado al hecho, en el relato de Marcos, de que no existe necesariamente nada sobrenatural en la identidad de este “joven” me parecen rendir un auténtico servicio a la causa de la verdad. Una afirmación hecha con tal naturalidad y de manera tan circunstancial apenas podía vacilar sobre el elemento objetivo y fundamental de la situación. Si existe una poderosa evidencia a favor de la visita de las mujeres a la tumba y al hecho de que la hallaron abierta, me parece igualmente poderoso el hecho de que hallaran a alguien cuando llegaron al sepulcro.

Pero sería llevar a nuestra imaginación demasiado lejos si pensáramos que José y el grupo que pudiera haber ido con él tuvieron la precaución de dejar a alguien junto al sepulcro una vez que éste estuvo vacío, pues indudablemente necesitarían de cada una de las personas para llevar a cabo la operación que les esperaba. El dejar un piquete

en la tumba, sea por el propósito que fuere, me parece algo totalmente innecesario en dicha situación. Si tenemos en cuenta la necesidad de llevar las antorchas y las herramientas, así como la necesidad de descansar el féretro de vez en cuando, veremos que un grupo de tres personas estaría bastante ocupado. Y lo que es más, el mensaje dado a las mujeres es totalmente contrario a lo que un piquete, en dichas circunstancias, les habría dicho. Me parece, por lo tanto, que debemos rechazar la hipótesis como algo contrario a la evidencia existente.

Llegamos ahora al segundo grupo en nuestra investigación, los amigos y discípulos de Jesús. Ya he mencionado en un capítulo anterior en este libro que, casi por acuerdo universal de la humanidad, resulta imposible imaginar que estas personas sobreexcitadas y atormentadas pudieran ser lo suficientemente originales o atrevidas como para idear y llevar a cabo semejante hazaña. Desde ese momento hemos estudiado el comportamiento de estas personas de cerca y mantengo la anterior afirmación, ya que tan sólo bajo el punto de vista moral se mantiene inexpugnable. Cualquier cosa parece preferible a la suposición de que los discípulos, bien por sí solos o como grupo, fueran capaces de tal engaño, y la conversión de Saulo lo confirma. ¡Saulo cambió de opinión al fin porque no sólo estaba convencido de que los discípulos eran honrados, sino de que tenían razón!

De esta manera, por un proceso de eliminación llegamos al tercer grupo, las propias autoridades judías, y aquí el campo se hace más amplio porque, si lo pensamos, hay una serie de razones por las que el poder oficial podía haberse interesado en esta tumba *durante el período en particular que estamos considerando*.

La actual desconfianza, por parte de la crítica, en lo que al relato de la guardia se refiere, parece brotar de ciertas dudas que aparecen principalmente bajo los dos epígrafes siguientes:

1. Que la historia tiene indicios de ser de carácter apologético y, por lo tanto, probablemente pertenezca a una edad posterior a la de la cruzada cristiana.

2. Que resulta improbable en sí misma y no es consecuente con las realidades establecidas de la situación.

Inmediatamente estaremos de acuerdo en que, años después cuando los cristianos se vieron presionados a aportar una prueba indiscutible de su contienda, una historia de este tipo haría mucho por mitigar las dudas y fortalecer la fe de la creciente iglesia. Pero, como es natural, esto también se aplicaría si la historia fuese cierta o poseyera una parte sustancial de verdad en ella. El asunto realmente gira alrededor de dos preguntas: ¿resulta inverosímil de por sí?, ¿es inconsecuente con los otros hechos conocidos de la situación? Después de estudiarlas con detenimiento creo que a ambas preguntas debemos contestar en forma negativa.

Como todo el mundo sabe, existen tres versiones de la historia de la guardia preservadas en la literatura de la época, y esos relatos difieren materialmente en algunos detalles. En San Mateo, que es el más primitivo y generalmente el más digno de confianza de los documentos, la guardia relata su historia a los sacerdotes, y éstos le pagan para que hagan correr una afirmación falsa. En “Pedro” la guardia informa a Pilato directamente y éste les manda que guarden silencio. En “Nicodemo” siguen el curso descrito por Mateo.

Pero cada uno de los relatos concuerda fundamentalmente en dos puntos.

1. Que habían acudido a Pilato y había concedido permiso para montar la guardia.
2. Que la guardia estuvo de servicio la noche anterior a la visita de las mujeres.

Ahora bien el relato sobre la visita a Pilato es muy significativo. La posición de los judíos en relación con los restos de Jesús era un tanto particular y, hasta cierto punto, un tanto delicada. Si bien es verdad que Jesús era judío y había sido acusado a instancias de los dirigentes judíos, el castigo y la sentencia eran romanos. Desde el

punto de vista técnico, el cuerpo de Jesús era propiedad romana y el disponer de él era algo que concernía a los romanos. Después de haber sido rechazados al quejarse de la inscripción de Pilato, no era éste el momento para pasar por encima de la autoridad de Pilato o ni siquiera para abusar de las reservas romanas. Por lo tanto, si los sacerdotes tenían la más mínima preocupación con la tumba de Cristo, parece evidente que se verían obligados a comunicar dicha ansiedad a Pilato y por medio de él obtener la libertad para hacer lo que consideraran necesario.

Todo esto confirma la veracidad de la historia, porque en años posteriores esta soberanía puramente técnica de Pilato sobre el cuerpo crucificado sería algo que pasarían por alto. Es sólo un punto insignificante, pero al estudiante especializado en historia la sincronización entre el relato y los requisitos menos notables de la situación le es instructiva.

Con esto llegamos a la siguiente pregunta: ¿tenían los sacerdotes algún poderoso móvil o un motivo siquiera para interesarse por la tumba de Cristo? ¿Era este móvil suficiente como para justificar el que posiblemente se metieran en más problemas acudiendo al procurador? No cabe duda de que Pilato se hallaba de mal humor y la discreción indicaba que era conveniente no acercarse a él. ¿Existe algo de carácter suficientemente urgente como para hacernos creer que fueron por segunda vez a Pilato?

Aquellos que afirman que no lo hay olvidan, sin duda, dos elementos de considerable importancia en la situación. En primer lugar, existen poderosos motivos para creer que debieron de colocar alguna guardia temporal que vigilara ese huerto en particular. De haber sido echado el cuerpo de Jesús, como se hubiera esperado, en la fosa común, la protección oficial del lugar del entierro hubiera sido un hecho consumado. Jerusalén era siempre un lugar abarrotado de gente y turbulento en tiempo de fiesta y esta no era una ejecución corriente. No era posible tener un cuerpo tan famoso, y para algunos tan abominable, como el de Jesús, tirado, por así decirlo, en cualquier lado, en un lugar accesible al público sin que ello fuera un estorbo o un impedimento. Resulta absurdo suponer nada tan lejos del

gobierno profundamente civilizado que poseía Jerusalén. Las precauciones apropiadas hubieran sido provistas de modo automático y nadie lo hubiera considerado extraño en lo más mínimo.

Pero si alguna parte de la realidad histórica se destaca de las narrativas es la de que el cuerpo de Jesús no sufrió esta indignidad en particular. Todos los documentos declaran que José de Arimatea, un judío bien considerado y acaudalado, fue a Pilato a “pedir el cuerpo” y que Pilato concedió la petición. Por consiguiente José de Arimatea siguió adelante con sus planes, utilizando un sepulcro que podía haber escogido debido a que se hallaba tan cerca de la cruz, pero, lo que resulta aún más probable, tal vez por tratarse de su propia propiedad privada y personal.

Sin embargo, no creo que muchos se hayan dado perfecta cuenta del modo en que esta sencilla circunstancia, por poco importante que parezca a primera vista, debió alterar la posición legal y constitucional con respecto al cuerpo de Jesús en lo que afectaba a mantener la ley y el orden en Jerusalén.

La obligación de mantener la paz y el orden entre las grandes muchedumbres que venían a las fiestas, recaía enteramente sobre el poder civil. De haber sido Jesús acusado de una ofensa menos seria, que no incluyera la pena capital, su custodia y protección hubiera recaído enteramente sobre las autoridades judías, pero el emperador romano se había asegurado de que el poder para imponer la *sentencia de muerte* no se hallara en mano de las sectas. De ese modo, al pronunciar Pilato su juicio, el control legal del Reo pasaba definitivamente del gran Sanedrín y sus oficiales al cargo de los romanos. Desde el punto de vista técnico, por lo menos, Pilato era responsable de las consecuencias de su propio acto.

Esto sin duda hubiera convenido al sumo sacerdote y a sus consejeros, porque de haber tenido lugar alguna demostración desenfrenada, bien en el lugar de la crucifixión o donde iban a enterrarlo, el procurador mismo la hubiera suprimido rápidamente y, de ser necesario, por la fuerza.

Pero la historia no siguió este curso. Para disgusto e

indignación de las autoridades, uno de entre ellos fue privadamente a ver a Pilato y le pidió el cuerpo. Esto, desde el punto de vista de los sacerdotes, cambiaba la situación que les había sido favorable, y hacía que la protección del sepulcro y el mantenimiento del orden cayeran nuevamente y de manera exclusiva sobre los judíos. De ahí la cólera de las autoridades contra José que aparece claramente en la literatura apócrifa.

Por lo tanto, aunque no existiera en los Evangelios la menor indicación de que eso fue lo que sucedió, nos hubiéramos visto obligados a suponer que el asunto de conservar el orden, bajo condiciones un tanto excepcionales, creadas por el proceso contra Cristo, dieron al sumo sacerdote y a sus consejeros algunos quebraderos de cabeza. Pilato se había lavado públicamente las manos deshaciéndose, por segunda vez, de toda responsabilidad en el asunto del Nazareno. Había entregado el cuerpo a un judío, que lo enterró (posiblemente por necesidad) en un lugar un tanto abierto y expuesto, fuera de la ciudad. Si hubiera surgido algún problema o hubiera habido algún alboroto en el lugar del entierro, la responsabilidad de sofocarlo hubiera sido de los sacerdotes y Pilato no hubiera tardado en enfatizar ese punto de la Constitución.

Evidentemente la manera más sencilla de resolver el dilema era que los sacerdotes fueran a Pilato a pedirle que las autoridades militares se ocuparan temporalmente de proteger el huerto. Ello era aún más razonable si consideramos que Pilato indudablemente poseía las reservas necesarias mientras que Caifás sólo podía contar con la Guardia del tiempo, fuerza un tanto inadecuada de presentarse algún peligro auténtico. Que los sacerdotes fueron a Pilato con esta petición tan natural, pero con resultados totalmente inesperados, parece estar claro en el Evangelio según San Mateo.

El pasaje en el cual San Mateo describe lo que aconteció durante esa entrevista es muy instructivo y nos será de gran ayuda tener ante nosotros las palabras exactas:

Al día siguiente que es después de la preparación, se reunieron los principales sacerdotes y los

fariseos ante Pilato, diciendo: Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero. Y Pilato les dijo: Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis. Entonces ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia.

Tal es la primera, y sin duda la más pura forma en que esta persistente y antigua tradición ha llegado hasta nosotros.

Si el lector concentra su atención en los hechos registrados en este pasaje, se encontrará con cuatro puntos principales:

1. Que la entrevista tuvo lugar, *no en el día de la crucifixión*, sino el día después. Esto está perfectamente claro: “Al día siguiente, que es después de la preparación”.
2. Que se le pidió expresamente a Pilato que se hiciera cargo de proteger la tumba: “Manda, pues, que se asegure el sepulcro”.
3. Que Pilato *denegó esta petición*: “Tenéis una guardia; id aseguradlo como sabéis”.
4. Que por consiguiente los sacerdotes obraron bajo su propia iniciativa: “Entonces ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia”.

Esta es una ilación perfectamente razonable y lógica de los acontecimientos, que encaja con una situación de inmediata y urgente ansiedad para los sacerdotes; cuadra con lo que sabemos acerca del carácter de Pilato y explica por qué las mujeres no tuvieron ocasión de alterar sus planes.

Los escritores actuales de este tema aseguran con frecuencia que es “imposible hallar lugar” para el incidente

de la guardia en la tradición más antigua. La sugerencia consiste en que, de haber sabido las mujeres que la tumba estaba custodiada, nunca se habrían puesto en marcha para realizar su misión secreta.

Siempre que se piense a la ligera en la guardia como algo del conocimiento público a lo largo de todo el período del entierro temporal, resultará naturalmente imposible hallar lugar para la visita de las mujeres, pero según San Mateo no sucedió de esta manera espectacular y melodramática. La necesidad no fue reconocida hasta casi veinticuatro horas después de que José hubo colocado el cuerpo en la tumba. Al parecer fue sólo cuando el día de reposo tocaba a su fin y la ciudad iba a despertar una vez más a la vida normal que la extrema urgencia del caso fue reconocida. ¿Cómo podían tres o cuatro mujeres saber lo que estaba sucediendo en secreto en la residencia del procurador el sábado por la noche, en especial si, como es probable, se habían acostado temprano a fin de estar dispuestas para el trabajo al amanecer?

En segundo lugar, el punto que normalmente se alega en contra de la posibilidad de que los sacerdotes actuaran en este asunto me parece ofrecer bastantes dudas. Normalmente se alega que la excusa que dieron a Pilato (es decir, que los discípulos podían robar el cuerpo) es un tanto inverosímil; que incluso de poderse demostrar, de manera concluyente, que Jesús predijo su resurrección, el comportamiento de los discípulos demuestra que no lo habían entendido o no le habían creído; y el esmerado hecho de montar una guardia oficial para evitar una posibilidad tan remota es, por no decir otra cosa, poco probable.

Personalmente, sentiría con fuerza el peso del argumento *de estar éste de acuerdo con los relatos del juicio*, cosa que no sucede. Me parece muy extraño y sugestivo que en aquel entonces en los primeros y más antiguos relatos de este juicio existe una afirmación persistente según la cual el caso contra Jesús dependía de esas palabras crípticas y poco corrientes: “después de tres días”.

No estamos tratando aquí con personas inexpertas e incultas, en esta política del estado tan competente, sino con algunos de los judíos más sutiles e intelectuales de

aquel entonces. Detrás de todas sus maniobras, la búsqueda de los testigos actuales y el modo en que retiraron la acusación cuando los testigos no estuvieron de acuerdo, es el hecho histórico evidente de que Jesús en alguna ocasión memorable había hecho uso de una frase que contenía esas palabras, frase que evidentemente molestaba a los dirigentes saduceos, pero que no soportaría el significado literal que los testigos intentaban darle.

Por lo tanto, si el ataque principal de la acusación, como muestra el relato, se basaba en esta frase, la inferencia está clara. No sólo había hecho Jesús una afirmación, que probablemente aparece completa en San Juan, sino que los sacerdotes sabían que la había hecho y la escogieron, a propósito, como el dicho más vulnerable para su fin.

Todo esto produce una situación que requiere exactamente lo contrario de la *indiferencia* a las condiciones de su entierro. Nadie podía saber en esa etapa temprana lo que estaba sucediendo en las mentes de las grandes multitudes que, sólo días atrás, habían aclamado a Jesús como su libertador político. El dejar la tumba sin protección, cuando una petición razonablemente urgente a Pilato aseguraría en contra de la violación no autorizada de la misma por personas interesadas, era una medida que daba pie precisamente a aquello que más ansiosos estaban por evitar.

Menciono estas consideraciones, no para demostrar que la guardia estuvo allí, pues después de tantísimo tiempo resultaría imposible probarlo, sino para mostrar que el colocar *algún tipo de protección junto al sepulcro* durante este fin de semana tan crítico no es, ni mucho menos, tan improbable como pueda parecer en principio.

Sin embargo, cuando estudiamos seriamente la lógica de la historia con los hechos establecidos, nos hallamos en terreno más firme y positivo, porque no cabe duda de que la mayor y más segura de las realidades en esta situación es que a alguna hora entre el momento cuando José y el grupo que realizó el entierro con él desaparecieron de la escena, y aparecieron las primeras luces del amanecer del domingo, es cuando la piedra había sido movida. Habiendo

observado por experiencia previa, las tres mujeres tenían motivos para dudar si la fuerza de ellas en combinación sería suficiente para la labor, y la deducción es que el grupo responsable de esta acción consistía en dos o más personas. La ocasión debió de ser casi con toda seguridad durante las horas de oscuridad entre la puesta del sol del sábado y la salida del sol el domingo, pues no existe el menor rastro de nada fuera de lo normal el sábado y el descubrimiento fue hecho el domingo al amanecer.

Nos vemos, por lo tanto, obligados a favorecer la presencia, cerca de la tumba, durante las horas de oscuridad del domingo por la mañana, de un grupo de personas capaces de remover la piedra. Si las personas que hicieron esta extraña cosa eran representantes del poder judío, debió de ser porque alguna circunstancia insólita les hizo mirar dentro de la tumba. Por otra parte, como más o menos una hora después las mujeres no lo hallaron, debemos suponer que se habían marchado a informar a sus superiores.

Estas suposiciones son necesariamente temporales, basadas en que probablemente fueron los vigilantes los que movieron la piedra. Es posible, como es natural, sugerir una solución completamente diferente. Si el lector tiene la impresión de que la evidencia de la existencia de la guardia es insuficiente, puede pensar si tal vez otro grupo de personas pudieron venir durante las horas de oscuridad con propósito mucho más siniestro. Esa es nuestra antigua solución en cuanto al robo del cuerpo con una venganza y con todas sus consecuencias accesorias. A fin de seguir esta idea, sería preciso investigar qué personas había en Jerusalén entonces, que pudieran sentir el incentivo necesario como para intentar secuestrarlo, qué esperaban conseguir con ello y a qué destino y con qué propósito se llevaban el cuerpo.

Pero propongo una prueba aún más radical. Me parece que ninguna teoría acerca de los acontecimientos puede ser considerada como históricamente válida si no explica al mismo tiempo, no sólo la llegada de las mujeres a esa hora y el que encontraran la tumba vacía, sino el modo tan dramático en que se encontraron con el joven en la tumba

y el mensaje que, según San Marcos, les dio a las mujeres.

No hay nada en este pasaje que indique que las mujeres consideraron a este individuo un ser sobrenatural. Se trata tan sólo de un joven que iba vestido de blanco. Lo descubrieron en la tumba y como respuesta a la pregunta que su aspecto atolondrado sugiere, les da una curiosa respuesta:

No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar donde le pusieron. Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo.

Siempre y cuando el lector permita que su mente se vea influenciada por el hecho de que en los documentos posteriores, fueron éstas o palabras similares las que atribuyeron al ángel, perderá mucha de su fuerza. Un ángel es naturalmente considerado omnisciente y su conocimiento expresaría poco por ello, pero en cuanto pensamos que este hombre era un ser corriente, repentinamente sorprendido en su examen de la tumba por la llegada de las mujeres y que él, a su vez, las sorprendió por su presencia inesperada, comenzamos a ver las cosas con más claridad.

A fin de visualizar lo que significa esta dramática situación, creo que es necesario darnos cuenta de cómo es que las mujeres aparecieron de repente e inesperadamente en escena. Debemos de imaginármolas acercándose al sepulcro bajo la luz tenue de la mañana, totalmente ignorantes de ninguna presencia humana. Sus mentes cavilaban sobre la piedra y cómo habrían de moverla y su único pensamiento era el de quitarse de en medio el estorbo y así poder llegar a donde se hallaba el cuerpo lacerado de su Señor.

No sabemos a qué distancia se hallarían cuando se dieron cuenta de que algo había cambiado, pero es muy posible que estuvieran muy cerca. En todo caso la piedra no se hallaba donde la habían visto la última vez. Se hallaba a un lado y la entrada al sepulcro estaba abierta. Es muy posible que el darse cuenta de este hecho las hiciera

pararse en seco y luego, preguntándose qué podría significar eso, se acercaran lentamente a la tumba. Para su espanto se encontraron con una figura sentada en el oscuro interior y presas de un miedo indescriptible hicieron marcha atrás. Al mismo tiempo, el ocupante de la tumba, atraída su atención por el sonido de las voces en el exterior y la sombra que repentinamente cubría la entrada, se dió vuelta para hallar que las mujeres se marchaban ya asustadas.

Me imagino que el joven corrió tras las mujeres, clamando: “No os asustéis. Buscáis a Jesús nazareno . . . no está aquí; mirad el lugar donde le pusieron. . .” Pero las mujeres estaban demasiado espantadas y confundidas como para hablar y como Marcos gráficamente describe: “ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo”.

Si esta extraña escena aconteció tal y como hemos sugerido brevemente, no cabe duda de que nos hallamos frente a un hecho nuevo e importante. La situación se complica con un visitante independiente a la tumba que por algún motivo salió aún más temprano que las mujeres, y sin saber nada acerca de lo que éstas pensaban hacer.

¿Es esta persona histórica o un mito? Si lo primero, ¿cómo cuadra su presencia en este momento determinado con los otros hechos que conocemos sobre la situación?

Antes de que consideremos cuál es realmente el testimonio de Marcos en lo que a esta cuestión se refiere, existe un punto que requiere nuestra particular atención. Me refiero al *espanto* de las mujeres, lo que las hizo correr y huir del sepulcro. No creo que este elemento psicológico del espanto, en el relato de Marcos, haya sido estudiado como se merece. Saliendo como lo hicieron con la intención de ministrar al muerto, las mentes de las mujeres debían estar preparadas por adelantado para las condiciones deprimentes e incluso espantosas bajo las que el trabajo debía realizarse. No nos resulta fácil imaginármolas alarmadas por la cámara vacía o por ninguna criatura fruto de su imaginación.

Pero si intentamos imaginarnos a tres mujeres corrien-

tes y normalmente valerosas, que van al sepulcro al amanecer, con la intención de unguir al muerto y las imaginamos que entran en el sepulcro, un tanto dubitativamente, esperando encontrar un cuerpo yacente en la sábana que lo cubría, y en su lugar se encuentran con *una figura vestida de blanco y sentada*, nos encontramos con los elementos de terror en su forma más espantosa. Pocas mujeres podrían haber pasado por semejante experiencia sin salir despavoridas. Y la impresión que el relato de Marcos nos ofrece es que efectivamente corrieron, sin pararse a pensar en el pleno significado de las noticias que el joven gritaba tras ellas. Por lo menos yo así lo entiendo. Ello da una respuesta a algo profundamente necesario si hemos de comprender todo el relato.

¿Pero a qué precio podemos dar un vistazo a las extrañas realidades de aquella mañana? Porque si el joven es una característica histórica de la situación, su presencia introduce un nuevo factor al problema, otro hilo en la madeja de las circunstancias que halla su centro y su foco en la tumba de Cristo. ¿Existe alguna hipótesis que explique simultáneamente todos estos sucesos al parecer insólitos y sin relación aparente?

Una de las curiosas características de este problema consiste en que lo que parece ser la respuesta auténtica a estas preguntas; se halla en el propio fragmento de Marcos. Las últimas tres palabras del mensaje contienen la clave en lo que el joven dijo a las mujeres: “él va antes que vosotros a Galilea: allí lo veréis, *como os dijo*”. ¿Cuándo les dijo Jesús a sus discípulos que se encontraría con ellos en Galilea? Volvemos atrás en las páginas del manuscrito, pasado el relato del juicio y de la crucifixión, hasta que lo encontramos de repente en San Marcos:

Entonces Jesús les dijo: Todos os escandalizaréis de esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas. Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea.

Lo curioso de este fragmento de la conversación es que se dice que sucedió de camino a Getsemaní. La cena

pascual había concluido y hacía tiempo que Judas se había marchado para completar su pacto con los sacerdotes. El grupo, reducido ahora a once hombres y su jefe, se había levantado de sus asientos y había bajado a la calle. Fue durante el trayecto hacia el huerto cuando Jesús, según San Marcos, pronunció estas extrañas palabras.

Si es cierto que las pronunció, *¿es posible que alguien las oyera?* Nuestro primer impulso es decir que ¡no! El lugar donde iban a reunirse para la cena lo había mantenido en secreto Jesús, a fin de que una traición temprana no le privara de esos últimos momentos de paz con sus amigos.

Nos imaginamos las luces apagadas y el grupo que bajaba a la calle en silencio y de manera desapercibida, preparándose para ir a Getsemaní. No parece posible el que un intruso o algún simpatizante que no formara parte del grupo, se introdujera.

Y sin embargo . . . según San Marcos hubo por lo menos una persona más que hizo el viaje al huerto de Getsemaní en esa noche. Personalmente no veo cómo el lenguaje que San Marcos utiliza acerca de esta persona pueda ser interpretado de ningún otro modo que el que entrara en el huerto con los discípulos, porque la narrativa dice con toda claridad: “seguía *con Jesús*”. Y la historia sobre él no tendría significado a menos que fuera una parte elemental de la verdad, un episodio incongruente en relación con el lugar, pero parte de la aventura inmortal de esa noche.

En un capítulo anterior dije algo acerca del Evangelio de Marcos que era como una gran roca en el interior del mar como un avance de la literatura distintivamente cristiana, que llama la atención del lector corriente por el contraste tan marcado de sus detalles. Y en ningún lugar sentimos tanto el realismo que en esa descripción extrañamente gráfica de la última hora de la libertad de Cristo. Indudablemente no se trata aquí de una creación literaria de una edad secundaria. ¿Quién podría haber inventado esa historia de los discípulos que se quedan dormidos de puro agotamiento en la hora en que mayor peligro corría su Maestro; o ese toque especial de las dos ocasiones en

que Jesús los despierta al regresar en silencio a intervalos después de haber estado en comunión bajo los árboles distantes; o sus palabras permisivas, cuando su crisis personal ha pasado y la paz de la decisión lo invade: “dormid ya, y descansad”, a las cuales siguió al poco tiempo, al contemplar el resplandor de las antorchas: “Levantaos, vamos; he aquí, se acerca el que me entrega”?

Esta es evidentemente una historia auténtica de esa noche inolvidable. No tiene en cuenta los sentimientos de nadie y mucho menos los de los discípulos. Este relato se destaca con toda claridad y de modo imperecedero como uno de los episodios maestros de la historia humana. Y si hay algo que confirma la veracidad de la narrativa es, sin duda, ese curioso incidente sin importancia del joven cuya túnica fue arrancada en la lucha y que huyó desnudo durante la noche. ¿Por qué habrían de relatarnos ninguna cosa acerca de este hombre a menos que fuera por el hecho justificado de que realmente sucedió? La figura de este joven desnudo, que se pierde en la distancia es con toda certeza una de las impresiones inefables de cinco minutos dramáticos que quedaron profundamente grabados en la memoria de todos los presentes.

Ahora bien, existe algo infinitamente extraño en todo esto y que merece ser estudiado con todo detenimiento, porque la extrañeza reside en el modo en que ciertas características fijas e inalterables encajan en la situación.

Si alguien toma el relato de la aventura de las mujeres tal y como aparece en San Marcos, y lo considera, no como una fábula, sino como un fragmento honesto y auténtico de la historia, se sentirá más y más impresionado por algo que no surge en las interpretaciones tradicionales del episodio. Lo impresionante de la historia no es que las mujeres se dirigieran a la tumba al amanecer, ni que la encontraran vacía, es, sin duda, que no fueron las primeras en llegar allí, sino que alguien se les anticipó; alguien que tenía el mismo interés en la tumba, y que al parecer salió de Jerusalén unos pocos minutos antes que ellas.

Este parece ser el significado evidente de este fragmento antiguo y primitivo. No existe la menor insinuación o sugerencia de nada sobrenatural en la presencia de ese

joven, según el relato de San Marcos. Es sencillamente un cuarto grupo en una aventura poco corriente. Seguramente se sorprendió tanto por la llegada de las mujeres como ellas se sorprendieron y se asustaron por su presencia. La rapidez con que se alejaron al descubrirlo en el interior del sepulcro explica la brevedad de su mensaje, porque tal y como yo me imagino la escena, el joven tuvo que gritar tras las mujeres que se iban apresuradamente de la tumba, pero las palabras del joven son perfectamente inteligibles y sorprendentemente apropiadas a la ocasión. No podía decir más, porque probablemente para entonces las mujeres ya no le oirían.

El momento en que pensamos en este joven, no como visitante imaginario bajado de los cielos, sino como una realidad sólida de aquella mañana inolvidable, nos encontramos ante una situación de extraordinario interés.

Sabemos por qué las mujeres fueron a la tumba a una hora tan temprano y era un asunto establecido de antemano. Sin duda planearon la visita el viernes por la tarde y la prepararon durante el sábado. Puntualmente a la hora convenida, cuando comenzaba a amanecer sobre las colinas del Este, el pequeño grupo se dirigió a cumplir su triste cometido.

¿Pero qué es lo que podría haber inducido a un joven hebreo, que al parecer también había pasado la noche en Jerusalén, a salir a una hora más temprano todavía con el fin de ver la tumba de Cristo? Vale la pena meditar en la pregunta porque la situación es un tanto particular. Si la evidencia hubiera demostrado que la tumba de Jesús permanecía sin alterar, nos hallaríamos ante una dificultad para encontrar una razón clara de por qué este joven solitario habría de salir antes del amanecer una fría mañana de abril hacia el sepulcro, pero la evidencia muestra precisamente todo lo contrario, y resulta abrumadora en su consecuencia y firmeza. Si una parte de esa gran verdad nos ha llegado de aquella edad remota, a lo largo de los tiempos, es que, para su tremenda sorpresa, las mujeres hallaron la tumba abierta y la gran piedra movida a un lado.

Este hecho, de ser un hecho, posee ciertas implicacio-

nes inevitables. En primer lugar, implica que la tumba debió de hallarse en ese estado por algún tiempo. La evidencia muestra que la piedra era demasiado pesada para que una sola persona la pudiera mover, y no existe el menor rastro de que las mujeres se encontraran con un grupo de hombres que fueran capaces de moverla. Quiquiera que la moviese, por lo tanto, sin duda había dejado los alrededores del sepulcro aún más temprano esa mañana y mientras todavía estaba oscuro.

Todo lo ya expuesto está claro, pero la implicación es más amplia y de mayor profundidad pues no sólo tenemos que contar con el hecho de que alguien movió la piedra, sino el que un joven de Jerusalén se sintiera tan tremendamente excitado por la curiosidad como para no perder tiempo y dirigirse personalmente al sepulcro, llegando allí, al parecer, unos pocos minutos antes que las mujeres. Todo esto es altamente significativo, porque la única manera en que alguien en Jerusalén podía saber que algo inesperado había sucedido en la tumba de Jesús *antes* de que las mujeres llegaran junto a ella, sería el informe directo de alguien que acabara de regresar de la tumba. Y resulta curioso pensar que ¡las únicas personas que cuadran con esta descripción son las que montaban la guardia, según los Evangelios!

De haber sido saqueada la tumba de Jesús por una banda de merodeadores corrientes o por personas de propósitos siniestros con el cuerpo, habrían desaparecido tan silenciosa y misteriosamente como habían aparecido. No cabe la menor duda de que no se habrían dedicado a publicar su crimen por las calles de Jerusalén a los pocos minutos de haberlo cometido. De haber sido José de Arimatea el que, poco antes del amanecer, hubiera abierto el sepulcro con el propósito de llevarse los restos a otro lugar de descanso, todavía hubiera estado ocupado en el nuevo sepulcro y cualquier mensaje que hubiera enviado hubiera estado naturalmente reservado para oído de los oficiales.

Pero si, al convertirse las oscuras horas de la noche en la penumbra del amanecer, un grupo de hombres excitados hubieran invadido las estrechas calles de la ciudad declaran-

do que algo andaba mal en la tumba del Nazareno, empezamos a comprender que más de una persona que dormía hubiera dejado la cama para descubrir de qué trataba la extraña conmoción, y para enterarse de lo que significaban las extrañas conversaciones que surgirían. Y si entre los que escuchaban, o que habían oído el rumor de otra manera, había un hombre que había hecho ese peligroso viaje al huerto de Getsemaní y había escuchado esas extrañas palabras de los labios de Cristo, ¿quién puede describir con cuanta rapidez se vestiría con lo primero a su alcance y saldría a toda prisa, como sólo un hombre profundamente conmovido y excitado puede correr, al huerto de la Resurrección?

Capítulo 14

Algunas realidades de aquella lejana mañana

¿Cuál es el secreto de esta tumba silenciosa e impenetrable? Es una pregunta que nos empuja a encontrar una respuesta y me propongo discutirla en este capítulo.

Hay ciertas cosas acerca de este relato que me impresionan profundamente y no son la clase de cosas que podemos dejar a un lado, así sin más ni más, como si se trataran de importancia menor o relativa, sino que pertenecen a las características fundamentales y más sólidas del problema. En primer lugar, fueren cuales fueren las consecuencias físicas o dogmáticas, no puedo creer que el cuerpo de Jesús de Nazaret permaneciera en el huerto de José durante ninguna parte de aquel período que es contemporáneo al nacimiento del cristianismo.

De poderse demostrar que existe un solo documento de una edad temprana que trate de la crucifixión y entierro de Jesús, en el que se insinuara incluso remotamente que ese era el caso, yo sería el primero en estudiar su importancia. Y por lo menos introduciría la misma clase de incertidumbre que existe en relación a ciertos aspectos del problema. Sería algo a que aferramos, por inseguro y dudoso que fuera, pero los documentos son irrefutables en esta característica fundamental de ese amanecer de Resurrección.

Tanto si leemos los Evangelios dependientes de San Mateo y San Lucas, como si leemos los comparativamente

heterodoxos de Pedro, y del Evangelio de Juan, así como al documento de Emaús conservado por Lucas, o el fragmento primitivo del propio Marcos, nos encontramos con el mismo testimonio consecuente o invariable en cuanto a la desaparición del cuerpo. De haber sido la situación todo lo contrario y se nos pidiera que creyéramos algo que cada uno de los manuscritos *negara*, habiendo sobrevivido a lo largo de los siglos, ¡cuán básica e incuestionable aparecería esa negación cumulativa y totalmente unánime! Qué gran partido podrían sacar los dialécticos del hecho de no existir el menor resquicio o excusa para la duda! Sin duda (se afirmarí) la auténtica verdad debió equivocarse en algún momento. Sin embargo en toda la variada literatura de aquellos tiempos lejanos, escrita bajo diferentes cielos, por hombres de muy distintos temperamentos, poseídos por teorías evidentemente divergentes del curso de aquellos sucesos memorables, no nos ha llegado la menor insinuación ni sugerencia de que los hechos acerca del sepulcro fueran otros que los sustancialmente registrados en el Evangelio según San Marcos. Por desconcertante que parezca el hecho, el veredicto literario es unánime y se le debe al menos conceder la debida importancia.

Pero existe algo mucho más impresionante y significativo incluso que este testimonio literario unánime, y no veo como ni siquiera el más confiado de los críticos actuales lo puede ver de modo consecuente y seguro sin sentir una profunda inquietud y desasosiego. Me refiero al extraordinario silencio de la antigüedad en lo que respecta a la historia posterior de la tumba de Jesús.

Resulta extraño el silencio ininterrumpido alrededor de un lugar que debió de ser muy sagrado para miles de personas fuera del círculo de los creyentes cristianos. Si los discípulos se engañaron de esa manera en este asunto, o si la intensidad de su fe en las apariciones les hizo ignorar o no conceder ninguna importancia al estado de la tumba, ¿qué de la gran mayoría de los judíos? ¿Acaso nadie sintió la menor reverencia por el sepulcro que contenía los restos mortales del más grande de los Maestros que Israel

había tenido desde los días proféticos? ¿No tuvieron José de Arimatea y Nicodemo nada que ver entre las multitudes que se agolpaban alrededor de las barcas en las orillas de Galilea y que llenaban Capernaum, Canaán y Nazaret? Sin duda por cada hombre y por cada mujer que caía bajo la influencia magnética de los discípulos debía de haber cientos que no se hacían la menor ilusión en cuanto a la tumba, pero se sentían invadidos por un profundo dolor a causa de la muerte intempestiva de Cristo.

Sin embargo, podemos buscar en vano la menor señal o indicación o murmullo de que durante esos primeros cuatro años cruciales cuando los cristianos enseñaban su extraña doctrina dentro de las murallas de Jerusalén, hubiera una corriente de peregrinos a esa gruta silenciosa fuera de la entrada. No llega a nosotros el eco de ninguna controversia entre los muchos que conocían los hechos auténticos y los pocos engañados que enseñaban y al parecer creían de otro modo. ¿Por qué el más difícil de creer de los cultos del cristianismo ha sobrevivido sin dejar rastro de la única forma racional y divergente que, según hubiera sido de esperar, debiera haber dominado y triunfado en su lugar?

O tomemos el mismo problema central desde un punto de vista ligeramente diferente; que el lector se siente y en el silencio de su estudio medite en un asunto muy sencillo, pero penetrante. ¿Por qué se convirtió *Jerusalén* en el centro y foco de esa locura irracional que en los años venideros se extendería hacia el exterior a los límites del mundo romano? ¿Por qué Jerusalén, en lugar de Capernaum o incluso Nazaret? Existen cientos de motivos por los cuales un mito tan demostrablemente frágil como la creencia en la resurrección física de Jesús debió de haber florecido en el terreno abonado de Galilea y de haberse marchitado en el recinto de la auténtica tumba.

Jerusalén fue siempre hostil y nada de simpatizante con el genio de Cristo; Galilea era su hogar. Aquellos que más lo amaban y que más lo llorarían procedían de esa agradable provincia. Nadie duda seriamente que a los catorce días de la crucifixión, Pedro y Andrés y otros del grupo apostólico debieron hallarse a la orilla de ese mar

interior sintiendo el llamamiento de su antigua y honorable profesión. Dado que uno de ellos tuvo una visión, y tal vez todos, pero ¿por qué es que esa mística iglesia de creyentes apareció y echó sus más profundas raíces en Galilea, el hogar espiritual de Jesús, lugar impregnado con su personalidad y enseñanzas? ¿Por qué cada una de las personas contagiadas con esa locura de primavera gravitaba en Jerusalén como el acero atraído por un imán? ¿Por qué una doctrina tan irracional floreció con más facilidad y se arraigó en el lugar exacto de aquello que negaba?

Sólo una respuesta a estas preguntas puede satisfacer por igual el testimonio literal unánime y lo que las circunstancias históricas requerían por su parte. Reside en la suposición de que la historia de la visita de las mujeres a la tumba, tal y como aparece en la simplicidad primitiva del fragmento de Marcos, es la historia real. Fue relatada, no porque tuviera ningún determinado valor apologético, pues como apología puede ser criticada, sino porque las cosas sucedieron así. En otras palabras, era un hecho histórico.

En cuanto pensamos que el relato sobre las mujeres no era una leyenda posterior, sino un hecho histórico, comenzamos a discernir ciertas características de la versión dada por Marcos que imprimen en ella, de modo notable, la característica y evidencia de la verdad.

Consideremos, en primer lugar, la identidad de las mujeres que sabemos visitaron la tumba. Hubiera resultado muy extraño que *nadie* hubiera acudido a rendir el último tributo a un amigo tan noble y amado como Cristo. Y hubiera sido más extraño todavía que el grupo de los que lloraban a Cristo no hubiera sido mayormente mujeres, pues encajan con la perfección de un guante con las circunstancias.

Después de todo Jesús era un hombre y ellas eran sus mujeres. Si se nos hubiera dicho que fue Claudia Prócula, o Lázaro, o incluso Nicodemo el que visitó clandestinamente la tumba creo que, a falta de una poderosa evidencia corroborativa, estaríamos justificados en abrigar dudas, pero ¿quiénes mejor que las madres de sus hombres y la mujer cuya vida había sido profundamente transfigurada

por su influencia para intentar llevar a cabo este último y conmovedor servicio al dirigente muerto? Por lo tanto, cuando el profesor Schmiedel quiere que creamos que la historia acerca de las mujeres no es histórica y probablemente fue circulada por vez primera hacia el final de la Edad Apostólica, debo decir con toda franqueza que no lo creo. Y baso esa conclusión en algo mucho mayor que cualquier hecho que él sugiere, los poderosos e invariables instintos del corazón humano, especialmente el corazón femenino. Considerada una leyenda este relato niega la cosa más probable en toda la historia y es precisamente cuando lo consideramos un hecho que nos encontramos con que se basa firmemente sobre el fundamento sólido e imperecedero de la experiencia humana.

Ahora bien, este sentido de cierta autenticidad vital al considerarlo un hecho, y cierta falta de realidad al considerarlo ficción, se hace más pronunciado cuando estudiamos los detalles de la historia con mayor detenimiento. San Marcos dice que después del extrañó encuentro las mujeres salieron corriendo, y el lenguaje que utiliza sugiere que lo hicieron en un estado de cierta confusión y sobresalto. Sus palabras son: “Y ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto”. Añade a continuación las significativas palabras: “ni decían nada a nadie, porque tenían miedo . . .”

No sabemos lo que originalmente el escritor de Marcos escribió como palabras finales en esta frase, porque el famoso fragmento se interrumpe abruptamente al llegar a este punto, pero sea lo que fuere, el sentido del pasaje principal está claro. Las mujeres, tras presenciar el entierro el viernes por la tarde, decidieron rendir su último acto de respeto y amor a Jesús el domingo por la mañana. Era evidentemente una visita clandestina, en parte debido a que el huerto era propiedad privada, pero sobre todo porque temían a los sacerdotes. La negación acalorada de Pedro en el patio de la casa del sumo sacerdote muestra que era algo peligroso, en aquellas horas durante las cuales las más implacables pasiones se habían desencadenado, el que se vieran asociadas, ni remotamente, con el grupo del Nazareno.

Se pusieron en marcha según un plan acordado de antemano, antes del amanecer, cuando habría poca gente en los alrededores y según ellas opinaban, no cabía duda de que el huerto se hallaría casi con seguridad, desierto. No cabe duda que no tenían la menor idea ni esperaban encontrarse con nada fuera de lo normal. Su única preocupación era la piedra que sabían era pesada y que el moverla muy bien podía ser algo para lo cual no tendrían suficiente fuerza. Mirando a la derecha y a la izquierda a fin de asegurarse que nadie se había percibido de su cometido, se acercaron silenciosamente al sepulcro. Pocos minutos después salían huyendo por la entrada del huerto al camino abierto.

Tal es, en líneas generales, el relato que Marcos ofrece de lo que aconteció, que sin duda aparece como algo sacado de la vida real. Sus defectos como leyenda son una prueba aún más poderosa de su actualidad. El espanto de las mujeres, el que no hicieran más que inspeccionar momentáneamente la tumba, su precipitada huida y su silencio, todos estos son extraños ingredientes en una historia relatada con intención apologética treinta años después o en cualquier otra ocasión después del suceso. Considerado un hecho es como una suave brisa de la verdad que se hizo sentir sobre el paisaje aquella mañana histórica.

Por lo tanto, dos hechos parecen destacar claramente como pertenecientes a la veracidad histórica en este asunto. Primero, que algunas mujeres del grupo de Jesús fueron realmente al sepulcro en las primeras horas del domingo por la mañana; segundo, que pocos minutos después huyeron del huerto en un estado de cierta excitación y sobresalto. Ahora bien, me parece que aparte de lo que el fragmento de Marcos nos dice, debíamos sentirnos precisados a deducir que las mujeres se encontraron con alguien en la tumba. De haber estado desierto el huerto, y de haber venido sencillamente a una tumba vacía (o incluso a una cerrada) podrían haberse quedado sorprendidas, pero difícilmente hubieran emprendido la huida. Se necesita la presencia de alguien o algo que produjera en ellas esa confusión instantánea y la precipi-

tada huida. Y lo curioso es que parece requerir la presencia de un ser humano por lo que quiero pedir al lector que medite en este punto.

Según la naturaleza de las cosas no sabemos y nos es imposible saber cómo un ser humano normal actuaría si fuera posible que se encontrara de repente con un auténtico visitante de otro mundo. Casi resulta tontería el intentarlo. Sin embargo, no puedo impedir sentir que si la visión produjo la clase de impresión que asociamos con un “ángel” el resultado no sería el de inducir espanto, sino más bien un asombro progresivo, una conciencia de la cercanía de algo grandioso y sagrado. Si el visitante poseyera al mismo tiempo el don del habla, habría algo en su voz que aquietaría el temor y llamaría la atención. No es fácil imaginar que semejante visión produjera temor en los corazones de estas mujeres piadosas.

Pero el encontrarse de repente y sin esperarlo con otra persona, sin aviso de ninguna clase, en el interior de una cueva bastante oscura al amanecer, es un asunto totalmente diferente. Nos proporciona precisamente ese elemento de terror mental y moral que el relato de Marcos sobre ese episodio requiere. No debemos olvidar nunca al leerlo, que la visita a la tumba era en el más estricto sentido de la palabra peligroso y arriesgado. No fue accidentalmente o por motivos apologéticos que estas fieles y heroicas amigas de Cristo escogieron el amanecer, pues era el momento más oportuno. Con cada minuto que pasara una vez salido el sol aumentaba su peligro. Evidentemente estaban infringiendo la ley al entrar al jardín y lo sabían. Ese es, me imagino, el significado de la frase: “y temían que alguien las viese”. Es ciertamente un elemento fundamental en el ambiente psicológico de San Marcos.

De esta manera nos encontramos cara a cara con un hecho interesante. Por mucho que lo pongamos a prueba, este relato suena de una manera particular y auténtica como la verdad; no parece una historia inventada muchos años después para dar color y apoyar la teoría cristiana de la resurrección. Parece más bien un recuerdo original de un suceso real y aún así, habiendo dicho esto, dudo mucho

que nos hayamos dado plena cuenta de cuán cerca se halla este famoso fragmento antiguo de lo que el doctor Bartlet llama “los meros hechos históricos”. No creo que jamás entendamos el problema de la resurrección a menos que estemos dispuestos a reconocer que la historia de la aventura de las mujeres, tal y como aparece en esta temprana narrativa, no sólo es la historia verdadera en el sentido de que las mujeres fueron realmente a la tumba y salieron huyendo al descubrir que había otra persona en el sepulcro, sino que es verdad en el sentido más profundo e importante de que el lugar que visitaron era realmente *la tumba original de Cristo*.

Quisiera rogar al lector que buscara un lugar donde pudiera meditar en silencio acerca del suceso y su conclusión lógica. No olvide que todas las hipótesis que han llegado hasta nosotros desde la remota antigüedad, que intentan explicar el fenómeno de la resurrección, toman como suposición básica el vacío físico de la auténtica tumba.

Esto resulta un tanto más notable si tenemos en cuenta que la crítica estrictamente racional no faltaba ni siquiera en aquellos primeros tiempos del cristianismo. Cada vituperio imaginable y acusación que era posible lanzar contra los discípulos y su causa aparecen reflejados en la literatura. Leemos con bastante detalle, por ejemplo, de la acusación que hicieron a Jesús de que era nacido de fornicación, que los discípulos iban a prender fuego al templo, que no podía hallar a José de Arimatea cuando lo necesitaban, que las mujeres fueron vistas junto a la tumba cuando aún era medianoche, que el cuerpo fue descubierto por Pilato en un pozo cercano. Podemos hallar estas y otras muchas indirectas en la literatura apócrifa. Sin embargo cuando nos encontramos por fin con indubitables fragmentos de controversia acerca del asunto real vemos, no como era de esperar, que el que la tumba estuviera vacía era algo que negaban categóricamente y tenazmente, sino que los discípulos eran acusados de haber secuestrado el cuerpo. Resulta extraño que estos intelectuales perspicaces de Judea fueran incapaces de resolver el argumento incontestable de que ¡nadie la había tocado!

También es extraño que nadie pensó jamás en lo conveniente de enfrentar con los discípulos, y especialmente a las mujeres, al individuo que, sin lugar a dudas, sabía lo que había sucedido. *Porque esa mañana hubo un testigo en el huerto.*

Por la misma ironía de las circunstancias, en el día en que las mujeres vinieron a la tumba, a la misma hora de su visita (es decir, poco después del amanecer) y exactamente en el mismo lugar que, desde el punto de vista de la hipótesis, es de suprema importancia, había un joven trabajando. El no sólo vio a las mujeres aproximarse y salir corriendo, sino que (se nos dice) reconoció el error de las mismas y trató de indicarles dónde se hallaba la auténtica tumba. Era, por lo tanto, un observador independiente y apartado de todo el episodio.

Teniendo en cuenta la hora excepcionalmente temprana en que tuvo lugar el encuentro, es razonable suponer que el joven debía de ser o el jardinero oficial del lugar, el que custodiaba el mismo, o un trabajador que preparaba la tumba para un entierro inminente. En ambos casos llegamos a una situación profunda e incluso absurdamente destructiva de la visita de las mujeres. Si el joven que sorprendieron en la tumba era el jardinero, estaba allí para que le preguntaran a cualquier hora, y para dar la versión auténtica de lo que había acontecido. Difícilmente se puede argumentar que no recordaría encontrarse con tres mujeres inquietas a una hora tan poco corriente y que iban a realizar una misión un tanto excepcional. Si era un trabajador, que preparaba la tumba para un entierro, entonces algún ciudadano judío había sido efectivamente enterrado en una tumba equivocada hacía tan sólo unas pocas horas.

Por lo tanto había el joven al que se podía recurrir, estaban los amigos, los familiares y los que plañían al muerto, que disponían de una ocasión bien triste para saber que este último había sido enterrado a pocos metros del conocido Nazareno. ¿Acaso nos es posible imaginar que, existiendo toda esta evidencia concluyente, los enemigos personales de los discípulos (y eran muchos) no habrían de aprovecharla?

No cabe duda que ello no es posible y, en esa simple respuesta, al menos en mi opinión, se encuentra motivo para descartar la teoría del error de las mujeres, pues tanto si relataron su historia a los siete minutos o, según cree el doctor Lake, al final de las pocas semanas después, el resultado hubiera sido el mismo. Pensemos en esos cuatro años de persistente propaganda, de una convicción más profunda y el éxito. Pensemos en las discusiones y argumentos que tendrían lugar cada semana en las sinagogas y las innumerables controversias privadas en cuanto a si Jesús era o no era el Mesías. Pensemos en los saduceos que ocupaban lugares de importancia y que estaban dispuestos a llegar a cualquier extremo con tal de desacreditar y echar abajo la causa. Hemos de pensar también en que la oposición de repente se vería reforzada por la mente lógica e inflexible de Saulo.

Pensemos en todos estos hechos admitidamente históricos y después consideremos la evidencia que podría haber dado al traste con todos esos argumentos sencillamente andando una distancia no superior de la que existe entre Hyde Park y el Marble Arch. Pensemos también en otro asunto. ¡Qué gran ímpetu hubieran dado a esa veneración contemporánea del lugar *auténtico* donde reposaba Jesús, del cual, como hemos visto, no existe el más mínimo rastro!

Personalmente estoy convencido de que ningún grupo de hombres y mujeres podría haber predicado con éxito y persistencia en Jerusalén una doctrina que implicaba el que la tumba estuviera vacía, si efectivamente no lo hubiera estado. Los hechos eran demasiado recientes, la tumba demasiado cercana a ese centro en ebullición de la vida oriental. Todos los artificios del mundo no podrían haber comprado el silencio de la antigüedad o haber dado a los hechos registrados su impresionante unanimidad. Sólo la verdad misma, en toda su sencillez inevitable, podría haberlo logrado.

Me gustaría que el lector notara además un detalle muy curioso y sugestivo en la narrativa, al que, por diferentes motivos, no se ha aludido lo suficiente hasta ahora. Atañe al joven al que, según San Marcos, las mujeres

sorprendieron ocupando la tumba. Este es asunto que requiere un detenido estudio.

San Marcos no nos deja en la menor duda en cuanto a si este joven se hallaba cerca de la tumba o trabajando a corta distancia de la misma. Nos dice con toda claridad que estaba “sentado al lado derecho”. Por lo tanto, su presencia permaneció sin revelar hasta ese momento terrible en que las mujeres se disponían a entrar en la cueva. De ahí su evidente espanto y precipitada huida. De haber sido ese joven el jardinero del lugar, trabajando abiertamente a la vista de todo el que llegara, no cabe duda de que las mujeres nunca hubieran llegado hasta la entrada del sepulcro. Lo más probable es que se hubieran detenido a cierta distancia y, una vez decidida la retirada, lo hubieran hecho así de modo discreto y desapercibido, pero este no es, lógicamente, el cuadro que nos ofrece Marcos. Según nuestro documento el impacto se produjo justo a la entrada de la cueva donde, como es natural, menos se lo esperaban.

Por lo tanto, si este elemento de la repentina sorpresa resulta esencial al cuadro de Marcos, ¿qué hemos de inferir en cuanto a la extraña presencia del visitante? El interior de una cueva oscura y vacía al amanecer es un lugar de reposo bastante extraño para un trabajador que se dispone a realizar un trabajo serio. Si era el jardinero, ¿qué hacía dentro del sepulcro cuando podía haber descansado mucho mejor al aire fresco? ¿Por qué la necesidad de reposar en el ambiente malsano del sepulcro cuando apenas había amanecido? No parece existir motivo aparente para que un ser humano corriente ocupara la cámara mortuoria a una hora tan intempestiva, a menos que hubiera venido con ese propósito y tuviera un interés muy concreto en la tumba.

Y es precisamente ese intenso interés en el contenido de esta tumba en particular lo que puede explicar de manera adecuada por qué un joven que acababa de correr todo el camino desde Jerusalén, pudo ser descubierto unos pocos minutos después “sentado en la tumba”. Debía de existir algo particularmente provocativo a la mente al imaginar el espectáculo de la tumba vacía, en especial si,

como afirman dos de los Evangelios, las ropas mortuorias se hallaban todavía en el interior. Podemos imaginarnoslo meditando lo que ese extraño fenómeno podía significar hasta que pocos minutos después se quedó perplejo por el sonido de los pasos y las voces que procedían del exterior. Durante un breve instante la figura de una mujer joven oscureció la entrada y desapareció, y al salir corriendo vio a tres mujeres que huían aterrorizadas. Les gritó un mensaje que o no oyeron o estaban demasiado nerviosas o asustadas como para prestarle atención. Este es sólo un detalle insignificante que el que piensa en un ángel pasará por alto, pero resulta profundamente impresionante si lo miramos como parte integrante de los hechos originales.

Pero existe aún un motivo mucho más poderoso para creer que el lugar que las mujeres visitaron no podía haber sido otro que el de la tumba original de Cristo. Es evidente, si pensamos en ello por un momento, que María Magdalena y sus amigas debieron relatar su historia tan pronto como fuera posible teniendo en cuenta su seguridad y la de los discípulos. El suponer que tres mujeres (dos de ellas ya pasaban de los cincuenta) pudieran pasar por una experiencia tan tremenda, una experiencia que sin duda hubiera dejado huella indeleble en sus mentes, y que no hubieran dicho nada sobre ella ni siquiera a sus más íntimas amistades, resulta absurdo. El doctor Lake, sin embargo, ha solicitado la demora de unas tres semanas basándose en que los discípulos no estaban en Jerusalén. Digamos, por el momento, que fue así, pero una vez que estos hubieron regresado no podemos imaginar que las mujeres siguieran guardando silencio. Es cierto que esta reunión esencial no pudo tener lugar más tarde que la fiesta de las semanas, durante la cual, por acuerdo universal, todo el grupo se reunió de nuevo en Jerusalén. Por lo tanto los discípulos estaban enterados de la historia antes de la fecha vital de Pentecostés. De no haber relatado las mujeres su historia por aquel entonces, no cabe duda que nada les hubiera hecho contarla.

Y aquí es donde nos encontramos por primera vez con un hecho de profunda importancia histórica, puesto que está claro que *los discípulos no hicieron uso de la*

historia de la resurrección como evidencia de la misma. En los famosos sermones de pascua no existe la más mínima mención de la experiencia de las mujeres, a pesar de que estos sermones fueron los que lanzaron el movimiento cristiano en su curso histórico. Tampoco encontramos la más mínima insinuación de que fueran utilizados en los otros discursos de los Hechos. Y, como para remachar el asunto, existe un curioso y sugestivo silencio a lo largo de las epístolas misioneras, incluyendo la célebre epístola de San Pablo a los Corintios, donde, de haberlo esperado, más probablemente lo hubiéramos encontrado. En toda esta variada literatura y correspondencia hay un total descuido de la evidencia de las mujeres que casi llega a ser una omisión. Sin embargo, San Lucas, que tuvo parte muy activa en la obra de la iglesia primitiva, y que durante largos meses fue el compañero inseparable de San Pablo, evidentemente conocía la historia, ya que la relata en su propio Evangelio y lo mismo se puede decir de San Marcos, que también pasó algún tiempo con San Pablo.

¿Cuál es la explicación de esta omisión evidente e intencionada de una fase de las experiencias de la Pascua de Resurrección que más adelante se convertiría en una de las más preciadas memorias cristianas? ¿Por qué es que cuando fueron escritas toda esa serie de relatos sobre la vida de Jesús, incorporando aquellas tradiciones que por su uso prolongado se habían grabado de manera imperecedera en las memorias de la iglesia, encontramos este relato acerca de las mujeres profundamente incrustado en el centro de todo el asunto? *Existe* una explicación que satisface plenamente éste y otros aspectos diferentes de este problema tan polifacético.

Volvamos atrás una vez más a las primeras horas de aquel memorable Domingo de Resurrección. Como todo el que haya estudiado atentamente los Evangelios sabe, existen poderosos motivos para creer que el mensaje que María Magdalena trajo a la ciudad poco después del amanecer no era a efectos de que Jesús había resucitado, sino que por algún motivo inexplicable *se habían llevado el cuerpo*. Este es el testimonio claro del relato que nos muestra lo que una de las mujeres realmente dijo a los

pocos minutos de su descubrimiento.

Debemos de imaginarnos a estas tres mujeres, después de su aterradora experiencia junto a la tumba, corriendo con toda su alma lejos de ese lugar espantoso hacia la carretera. Sus edades variaban. María Magdalena era una mujer joven y las otras dos eran madres de hombres crecidos. Al llegar al camino público hubieran debido pensar en que alguien debía adelantarse para informar a los discípulos. María Magdalena, como la más joven y ágil del grupo, sería sin duda la que se ofrecería, dejando que las mujeres mayores siguieran a su paso. Pocos minutos después leemos acerca de una joven que llega sin aliento y llama a la puerta de una cierta casa en Jerusalén y entrega su mensaje histórico: “Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto”.

Ese fue el mensaje, en toda su desesperación y urgencia original, que María Magdalena dio a los discípulos Pedro y Juan. Entretanto, creo que es muy probable que las dos mujeres mayores, volviendo al hogar lo rápido que les era posible, dieran a sus amistades un relato más completo de lo que había sucedido, en el que predominaría la visita inesperada al sepulcro. Es más, hasta es posible que ya hubiera pasado por sus mentes la posibilidad de que el joven fuese un ángel lo cual explicaría la afirmación en el documento de Emaús conservado por San Lucas:

Aunque también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las que antes del día fueron al sepulcro; y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, quienes dijeron que él vive.

De modo que las primeras horas de la mañana transcurrieron con la emoción y las confusas preguntas sobre lo que los sucesos en el huerto podían significar.

Si todo hubiera terminado aquí el curso de la historia pudo haber cambiado, ya que no puede haber la menor duda de que cuando los discípulos se convencieron por fin de que el Señor había resucitado, el testimonio de las mujeres aparecería como evidencia, se hubiera investigado

la identidad del joven y todo el asunto del encuentro en el sepulcro se hubiera convertido en materia de discusión pública; pero, según entiendo la situación, los acontecimientos siguieron un curso totalmente diferente y tremendo. Antes de que el sol hubiera llegado muy alto en el cielo oriental comenzó a circular un extraño, pero concreto rumor por las calles abarrotadas y por los bazares de la ciudad, y procedía no de medios dudosos, sino de los miembros de la guardia del templo. Los detalles fueron circunstanciales y la historia era que los discípulos habían robado el cuerpo del Nazareno.

El impacto cayó, en toda su amarga injusticia y con sorprendente rapidez, sobre un grupo que aún no se había juntado de nuevo después de la precipitada huida del jueves por la noche. Amenazaba la seguridad de todos aquellos que se sabía que habían tenido alguna relación con el Nazareno, por remota que fuera. Aquella noche, a hora ya avanzada, los discípulos consideraron necesario reunirse bajo condiciones muy secretas tras las puertas cerradas. Aquella noche comenzaron también, según las antiguas tradiciones, las apariciones, esas extrañas proyecciones del mundo del espíritu al mando del sentido.

Por confusos que estos sucesos pudieran parecer a aquellos que los vivieron, un hecho está claro. No se ponía en duda el que la tumba estuviera realmente vacía. En cuanto reconocemos esto nos damos cuenta de los motivos históricos por los que se suprimió la historia de las mujeres.

La experiencia de las mujeres no se utilizó como evidencia en ninguna ocasión durante la temprana controversia judeo-cristiana por dos razones muy sencillas, pero suficientes. En primer lugar, no probaba nada que el otro lado no hubiera admitido ya. El único hecho que la historia podía demostrar era que, sobre las seis de la mañana del domingo, el cuerpo de Jesús no estaba ya en el lugar que José lo había colocado, pero ¿quién quería demostrar algo que no sólo era del conocimiento general, sino que era la base de una grave acusación contra los mismos discípulos?

En segundo lugar, la historia posee la más grave debilidad al reconocer que ciertos miembros del grupo

cristiano habían estado merodeando por los alrededores del sepulcro en secreto y a una hora un tanto sospechosa de la mañana en cuestión. Admitir esto era algo que no beneficiaría para nada a los discípulos en las circunstancias determinadas en que se encontraban. En todas las edades la esencia de una buena defensa contra una acusación grave ha sido la de aportar una coartada. Si se acusa a un hombre de haber cometido un asesinato en Lincoln's Inn Fields y éste puede demostrar que a la hora en que se perpetró el hecho estaba durmiendo en su cama en Notting Hill, seguramente quedará en libertad. Sin embargo, si admite al ser interrogado que esa noche había salido y se hallaba en el vecindario de Lincoln's Inn Fields poco tiempo después de la hora del asesinato, y estaba buscando al muerto, aumentará diez veces las dificultades del dictamen.

Esa era, en mi opinión, exactamente la situación en que se encontraban los seguidores de Jesús. Se les acusaba públicamente de haber secuestrado el cuerpo, acusación difícil de impugnar incluso de haberles sido posible el que se presentaran abiertamente, pero tenemos motivos para creer que se hallaban escondidos, reuniéndose tras las puertas cerradas de manera clandestina. ¡Lo que hubiera significado para ese pequeño remanente disperso del grupo de Cristo haber admitido abiertamente que las mujeres habían estado en el sepulcro! ¡Qué gran ventaja para sus oponentes poder haber dicho que, por su propia confesión, los cristianos habían estado en los alrededores del huerto al amanecer!

Cualquiera que considere imparcialmente el asunto se dará cuenta de que durante esa semana inolvidable, cuando nadie sabía qué nuevos peligros y humillaciones le aguardaban, la tendencia era decir lo menos posible acerca de la malograda visita a la tumba. Y por sorprendente que pueda parecer, el que los cristianos primitivos evitaran conceder mucha importancia al testimonio de las mujeres, permaneciendo inalterado durante los primeros tiempos del cristianismo.

Resulta imposible leer los primeros capítulos de los Hechos con sus detallados relatos de la predicación primitiva sin sentirse impresionado por la completa ausen-

cia del debate sobre la tumba. De haberse dudado de verdad que el cuerpo faltase, la aventura de las mujeres y lo que implicaba hubiera sido lanzada por la misma fuerza arrolladora de los acontecimientos al primer plano de la dialéctica cristiana, habiendo eclipsado toda otra consideración, porque hasta que eso quedara establecido, nada fundamental a la tesis cristiana se hubiera mantenido.

Pero indudablemente los discípulos evitaron tener que enfrentarse con esa interminable e infructuosa contienda. Los hechos eran tan bien conocidos que la campaña que realizaron podía gozar de mayor éxito en Jerusalén, donde se hallaba la tumba abandonada, que en cualquier otro lugar del mundo. Fue esto lo que les permitió concentrarse (como muestran claramente los Hechos) sobre las dos disputas principales que finalmente causó el cisma en el judaísmo, es decir, que Jesús era el Mesías prometido y que había sido resucitado por la misma mano de Dios. No podrían haber alcanzado esta etapa tan avanzada en las discusiones con tanta rapidez de no haber sido por el hecho físico de que la tumba estaba vacía y todo el mundo lo sabía.

Podemos ver así, como un hecho histórico, como la aventura de las mujeres a la tumba cayó, por así decirlo, en olvido relativo, junto a asuntos de mayor y vital importancia determinados por los acontecimientos, aunque la memoria de la visita fue atesorada por las propias mujeres, porque sólo ellas tuvieron el honor de rendir un servicio muy humano a su Maestro en un momento de gran peligro e incertidumbre. Los discípulos también lo sabían y, sin duda, en tiempos de mayor calma se incluyó en las instrucciones a la iglesia. Y de esa extensa divulgación de la historia por todas las iglesias cristianas de Europa y Asia surgieron todos esos relatos, de los cuales las versiones de San Lucas y San Mateo son típicas.

De esta manera el joven que estaba en el sepulcro, que era realmente un joven en el relato original, se convirtió con el tiempo en el gran ángel de San Mateo y los dos poderosos y deslumbrantes visitantes celestiales de San Lucas. De este modo también el que alguien hubiera removido la piedra, la veracidad de cuya historia sólo era

conocida por los sacerdotes, se convirtió en objeto de numerosas conjeturas, algunas de las cuales dicen que se movió por sí sola, otras que los ángeles la movieron, pero detrás de todas estas versiones secundarias se hallaban los hechos sencillos e históricos.

Cuando reconocemos esto con claridad es cuando comenzamos a comprender algo del significado del maravilloso documento que a lo largo de estas páginas he descrito como el fragmento de Marcos. Muchos años después, cuando se iban desvaneciendo las esperanzas de que Cristo regresara de inmediato, y la iglesia se iba preparando para su labor histórica, se sintió la necesidad de recopilar los datos sobre los sucesos sobresalientes de la vida y muerte de Jesús. La más antigua historia existente de esa clase es el famoso fragmento de San Marcos. Si el escritor fue Juan Marcos, se hallaba especialmente bien dotado para relatar la historia, en especial los últimos capítulos. Era un joven de Jerusalén que vivió durante esos días tempestuosos y es evidente que tenía acceso a información de primera mano por lo detallado y la sorprendente agudeza y fidelidad de su relato. Sólo un escritor que conociera los hechos de cerca podía ofrecernos un cuadro tan inolvidable como aquel del huerto de Getsemaní. Afirmo, además, que existen detalles en la descripción de la aventura de las mujeres que sugieren una procedencia similarmente auténtica.

Por algún motivo San Marcos creía que Jesús no sólo había predicho su propia muerte, sino también su resurrección. Creía, además, que poco antes de su muerte, en el camino a Getsemaní, Nuestro Señor repitió ese solemne aviso. Con estas ideas en su mente, y con la información de primera mano que llegó hasta él de otros medios, junta y construye una de las descripciones más gráficas de toda la literatura, que sobresale por encima de las demás por su objetividad y la cristalina cualidad de su claridad.

Describe las horas de espera en el huerto y el arresto a media noche con palabras que claramente se basan en hechos. Nos ofrece un relato muy claro del juicio ante Caifás y la humillación de Pedro. Describe el juicio romano, el camino al Calvario, y la crucifixión, en un

lenguaje tan sencillo y al mismo tiempo conmovedor, que el lector se siente traspasado y profundamente conmovido.

Describe cómo, justamente cuando la tremenda tragedia tocaba a su fin, José de Arimatea fue a Pilato para pedir permiso para enterrar el cuerpo y lo obtuvo. Relata cómo las mujeres entristecidas y abatidas siguieron los pasos de José y vieron dónde era colocado el cuerpo y cómo, cuando el sol se puso esa terrible tarde, la piedra fue rápida, pero reverentemente colocada sobre la entrada a la cueva. También explica cómo, habiendo traído especias durante el fin de semana, las mujeres se levantaron temprano el domingo por la mañana y vinieron a la tumba al amanecer.

Al considerar lo que viene a continuación no debemos olvidar, ni por un momento, que San Marcos probablemente ponía por escrito, por primera vez, la historia de las experiencias de la Pascua de Resurrección y, por algunos motivos, los hechos originales variaban de lo que normalmente se enseñaba en extensas zonas de la iglesia cristiana.

El mero hecho de que se concediera tan poca importancia a la experiencia de las mujeres en la predicación pública de los primeros discípulos, dejaba abierta la posibilidad de creer las cosas más diversas en cuanto a lo que sucedió en el sepulcro. En algunos círculos se creía y se enseñaba que un ángel descendió y habló a las mujeres y en otros que hubo dos ángeles. El carácter extendido y diverso de estas creencias aparece con toda claridad en el primero y tercero de los Evangelios. San Mateo y San Lucas no *crearon* estas versiones, sino que registraron, sin duda, con fidelidad lo que se había creído y enseñado durante largo tiempo en centros totalmente separados de la labor de la iglesia.

Por lo tanto, al escribir la historia de estos acontecimientos, San Marcos se encontró con una tarea difícil y delicada. Y que él era tan sólo un joven durante la crucifixión, era uno de los pocos que habían sobrevivido en la iglesia primitiva, había vivido a lo largo de esa semana turbia en Jerusalén, y conocía la esencia de los hechos tal y como la conocían los primeros discípulos, pero no podía escapar al hecho de que la verdadera historia, en toda su

franqueza y sencillez, fuera como un jarro de agua fría para aquellos que se habían criado a la luz de los relatos más resplandecientes y sobrenaturales.

Para aquellos que estaban acostumbrados a creer que las mujeres se habían encontrado con un ángel al llegar al sepulcro, debió de extrañarles mucho que no proclamaran de inmediato la resurrección y trajeran a toda Jerusalén al huerto a fin de que fueran testigos del resultado. Se trataba del antiguo problema del “vacío de las siete semanas”.

Pero San Marcos conocía los hechos y anticipándose a ese asunto, escribió una frase que o no llegó nunca a completarse o se ha perdido el final:

Ni decían nada a nadie, porque tenían miedo . . .

Se ha escrito mucho con la intención de demostrar que lo que San Marcos quiso decir con estas palabras es que las mujeres mantuvieron un silencio absoluto. Es un hecho admitido que era algo poco natural, pero ahí están las palabras y según ciertos críticos no pueden ser interpretadas de ninguna otra manera.

Me atrevo a sugerir que admiten una explicación un tanto más sencilla y natural, y a fin de apoyar ese argumento voy a llamar como testigo nada menos que al propio escritor del fragmento, es decir, a San Marcos.

Sucede que en el capítulo 1, versículo 44, del Evangelio de San Marcos, hay una frase tan similar en su construcción e intención a la que estamos estudiando como para establecer un sorprendente paralelo. Jesús acababa de curar a un leproso de su enfermedad y estaba ansioso de que no corriera la noticia de esta curación. San Marcos dice que Jesús le amonestó y le mandó de inmediato diciendo: “No digas a nadie nada . . .” Nótese con cuidado la similitud entre las dos frases: “ni dijeron nada a nadie” y “no digas a nadie nada”. Ambas contienen la misma palabra: “nada”. Ambas proceden de la misma pluma. ¿Se nos justifica el creer que el silencio debía considerarse incondicional? Podríamos escribir volúmenes enteros para demostrar que así debiera ser, pues desde el

punto de vista estrictamente lógico, y una vez fuera del contexto, las palabras no pueden tener ningún otro significado, pero *estaríamos equivocados*, porque he aquí la frase completa que escribió Marcos:

Y le dijo (Jesús): Mira, no digas a nadie nada; sino ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación lo que Moisés mandó, para testimonio a ellos.

El momento en que seguimos el pensamiento completo del escrito, es evidente que usa las palabras: “no digas a nadie nada” en el sentido: “no hagas correr la noticia, guárdala para ti y para los que más íntimamente les concierne”. Porque de inmediato viene lo que de otro modo sería una contradicción del mandamiento original.

Con todos mis respetos al profesor Kirsopp Lake, al reverendo P. Gardner-Smith, y a aquellos críticos que afirman que San Marcos implicaba un silencio absoluto e incondicional en las mujeres, estoy convencido de que están equivocados y que las palabras no contienen el significado extremo que se pretende. La frase, tal y como la usa San Marcos en relación con la aventura de las mujeres, es palpablemente *una expectación a una pregunta* que aparecería en la mente de todo lector a quien esta biografía recién escrita le llegara como tema de profundo interés. La gente diría: “Si las mujeres descubrieron la resurrección tan temprano el domingo por la mañana, ¿por qué no se despertó a toda Jerusalén y se les invitó a que presenciaran el resultado?” La respuesta a esta pregunta es exacta y estrictamente histórica: “Ni decían nada a nadie, porque tenían miedo . . .”

De este modo, a la larga lista de testigos, cuyo testimonio hemos considerado a lo largo de estas páginas, como el de Simón el pescador que se halló al frente de la batalla original en Jerusalén, de los escritores de San Lucas, San Mateo y San Juan, de Santiago el justo, de Saulo de Tarso, de los autores o editores de los evangelios apócrifos de Pedro y Nicodemo, incluso al testimonio de la gran

piedra, debemos finalmente añadir el escritor del más famoso fragmento en toda la literatura, la frase incompleta de San Marcos.

reserva en cuanto a la causa del movimiento de la piedra, de manera realmente sorprendente. San Lucas dice:

El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, trayendo las especias aromáticas que habían preparado. Y hallaron removida la piedra del sepulcro, entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús.

La versión de Juan no es menos particular y sorprendente:

El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro: y vio quitada la piedra del sepulcro. Entonces corrió . . .

En cada caso las mujeres llegan y se encuentran con que la piedra ha sido movida, sin embargo no existe por parte de los escritores la menor sugerencia de cómo sucedió. Sólo cuando leemos el Evangelio de Mateo vemos que un gran ángel descendió y movió la piedra.

Ahora bien, lo curioso y significativo es lo siguiente: Podemos leer de cabo a rabo los escritos apócrifos, sin hallar la más remota sugerencia de que el Señor mismo rompiera las barreras de su propia prisión. Se nos dice que “la piedra se movió por sí sola” o que seres sobrenaturales descendieron y la movieron, pero en ningún lugar hallamos escrito el milagro evidente de que el propio Jesús echara abajo las defensas físicas de la tumba.

¿Por qué nadie dijo jamás que el Señor mismo, por su propio poder y fortaleza, echó a un lado la piedra y logró librarse de la cueva? ¿Por qué cada uno de los documentos que discute el asunto supone que la piedra fue movida *desde afuera*, o por un ángel o por un poder invisible?

Sugiero que nos hallamos en presencia de un hecho histórico de gran profundidad y largo alcance, un hecho que coaccionó a todo el mundo y finalmente desvió el mismo curso de la tradición. El mover la piedra fue algo que no se le achacó al poder del Señor resucitado porque

Capítulo 15

El criado del sacerdote

¿Quién era el joven que, de ser auténtica esta interpretación, se anticipó a las mujeres y compartió con ellas las primeras experiencias de aquella mañana memorable? Probablemente nunca lo sepamos, porque si San Marcos retuvo su nombre debió de ser por muy buenos y suficientes motivos, pero existe una idea en ese sentido que me atrevo a pensar merece un estudio profundo y repetido.

Si el lector toma los últimos ocho versículos del Evangelio de Marcos (capítulo 16, versículos 1 al 8) y los estudia detenidamente, recordando que probablemente representan el más antiguo de los relatos escritos acerca de los sucesos, creo que un hecho le llamará profundamente la atención: la ausencia de la menor insinuación o sugerencia sobre cómo es que la piedra fue movida. Una cortina impenetrable desciende de repente al final del entierro del viernes por la tarde y no se levanta hasta el amanecer del domingo, cuando la piedra ya había sido movida. ¿Es posible que la Iglesia, tan tarde como el año 58, no supiera nada de lo que sucedió durante ese crítico período o acaso San Marcos escribía bajo la presión de alguna intensa reserva?

Vale la pena meditar en este hecho pues en los pasajes paralelos de San Lucas y San Juan hallamos la misma

había hombres en Jerusalén que conocían los hechos auténticos tocante a lo que sucedió en las horas de oscuridad antes del amanecer del domingo. Esos hechos impidieron que la hipótesis siguiera adelante con verdad y para encontrar la evidencia sobre ello, es preciso que volvamos de nuevo a esa antigua y curiosamente arcaica historia de la guardia.

Ya he expuesto la razón por la que creo que en la versión original y auténtica de este relato los sacerdotes fueron a Pilato, bien el sábado por la tarde o por la noche, esperando llegar a un acuerdo con él acerca de la política a seguir en la tumba, precaución altamente deseable en vista de la actitud impredecible de las multitudes cuando la restricción de la observancia del día de reposo fuera reprimida. Pilato se negó a conceder la petición, como claramente muestra la versión de San Mateo, y a los sacerdotes no les quedó más remedio que hacer uso de la guardia del templo para esta labor necesaria.

Existen dos buenos motivos por creer que la versión de San Mateo en lo que a este incidente se refiere, si bien no es tal vez la forma original y más antigua del relato, se acerca tanto a la original que constituye una base de gran valor para el estudio histórico. En primer lugar, es el relato más antiguo en que la historia nos ha llegado y, en segundo lugar, no posee ninguna de esas cosas ilógicas que más adelante se introducirían.

Este hecho queda demostrado patentemente en el lenguaje de la garantía que los sacerdotes ofrecían a los miembros de la guardia: “Si esto lo oyere el gobernador nosotros persuadirémosle y os pondremos a salvo”. Siempre que consideremos a la guardia un destacamento romano, puesto por el propio Pilato bajo las órdenes de un centurión (como parece haber sucedido en los últimos relatos), esta garantía parecerá un tanto ilógica y absurda. Se sabía perfectamente que el castigo por dormir de servicio era la muerte, y ni Anás, ni Caifás, ni ningún miembro de la camarilla judía tenía poder para proteger a un solo soldado romano de la ira de Roma.

Pero Caifás, como sumo sacerdote en función y árbitro supremo de los destinos civiles de Judea, poseía

indudablemente el poder para proteger a un miembro de su propio círculo, actuando bajo órdenes, en el caso poco probable de que el procurador se interesara en un asunto que ya había depositado en manos de los judíos. Las mismas palabras: “Si esto lo oyere el gobernador” muestran que era un hecho muy remotamente probable. Menciono este punto aquí porque se han hecho muchas críticas superficiales e inconsideradas contra una característica de la historia que no formaba, ni pudo haber formado, parte del relato original.

Pero existe una evidencia mucho más profunda y sugestiva sobre la historicidad del relato y que se encuentra en los documentos. Esta reside en las dos últimas palabras de la explicación atribuida a los sacerdotes: “los discípulos lo hurtaron *mientras dormíamos*”.

¿Qué hacen semejantes palabras en un documento procristiano, de amplia circulación por toda Palestina, si no representan algo muy real en la acusación original? Concedamos que el relato de una guardia junto a la tumba tenía cierto valor apologético para los cristianos primitivos, ya que hacía más difícil que las personas imparciales creyeran en el secuestro del cuerpo, pero la esencia de esta defensa era que la guardia se mantuviera despierta. *Una guardia que durmiera de nada servía a los cristianos* y resultaba inútil y peligrosa como apologética. ¿Por qué es entonces, que esta extraña referencia a que la guardia dormía se halla incrustada no sólo en la fraseología de la propia acusación, sino también en la versión cristiana de lo que aconteció?

Yo expongo que la naturaleza extraña y particular de las circunstancias no dejaron alternativa a los sacerdotes ya que no se atrevían a decir toda la verdad. Es posible que la guardia se quedara dormida, de puro agotamiento, durante una parte de esa noche memorable. Si recordamos que esos hombres habían sido traídos, a muy corto aviso, de la policía del templo que había estado prácticamente de servicio desde el arresto el jueves anterior, vemos que no es improbable. El montar guardia sobre un huerto desierto, fuera de las murallas de la ciudad, durante las horas de oscuridad de una noche de abril, después de un largo

período de servicio agotador en otro lugar, podía muy bien haber carecido de todo interés, y resultado monótono. Seguramente no habría la menor señal de ningún visitante nocturno y según avanzaban las horas ¿es de sorprender que se apoderara el sueño de ellos?

Debido a que los documentos han perecido, la verdad acerca de este asunto probablemente no se sabrá nunca, pero existe una insinuación en un oscuro y olvidado documento, que para mí tiene particular importancia. Se halla en ese extraño fragmento, del cual sólo unas pocas frases han sobrevivido, el Evangelio de los Hebreos. En ese documento existe un pasaje que describe cómo Jesús, después de su resurrección, se apareció a su hermano Santiago. Lo voy a dar completo:

Cuando el Señor hubo entregado la tela de lino al criado del sacerdote, fue a Santiago y se le apareció (porque Santiago había jurado no comer pan hasta la hora en que hubiera bebido la copa del Señor y le hubiera visto resucitado de nuevo de entre los que duermen), y poco después: “Tráeme, dice el Señor, una mesa y pan” e inmediatamente añade: “Tomó el pan y lo bendijo y lo partió y diólo a Santiago el justo y le dijo: Mi hermano, come tu pan, porque el Hijo del Hombre ha resucitado de entre los que duermen”.

¿Qué nos llama tanto la atención en este famoso pasaje? Principalmente, como es natural, que el hecho central a que se refiere viene confirmado independientemente por dos consideraciones históricas de gran peso. Primero, es incontestable que, a pesar de su primera y genuina hostilidad, Santiago, el hermano de Jesús, se pasó a la iglesia y que, según la autoridad de Josefo, pereció violentamente por su causa. En segundo lugar, existe la auténtica voz de Pablo, que nos llama, por así decirlo, con una cierta insistencia silenciosa a través de los siglos, diciendo: “Se le apareció a Santiago”. El acuerdo de dos testigos semejantes presta a este pasaje una autoridad casi exclusivamente propia.

¿Qué debemos, pues, concluir de esa frase a la vez curiosa y significativa, que relata cómo Jesús “entregó la tela de lino al criado del Sacerdote”? ¿Acaso se trata de una invención, fruto de la imaginación o nos hallamos aquí frente a un detalle vagamente recordado sobre la noche original? Me atrevo a sugerir al lector que no aventure una respuesta demasiado rápida.

Si algo en el Nuevo Testamento saldrá incólume de la presente confusión religiosa e intelectual es el carácter auténtico y objetivo de las apariciones. Este fenómeno no pudo ser producto de la pura imaginación, sino que más bien parece requerir una fuerza aún por descubrir y ejercida desde afuera. La explicación sencilla, como es natural, es que las manifestaciones ocurrieron donde estaba el propio Jesús. Existen señales en los Evangelios que podían haber surgido dificultades de un tipo científico muy real y estricto en lo que se refiere a la comunicación entre (por falta de palabras más exactas) lo que podemos llamar el mundo del espíritu y el mundo del sentido. Las apariciones *diurnas* poseen una cierta cualidad que sugiere que de vez en cuando resultaba difícil reconocerlas o, como diría un físico actual, la visibilidad era pobre.

Pero los paralelos que poseemos parecen indicar que la oscuridad es favorable a ciertas formas delicadas de la transmisión y la recepción. ¿Acaso las señales en nuestra radio no se debilitan y se recobran al pasar el crepúsculo a la noche?

Tengo la impresión de que, no sólo basándome en este pasaje aislado del Evangelio de los Hebreos, al acercarse el amanecer a ese silencioso huerto, algo sucedió que hizo que uno de los que contemplaban rápidamente despertara a sus compañeros a fin de inspeccionar más de cerca la tumba. Puede que sólo fuera la brisa al mover los árboles o una verja que crujía con la brisa nocturna. Puede que se tratara de algo más concreto e inquietante, como lo que conmovió y humilló al máximo el espíritu orgulloso e inexorable de San Pablo. “Y que apareció a Cefas, y después a los doce . . . Después apareció a Jacobo . . . y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí”.

¿Se le aparecería también en primer lugar al “criado del sacerdote”?

Si eso fuera cierto, nos habríamos tropezado, casi sin saberlo, con la auténtica respuesta a uno de los profundos misterios que ha mantenido alerta el pensamiento de la iglesia desde los tiempos de los Santos Padres hasta nosotros, es decir, por qué es que, a pesar de la oscilación de la tradición en lo que a la localidad de las apariciones se refiere, los discípulos estaban tan absolutamente convencidos de que la resurrección aconteció en las primeras horas del domingo por la mañana.

Y pudo haber, como este escritor cree, y de hecho hay, una profunda base histórica para esa frase tan discutida en el Credo de los Apóstoles: “Al tercer día resucitó de entre los muertos”.